

# **LAS PARÁBOLAS DE JESÚS.**

## **Itinerario de crecimiento para el escolapio.**

**José P. Burgués, Sch. P.**

### **Introducción**

¡Cómo nos gustaría sentarnos a los pies del Maestro para escuchar durante horas sus enseñanzas, como hacían los apóstoles! Pero eso no es posible. Hemos nacido tarde y en el lugar equivocado. A menos que... tomemos los evangelios y nos sentemos a la sombra de una higuera, como Natanael (o de una encina, como Olegario, o de un pino, para quien lo prefiera) y nos dediquemos a escuchar pacientemente con los ojos esas palabras que nunca pasan, y que podemos entender en todo tiempo como dirigidas a cada uno de nosotros en nuestro propio idioma. Y entonces, sí, el Maestro estará pacientemente a nuestra disposición, para formarnos y expresarnos su amor. Os invito a que lo intentéis. Escuchadle hablar. Oídle contar otra vez las parábolas, esos maravillosos relatos, llenos de sabiduría.

Las parábolas constituyen una parte muy importante en la enseñanza de Jesús. Así lo entendieron los autores de los evangelios sinópticos. Así lo ha entendido la Iglesia en su predicación. Sin embargo se trata de una enseñanza muy especial. Cuando los discípulos preguntaron a Jesús por qué usaba parábolas para hablar a la gente, él respondió (Mt 13, 13): “Porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden”. Jesús está usando un tipo nuevo de lenguaje, para intentar que la gente comprenda un mensaje que no entendían en el habla llana de los profetas. Pero se trata de un lenguaje oscuro, simbólico, que requiere interpretación. A los discípulos les explica el significado de las parábolas, y luego les dice: “¡Dichosos vuestros ojos porque ven, y vuestros oídos porque oyen!”. Naturalmente, después de la explicación.

Creo que sería pretencioso por nuestra pensar que somos más inteligentes que los que escuchaban directamente a Jesús, y que nosotros entendemos las parábolas así, a la primera, sin necesidad de aclaraciones. O admitir sin más las interpretaciones moralizantes que se les dan en muchos sermones e incluso en famosos tratados de Padres de la Iglesia. Son interpretaciones posibles, desde luego, pero no las únicas. Y posiblemente no las más acertadas, ni las que necesitamos cada uno de nosotros en las circunstancias particulares de nuestra vida.

Las parábolas son desafíos permanentes a entrar en un mundo espiritual de nuevos significados. Nunca hemos agotado el significado vital de una parábola, y en eso radica su genialidad. O su carácter de Palabra Revelada por el Maestro, que estaba pensando no sólo en aquél grupo de discípulos, sino en todos los que vendrían “hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20). Y este Maestro está dispuesto, también hoy, a venir a explicarnos a cada uno sus parábolas, bajo nuestra higuera, para que también nosotros las entendamos.

No quiero entrar en cuestiones de crítica histórica o hermenéutica. Hay otras obras de especialistas que pueden ser consultadas. Por ejemplo: ¿cuántas son las parábolas? No todos los autores están de acuerdo al definir qué es una parábola. Algunos encontrarán más parábolas, otros pensarán que no hay tantas. Yo me quedo en un terreno comunmente aceptado, y ordeno el material de acuerdo con el objetivo de mi obra.

## En contexto escolapio

Desde luego no pretendo dar la *auténtica* interpretación de las parábolas. Simplemente ofrezco una más, desde una perspectiva particular, la de un itinerario de crecimiento en el discipulado. Y para una clase especial de discípulos: los escolapios. No por nada especial, sino porque yo mismo soy escolapio y acompaño como formador a otros escolapios, religiosos y laicos, en su crecimiento. Se trata, pues, de una lectura parcial, pero que puede también servir a otro tipo de lectores para hacer su propia lectura personal. Al fin y al cabo todos los que acuden al Banquete de la Palabra salen saciados, y cada cual ha comido su propia comida.

Confieso que al comienzo de mi trabajo pensé en quiénes serían los destinatarios. ¿Los religiosos? ¿Los laicos? Pero pronto me dije: “¿Por qué no los dos? Si lo que nos asemeja es más que lo que nos diferencia -yo al menos así lo creo- ¿por qué no escribir para ambos grupos, orientando la reflexión hacia lo que tenemos en común?” En definitiva unos y otros hemos sido llamados a seguir a Jesús, invitados a responder, a vivir en algún tipo de comunidad, a servir al prójimo siguiendo las huellas de Calasanz, en un mundo que nos es común y nos presenta los mismos desafíos. Si ello es así, nuestra formación en el discipulado debería tener muchos elementos en común. Esta obra intenta ser una humilde contribución en este sentido.

Todo intento de clasificar u ordenar las parábolas es artificial. Yo he decidido agruparlas de acuerdo con el objetivo de mi obra, en lo que considero fases de nuestro seguimiento de Cristo: llamada, respuesta, comunidad, ministerio, plenitud. Dentro de cada fase hay una serie de elementos que me parecen esenciales, y los relaciono con cada una de las parábolas. Tampoco pretendo hacer un tratado de vida religiosa: ya hay muchos y buenos. Simplemente pretendo ofrecer una ayuda a escolapios, religiosos y laicos, a personalizar la lectura de la Palabra de Dios, relacionándola más con su propia vida. Y ojalá que cada lector sea capaz de encontrar otros muchos significados a las parábolas que no se me han ocurrido a mí, y enriquezca con ellos su propio discipulado calasancio.

José P.Burgués Sch.P.

# 1. LA LLAMADA

*Todos los hombres y mujeres tenemos algo en común: hemos recibido la llamada a la vida. Un Dios Creador nos ha hecho reales, frente a las infinitas posibilidades de no existencia. Esa es nuestra primera vocación: vivir, dar vida a otros.*

*Y eso no es todo: ese mismo Dios quiere que seamos felices. Y que nuestra felicidad dure para siempre, más allá de nuestras limitaciones espaciales y temporales. Para lograrlo, nos llama a cada uno en particular, con un nombre diferente. Con el nombre de nuestra vocación específica.*

*Algunos hemos reconocido que tenemos un destino común, y decidimos viajar juntos, siguiendo los pasos de un hermano mayor (un padre, si preferís) que vivió hace cuatro siglos: José de Calasanz. Somos los escolapios.*

*Antes asociábamos este nombre a una particular manera de vivir la vocación: como religiosos. Ahora el Espíritu nos va llevando a comprender que el carisma escolapio no es exclusivo de esta particular forma de vida, sino que también muchas otras personas lo han recibido sin que tengan que vivirlo en el cauce particular de la vida religiosa.*

*La llamada es común, las maneras de responder a ella, diferentes. Todos nosotros, escolapios, hemos sido invitados por el Señor a recibir su Palabra en nuestras vidas, y dejarla fructificar. Somos como campos dispuestos para que el labrador, con la ayuda del cielo, cultive los frutos que estime convenientes. Preparar los campos para la siembra es uno de los trabajos habituales de los labradores. Preparar nuestras vidas para la siembra de la Palabra debiera ser nuestra constante preocupación. Como escolapios, es lo que intentamos también hacer con los niños y jóvenes que nos han sido confiados.*

*Cuando descubrimos esta llamada, al principio sentimos perplejidad: “¿por qué yo?” Turbación, cierto miedo... “¿Seré capaz? ¿No será un error?” Pero luego, cuando descubrimos que la cosa va en serio, encontramos respuesta a esa preguntas y muchas otras, y nos llenamos de gozo porque de pronto descubrimos que el Señor nos ha hecho un regalo especial, que hemos encontrado el tesoro que da valor a nuestra vida.*

*Ahora bien, aceptar un regalo que puede cambiar nuestro futuro es hacer una opción. Y toda opción comporta siempre un riesgo. Hemos de estar dispuestos a pagar un precio. Un precio que, comparado con lo que obtenemos a cambio, puede parecer ridículamente pequeño, pero que para nosotros, pobres como somos, nos puede resultar costoso de pagar. La vocación es un don, sí, pero hemos de hacer espacio para ella en nuestras vidas, y esto normalmente exige algunos sacrificios.*

*Una vez hemos empezado nuestro caminar, nos vemos a nosotros mismos y vemos el mundo con ojos diferentes. Y una tentación puede acecharnos: la del maniqueísmo. Nosotros somos buenos, y los demás son malos. Nos gustaría vivir en un mundo en el que todos fuéramos buenos. Pero el mundo no es así: el bien y el mal están mezclados (aunque no revueltos), incluso dentro de cada uno de nosotros. Y lo mismo que no podemos arrancar de raíz el mal que lastra nuestro ser, tampoco podemos escapar a un mundo absolutamente puro durante nuestra vida mortal. Nuestra vocación debe crecer y fructificar en el mundo real.*

*Incluso puede ocurrir que en alguna circunstancia de nuestra vida nos sintamos perdidos, fuera del camino, solos. Dispuestos a abandonar. Pero entonces el mismo Señor que nos llamó está dispuesto a venir a buscarnos, a volvernos a llamar una y otra vez, a*

*recordarnos su amor primero. Cuando Dios ha llamado a alguien, lo ha llamado para siempre. Nunca estamos perdidos del todo.*

*¿Qué representa la vocación en nuestra vida? No es un sumando más, otro elemento que añadido a los otros constituyentes de nuestra personalidad le da un color más o menos religioso. La vocación se convierte, una vez la hemos asumido, en la esencia de nuestro ser. Somos porque hemos sido llamados por Dios, y queremos responderle con toda nuestra vida. La vocación es como la clave de bóveda que da belleza y estabilidad a toda la obra. Nuestra personalidad madura, se completa con este elemento integrador que procede de fuera de nosotros mismos. No podemos darnos la perfección a nosotros mismos: hay algo que nos falta, y quien encuentra ese algo que le da sentido, como don que viene de lo alto, tiene razones para sentirse feliz.*

## 1.1. El sembrador

(Mt 13, 3-9; Mc 4, 1-9; Lc 8, 4-8)

*“Una vez salió un sembrador a sembrar.  
Y al sembrar, unas semillas cayeron a lo largo del camino;  
vinieron las aves y se las comieron.  
Otras cayeron en pedregal, donde no tenían mucha tierra,  
y brotaron enseguida por no tener hondura de tierra;  
pero en cuanto salió el sol se agostaron  
y, por no tener raíz, se secaron.  
Otras cayeron entre abrojos;  
crecieron los abrojos y las ahogaron.  
Otras cayeron en tierra buena y dieron fruto,  
Una ciento, otra sesenta, otra treinta.  
El que tenga oídos, que oiga.”*

(Mt 13, 3-9)

### La parábola

Se trata de una parábola de especial importancia, porque es una de las pocas que aparecen en los tres Sinópticos y porque en los tres es la primera que aparece. Da la impresión de que los evangelistas querían darle un significado especial. Un significado que va más allá de la explicación de la misma parábola que, por cierto, es también ofrecida por los tres autores.

En Mateo aparece al comienzo del Discurso Parabólico (Mt 13, 1-52). “Aquel día salió Jesús de casa, se sentó a orillas del mar y les habló muchas cosas en parábolas”. A la del sembrador siguen otras seis parábolas. Siete parábolas, un número perfecto. En Marcos nos encontramos en el mismo lugar, aunque Jesús se sube a una barca para que se le oiga mejor. Además de la parábola del sembrador les cuenta otras cuatro, y con eso Marcos casi termina de narrar parábolas, pues en el resto del evangelio sólo ofrece otras dos. Siete en total, también número perfecto. No sabemos el lugar físico en el que Lucas sitúa la parábola, que aparece aislada. Las tres versiones son casi idénticas. El fruto producido por la buena tierra varía: en Mt y Mc es “30, 60 y 100 por uno”, mientras en Lc es el céntuplo.

La explicación de la parábola dada por el mismo Jesús es bien clara. Se refiere a las diferentes actitudes que los oyentes pueden tener ante la Palabra de Dios. Por supuesto, respetamos esa explicación, y no nos vamos a extender en ella. Pero intentaremos ir más allá. Porque nos da la impresión de que la interpretación reduce el sentido de la parábola. En efecto, el lenguaje simbólico usado en la parábola admite muchas interpretaciones, mientras que el lenguaje didáctico de la explicación las reduce a una sola. Algunos autores dicen que tal vez la interpretación que sigue a la parábola es obra de la primitiva Iglesia. El desafío de Jesús “El que tenga oídos para oír, que oiga”, parece una conclusión más natural sobre el tema. Nos deja abiertas muchas posibilidades.

Entre la parábola y la explicación en los tres evangelios tenemos un excursus sobre “Por qué habla Jesús en parábolas”. Y en él se explica que la comprensión de las parábolas no es algo que está al alcance de todos. “A vosotros se os ha dado el conocer los misterios del Reino de los Cielos”, dice Jesús. Es decir, la comprensión de sus enseñanzas no es simple producto de la razón, sino iluminación, gracia. Seguro que entre la gente que escuchaba a Jesús había personas instruidas, acostumbradas al lenguaje parábólico. Si ellos no podían comprender el profundo sentido de sus enseñanzas sin una explicación adicional, no seamos presuntuosos creyendo que nosotros sí podemos. Quizás nosotros también necesitamos dedicar un poco más de tiempo para comprender lo que se dice más allá de lo

evidente. Pidiendo al Espíritu que nos ayude para comprender mejor lo que a mí me quiere decir en este momento con esta parábola.

Este principio hermenéutico, el de la interpretación personal y progresiva, irá guiando toda mi reflexión sobre otras parábolas. La Palabra de Dios es una palabra viva, como nosotros. Y por tanto nunca nos acaba de entregar todos sus tesoros. Ni se entrega igual a todos nosotros, porque somos distintos. Nunca podemos pretender conocer totalmente la Palabra, por la sencilla razón de que nuestra capacidad de comprensión se modifica a medida que nuestra vida cambia. La experiencia propia (y la gracia de Dios, por supuesto) nos va dando nuevas claves para comprenderla de manera nueva. Sólo con un espíritu abierto a la sorpresa podemos leer de manera fructífera la Palabra. Por lo mismo me parece legítimo, sin desfigurar el sentido de la parábola, adaptarla a las diversas circunstancias en que nos encontramos, o grupo de lectores u oyentes a quienes tengo que explicarla.

Hecha esta aclaración, volvamos al texto. No creo necesario hacer una explicación crítica sobre las condiciones de la siembra en Israel en tiempos de Jesús y la verosimilitud de lo que se cuenta. En la parábola se presentan dos situaciones para la siembra: la favorable y la desfavorable. Y en la desfavorable aparecen tres clases de obstáculos que harán morir la simiente (precisamente tres, como las tres tentaciones de Jesús en Mt y Lc, y como las tres clases de excusas presentadas por los invitados al banquete en Lc 14, 15-24):

- Parte de la semilla cae en el camino. Viene el Maligno (las aves) y se lleva lo sembrado. Mateo da una explicación: porque no han comprendido la Palabra.
- Parte cae en las piedras y crece, pero por falta de raíz, sucumben en el momento de la prueba.
- Parte cae entre abrojos, pero la seducción de las riquezas, las preocupaciones y los placeres de la vida ahogan la Palabra.

La presencia del Maligno, las piedras, las riquezas, la prueba, las preocupaciones de la vida (el poder) nos sitúan en un contexto próximo al de las tentaciones de Jesús. Jesús es la Palabra misma que el tentador intenta doblegar. Con él no ha podido, por eso intenta destruir su labor con los hombres, de diversas maneras. Porque aunque el Maligno sólo se menciona en el caso del camino, su acción se ve también en la persecución que hace sucumbir la Palabra caída entre las piedras, y también en la seducción de las riquezas y demás concupiscencias representadas por los abrojos.

Del mismo modo que la vida pública de Jesús empieza con las tentaciones, los evangelistas quieren poner al principio de las parábolas esta del sembrador, que es una advertencia a todos los que oyen las enseñanzas de Jesús para no sucumbir ante las tentaciones del Maligno, dejándose arrebatar la semilla de la Palabra.

La tierra buena produce una cosecha abundante. Pero Mt y Mc citan diferentes rendimientos: 30, 60 y 100. Algunos Padres de la Iglesia han interpretado estas cifras diciendo que la primera corresponde a los simples creyentes que viven fielmente. La segunda corresponde a los religiosos, y la tercera a los mártires. No damos más importancia a esta interpretación. Pero sí observamos que de nuevo aparece el número 3.

Y todavía son tres las perspectivas desde las que la parábola puede ser interpretada: la del sembrador, la de la semilla y la del campo.

- Jesús en ningún momento dice que el sembrador es Dios, aunque esta sea nuestra natural interpretación. No faltará quien diga que ese sembrador es un poco descuidado, para perder tantas semillas. El sembrador es quien hace llegar a otros la Palabra de Dios, y por tanto cualquiera de nosotros se puede considerar sembrador.
- Lucas dice claramente: “la semilla es la Palabra de Dios”. Sin embargo en algún momento parece que la semilla es la gente: “el que fue sembrado... es el que...” Y luego

dan diversa cantidad de fruto. El fruto dado por los que caen en tierra buena parece que depende de la calidad de la semilla sembrada, no de la tierra.

- Pero si la semilla es la Palabra, parece lógico suponer que el campo representa a los oyentes, unos más receptivos que otros.

Creo que es legítimo situarnos desde cualquiera de las tres perspectivas para comprender la parábola mejor. O desde las tres.

### **Contexto escolapio: la invitación**

La Palabra de Dios tiene siempre una connotación vocacional. Nos llama a la conversión, al seguimiento. Quiero comentar esta parábola desde este punto de vista. Entendiendo por vocacional no solamente la llamada a la vida religiosa, sino al seguimiento de Jesús en general, en un contexto religioso o laical. Jesús está hablando del Reino de los Cielos, por eso podemos imaginar que el campo es todo el mundo, y que la semilla es toda clase de vocación. No hay nadie que se quede sin una vocación u otra, pero hay que descubrir cuál es la nuestra. La parábola nos dice que hay diversas maneras de recibir esa semilla o llamada. Y diversas respuestas, algunas deficientes, y otras correctas.

Me quiero fijar en el campo. Sólo las semillas que caen en “tierra buena” producen fruto. Ahora bien, ¿qué es la “tierra buena”? No se define positivamente, sino por sus contrarios:

- La tierra buena no es camino (el camino es esa parte de la tierra que es ocupado por la gente que pasa).
- La tierra buena no tiene piedras.
- Y tampoco tiene abrojos.

Es decir, la tierra buena está vacía de cualquier otra cosa, totalmente receptiva para la semilla. La tierra es un principio pasivo: no ha de hacer nada para que luego la semilla produzca fruto, como hermosamente señala la parábola de la semilla que crece por sí sola en Mc 4, 26-29. Al sembrador le corresponde limpiar la tierra de piedras y abrojos, y luego esparcir cuidadosamente la semilla, pero luego puede olvidarse ya de ella, porque la cosecha está en manos del tiempo.

Entiendo que esta parábola es una invitación a disponer nuestra tierra para la siembra, eliminando toda clase de obstáculos. Y luego la semilla irá creciendo por sí sola, con la ayuda del buen tiempo y la lluvia, la gracia de Dios. A veces creemos que debemos hacerlo todo por nosotros mismos, y olvidamos que la vitalidad de la semilla no viene de nosotros mismos, es obra de Dios.

Por otra parte, si aceptamos que la Palabra de Dios es la semilla, la siembra no tiene lugar una vez para siempre, sino que tiene lugar cada día. La parábola es también una invitación a escuchar cada día la llamada de Dios, para que así nuestra tierra produzca fruto en abundancia. La semilla sembrada tiene en su código genético toda la información necesaria para crecer hasta la madurez y producir fruto, pero con nosotros los humanos la cosa es diferente. Necesitamos recibir continuamente la “información” que nos permitirá ir orientando nuestro crecimiento, y los frutos que se espera produzcamos. Porque en nuestro destino, a diferencia del de las plantas y animales, nada está predestinado de antemano. La vocación, entendida como llamada permanente de Dios, es la voz que va guiando continuamente nuestro caminar. En la medida en que vayamos respondiendo a ella iremos alcanzando nuestra plenitud humana. Hasta un 30, un 60 o un 100%.

Una última reflexión tiene que ver con nuestra tarea de educadores, y nuestro deber de ser promotores de vocaciones. Si reconocemos que la vocación es una gracia, y que nuestra vocación de escolapios nos ayuda a realizar nuestra vida, no olvidaremos que cuando trabajamos en la educación de niños y jóvenes debemos ayudarles a ellos también

a descubrir su propia vocación. La vocación de escolapio, quizás. Parece que la siembra no es completa si falta este elemento que da sentido a la vida. Ha llegado el tiempo en que todos nosotros, religiosos y laicos, tenemos que trabajar por las vocaciones escolapias, religiosas y laicas. La vocación es un elemento esencial en la proclamación del mensaje cristiano, que sin ella se quedaría en una mera información, que para nada modifica la vida del oyente. Pero si la Buena Nueva no es sólo “nueva”, sino especialmente “buena”, es porque es una propuesta interpeladora, una oferta de plenitud para todos. Recibir el evangelio significa aceptar el reto de ser constructores del Reino de Dios. De transformar nuestra vida, según una determinada vocación.



## 1.2. El tesoro

(Mt 13, 44)

*“El Reino de los Cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo que, al encontrarlo un hombre, vuelve a esconderlo, y por la alegría que le da, va, vende todo lo que tiene y compra el campo aquel.”*

### La parábola

Aparece en el contexto del Discurso Parabólico de Mateo, asociada a la parábola de la perla (vers. 45). Ambas parábolas tienen un significado semejante. Se diría un caso de paralelismo de los que tanto abundan en la poesía bíblica. Hay una pequeña diferencia: en el caso del tesoro se habla de la alegría del hombre que lo encuentra. Así que me fijaré más en este aspecto al comentar esta parábola, dejando la idea esencial del precio a pagar para el comentario de la parábola de la perla.

No hay que buscar una enseñanza moral en esta parábola. En realidad ese hombre es un ladrón. Si fuera honrado avisaría al dueño del campo sobre el hallazgo, y se conformaría con la recompensa que la ley establece para estos casos. Ofrecer un precio por un campo sabiendo que vale mucho más, es un claro ejemplo de engaño. No, no hay que imitar materialmente lo que ese hombre hace. Al menos si uno pretende guiarse por valores como la verdad y la justicia. Por el evangelio.

Sin embargo, eso es lo que haría la mayoría de la gente, no nos engañemos. Para que unos ganen, otros tienen que perder. Para que unos se hagan ricos, otros tienen que pasar hambre, no hay vuelta de hoja. Luego hablamos de suerte, de habilidad... de todo menos de honradez. Quizás la honradez sea el auténtico tesoro escondido, que aún está por descubrir para la mayoría de la gente.

Pero aquí se habla de alegría. La alegría viene del hallazgo. No estamos seguros de que ese tipo de alegría dure luego. Las noticias nos hablan a menudo de “ricos que también lloran”. Quien ha conseguido un tesoro por medios al menos dudosos, no puede dormir tranquilo. Seguro que tiene miedo a que se lo roben. Necesita seguridad, guardaespaldas. Se asusta si la bolsa baja o el dólar sube. Por lo demás, recordamos las palabras de Jesús: “¡Qué difícil es que los que tienen riquezas entren en el Reino de Dios!” (Lc 18, 24).

Hay que reconocer, por otra parte, que ese hombre ha tenido suerte. Porque cualquiera no se encuentra un tesoro así, por las buenas. La suerte es algo inmerecido, es gracia. Si ese hombre hubiera recibido un gran premio por haber llevado a cabo una acción heroica, quizás su gozo estaría más justificado, pero sería menos espontáneo. En nuestra vida cotidiana estamos acostumbrados a recibir la paga que corresponde a nuestro trabajo. Es lo que los buenos judíos esperaban como recompensa a su observancia de la Ley. Por eso sentían contento, orgullo, satisfacción, como el fariseo de la parábola frente al publicano, pero no alegría. Al fin y al cabo si Dios les pagaba con el cielo al final, no era más que cumplir con su parte del contrato o alianza, pagar una deuda.

Jesús insiste en lo novedoso del Reino de los Cielos. Nadie lo merece. Ni los judíos, ni los paganos. Pero se ofrece como gracia a todos. Es un tesoro que está disponible para todos los que quieran pagar el precio necesario, y hacer un buen negocio, el negocio de una vida. Por eso el que lo encuentra y se da cuenta de su valor, se alegra muchísimo, y se desprende de cualquier bien accesorio para conseguirlo. Lo bueno de este tesoro es que

siempre queda otro tesoro disponible para otro caminante que pase por allí más tarde, porque el Reino de los Cielos es una oferta universal.

La historia de la parábola sugiere que el hombre no ha cavado en el campo buscando el tesoro, sino que lo ha encontrado “por casualidad”. Probablemente no era el primero que pasaba por allí, pero otros no han sido capaces de darse cuenta de que allí había un tesoro. Por eso lo vuelve a esconder, para que ya nadie más lo vea antes de que sea suyo. El tesoro, como el Reino de los Cielos, estaba ahí, pero no todos los que pasan son capaces de verlo. Estamos pensando en pequeñas recompensas, pequeños logros personales, y no somos capaces de ver la gran oportunidad que se presenta ante nosotros, quizás sólo una vez en la vida.

### **Contexto escolapio: el gozo de ser llamados**

El tesoro es comparado al Reino de los Cielos. Yo quiero compararlo a la vocación. A la vocación cristiana en general. Y más específicamente, a la vocación escolapia. Y aquí hablo de religiosos y de laicos. Porque, básicamente, la vocación es la misma.

Uno anda buscando cómo “realizar” su vida. Hay tantas opciones que tomar, tantos problemas que resolver cuando uno es joven. Y de pronto descubre que aquí está su sitio, en esta familia o comunidad, en este ministerio. Y ya todo lo demás cuenta poco, porque con el entusiasmo, la alegría del descubrimiento, todas las dificultades parecen sencillas de resolver.

La vocación es siempre un don, que nadie merece. La única respuesta lógica al descubrirla como un tesoro es la aceptación gozosa. Un escolapio triste sería semejante al hombre de la parábola si después de vender todo lo que tiene y comprar el campo se da cuenta de que en realidad se trataba de un tesoro de pacotilla, y se ha arruinado.

La diferencia con el hombre de la parábola es que el escolapio que ha aceptado su vocación sabe que no la va a perder, ni se la van a robar, que es un tesoro para siempre, inagotable. Con tal que cuide de él. Por eso la alegría del primer momento no se convierte en preocupación o miedo más tarde. No tiene por qué.

La alegría del escolapio es una alegría interna, que se conoce desde el exterior pero no necesita ser ostentosa. Imaginamos el hombre de la parábola, que experimenta una gran alegría al encontrar el tesoro, pero que al volver a casa y organizar sus planes disimula bien, para que nadie sospeche lo que se trae entre manos, no se le vayan a adelantar otros y le quiten su tesoro. Todavía le quedan muchas cosas por hacer antes de gozar del tesoro, pero la alegría ya se ha apoderado de él.

La alegría cristiana no tiene que ver con la carcajada, con la broma pesada, con el lenguaje desenvuelto que a veces tratan de ocultar tragedias íntimas. La alegría brota del corazón como un río de su fuente. Viene de la seguridad de que uno está donde debe estar, haciendo lo que tiene que hacer. Viene del equilibrio de la mente y el corazón, de la armonía personal, de las buenas relaciones con los demás. De amar y ser amado. De la esperanza. De la respuesta a Dios.

La alegría es uno de los signos de que la vocación es auténtica (el otro es la aceptación por la comunidad). Una vocación sin alegría es como unas flores de plástico, que pueden ser muy bonitas, pero carecen de vida. La alegría es dinámica: afecta a todo lo que el escolapio hace, en su vida y en su acción. Y es contagiosa: afecta a quienes están alrededor, niños y compañeros. La alegría prolongada produce felicidad. Cuando nos encontramos con un hombre feliz, sabemos que él ha encontrado su tesoro.

La alegría es posiblemente la acción vocacional más eficaz. De nada nos serviría dedicar gente y medios a la promoción vocacional sino somos capaces de transmitir el mensaje de que vale la pena ser escolapio, de que uno puede ser feliz viviendo en esta familia. El

mundo necesita muchas cosas hoy, pero especialmente modelos (religiosos y laicos) de felicidad. Porque la gente puede elegir muchos caminos, pero en el fondo todos buscamos el mismo destino: ser felices.

## 1.3. La perla

(Mt 13, 45)

*“También es semejante el Reino de los Cielos a un mercader que anda buscando perlas finas, y que, al encontrar una perla de gran valor, va, vende todo lo que tiene y la compra.”*

### La parábola

Aparece en el Discurso Parabólico de Mateo, después de la parábola del tesoro. El significado es muy parecido a esta, pero podemos distinguir algunos matices diferentes, y por eso las trato aparte.

El hombre del tesoro parece que lo encuentra por suerte, en un lugar en el que otros pasan sin verlo. Luego actúa un tanto artemente: lo esconde y compra el campo, defraudando al dueño. El hombre de la perla es diferente. Es un comerciante entendido en perlas. Va buscando perlas, no la encuentra por casualidad. No engaña a nadie, pues el dueño previo también sabe que la perla es especial y por eso la vende a un precio elevado. Pero el hombre de la parábola entiende más que él, y por eso sabe que hace un buen negocio, y se arriesga a pagar el precio que el otro le pide, aunque para ello tiene que vender todo lo que posee. Nadie le echará en cara luego el salir ganando: todo era legal.

Lo que en esta parábola se pone de manifiesto es el hecho de que el hombre está dispuesto a pagar un alto precio, porque sabe que vale la pena. Jesús compara el Reino de los Cielos al hombre de esta parábola. Lo lógico sería compararlo a la perla de gran valor, no al hombre. Para seguir la lógica de la parábola tenemos que ponernos de acuerdo en que, efectivamente, el Reino de los Cielos tiene gran valor. Y, segundo, que vale la pena renunciar a todo para conseguirlo. Eso es lo que Jesús pedía a los que estaban dispuestos a aceptar la Buena Noticia del Reino de los Cielos.

Siguiendo la comparación de la parábola, primero diremos que no es fácil reconocer el elevado precio de una perla particular. Para ello hay que ser un experto. ¿Ocurre lo mismo con el Reino de los Cielos? Posiblemente, y por eso fueron tan pocos los contemporáneos de Jesús que oyéndole, le siguieron. A muchos sus palabras les debieron sonar a música celestial, o puro entretenimiento. Sus actos a magia, o a obras de los demonios. A algunos de sus gestos se le atribuyeron un significado político que no tenían... Y lo mismo ocurre hoy. Si alguien nos propusiera hoy dar todo lo que tenemos a cambio de una perla, seguramente nos sonaría a timo. El anuncio del Evangelio puede resonar hoy tan fresco en la boca de algunos convencidos como en la del mismo Jesús. Y hay gente que se da cuenta de que se halla ante una perla de gran valor, o un tesoro, pero son los menos.

Y si es difícil descubrir el valor del Reino de los Cielos, mucho más es estar dispuesto a renunciar a todo para conseguirlo. Ante la oferta del Reino de los Cielos, la reacción normal es regatear. Es decir, pagar menos de lo que nos piden. Conservar algunas seguridades, por si acaso. El hombre de la parábola estaba dispuesto a gastar todo su dinero por la perla porque estaba seguro de recuperar lo perdido con creces al venderla más tarde. Gasta dinero para recuperar más dinero. Pero en el caso del Reino de los Cielos no ocurre lo mismo. Jesús propone renunciar a todo como condición para crear un hueco en el que recibir bienes mucho más valiosos y de otro género que se ofrecen al que esté dispuesto a hacer el negocio. Pero nuestra experiencia es tan limitada que en nuestros negocios sólo llegamos a imaginar cambiar bienes materiales por otros de la misma clase. Nos cuesta mucho imaginarnos qué es el Reino de los Cielos, ese es el problema.

Esta parábola de la perla hemos de entenderla relacionada con las exigencias que Jesús plantea a quienes quieren seguirle (Mt 10, 37-39). Sólo quien esté dispuesto a perder su vida la encontrará. El Reino de los Cielos es gratuito, pero no superfluo. Hay que estar dispuesto a pagar un precio por él.

### **Contexto escolapio: dispuestos a pagar un precio**

En nuestro contexto de escolapios tenemos un modelo de hombre que renunció a todo cuando encontró la perla de gran valor: nuestro Fundador, que poco después de constituir la primera escuela en Roma respondió a una interesante oferta para volver a España como canónigo: "He encontrado en Roma la forma de servir a Dios y al prójimo, y no renunciaré a ella por nada del mundo". Podemos considerar que Calasanz era un experto en esta clase de perlas. Por su historia como sacerdote, por su formación y experiencia. Andaba tras de otras perlas, pero de pronto apareció ante sus ojos una tan hermosa que por ella lo vendió todo, y la compró. Humanamente se arruinó, pero al aceptar su particular vocación inició el camino que le llevaría muy lejos en la vía de la santidad. Y esa perla era la escuela para los niños pobres. La vida comunitaria. La total dedicación a una misión querida por Dios. Y nunca se arrepintió del negocio hecho, porque haciéndose pobre, Dios lo enriqueció con toda clase de dones.

La vocación es una perla preciosa. Entre otras muchas vocaciones en la Iglesia de Dios, está la nuestra. Siguiendo los pasos de Calasanz, somos muchos los que hemos descubierto que vale la pena darlo todo por la misión escolapia. Como religiosos o como laicos. Ahora bien, ¿qué significa renunciar a todo, venderlo para todo para comprar esa perla tan especial?

Significa simplemente que el centro de nuestra vida ya no está en nosotros mismos, sino en los demás. Después de hacer una opción por nuestra vocación, tenemos que seguir viviendo en el mismo mundo que los demás, con las mismas necesidades y ocupaciones. Jesús envió a sus discípulos al mundo, no fuera del mundo. Pero el sentido de lo que hacemos ya no es el mismo. Nuestras actividades se convierten en mensaje de otra realidad que no es evidente. Se puede trabajar en la educación de los niños por muchos motivos, pero sólo uno es el que nos identifica como seguidores de Calasanz.

Significa que a partir del momento en que hemos renunciado a todo, todo lo recibimos de nuevo como gracia: los bienes materiales, la comunidad, el trabajo... Y por ello experimentamos una gran alegría, como el hombre del tesoro (el de la perla también tendría que disimular lo suyo para no descubrirse cuando negociaba con el vendedor). Y nos sentimos libres con respecto a todo, porque seguimos los consejos evangélicos que nos hacen más disponibles para la misión. Liberados de todo obstáculos, pobres de espíritu, estamos en condiciones de poseer el Reino de los Cielos (Mt 5,3).

Frente a una oferta tan generosa por parte de Dios, cualquier regateo debiera parecernos ridículo. Regatear en la entrega es engañarnos a nosotros mismos. Los religiosos hemos formalizado el "pago" por la perla el día de nuestra profesión. Pero con eso no basta. Porque luego descubrimos que todavía nos habíamos reservado algo. La renuncia total es una tarea que dura toda nuestra vida. Los laicos pueden expresar de otro modo su voluntad de dejarlo todo para seguir a Jesús, pero la exigencia es la misma. También ellos necesitarán revisar continuamente qué es lo que se han reservado, para ir desprendiéndose progresivamente de todo. Así, de todo; como condición para recibir una perla cada vez más valiosa.

Mientras andamos ocupados con nuestros pequeños negocios e intereses no podemos descubrir el extraordinario valor de nuestra vocación. El hombre de la parábola descubrió de un simple golpe de vista que estaba ante una perla de gran valor. Nosotros descubrimos el valor de nuestra perla poco a poco. En medida proporcional a lo que pagamos por ella. Y aquí no hay trampa o especulación: estamos en la pura lógica del evangelio. Todo el que

haya renunciado a algo para seguir a Jesús, recibirá el ciento por uno, y además la vida eterna (Mt 19, 29). El ciento por uno: la multiplicación es fácil. Sabiendo matemáticas, es seguro que el comerciante en perlas aspiraría a poseer la más preciosa, no se conformaría con menos. ¿Qué nos impide a nosotros imitarle?

## 1.4. La cizaña

(Mt 13, 24-30)

*“El Reino de los Cielos es semejante a un hombre  
que sembró buena semilla en su campo.  
Pero mientras su gente dormía, vino su enemigo,  
sembró encima cizaña entre el trigo, y se fue.  
Cuando brotó la hierba y rodujo fruto, apareció también entonces la cizaña.  
Los siervos del amo se acercaron a decirle:  
‘Señor, ¿no sembraste semilla buena en tu campo? ¿Cómo es que tiene cizaña?’  
Él les contestó: ‘Algún enemigo ha hecho esto’.  
Dícenle los siervos: ‘¿Quieres, pues, que vayamos a recogerla?’  
Díceles: ‘No, no sea que, al recoger la cizaña, arranquéis a la vez el trigo.  
Dejad que ambos crezcan juntos hasta la siega.  
Y al tiempo de la siega, diré a los segadores:  
Recoged primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla,  
y el trigo recogedlo en mi granero.’”*

### La parábola

Se encuentra en el “discurso parábólico” de Mateo, entre la parábola del sembrador y la del grano de mostaza. Tienen poco en común en cuanto al significado, pero aparecen juntas por lo que tienen de siembra.

La interpretación tradicional de la parábola es semejante a la del juicio final: al final serán separados los buenos de los malos, el trigo de la cizaña. Para recibir premio o castigo. Con la diferencia de que los malos podían haber elegido obrar bien, mientras que la cizaña nunca puede convertirse en trigo. Así que una interpretación moral no es la más oportuna. Habrá que ir más a fondo. Hasta encontrar el sentido del bien y del mal en el mundo. Porque de eso es lo que se trata en esta parábola.

La temática nos recuerda los primeros capítulos del Génesis. Dios lo creó todo, “y todo era bueno” al principio. ¿Cómo es que vemos ahora el mal entre nosotros? El autor del Génesis da una respuesta más racional: porque el hombre, en el margen de su libertad, ha elegido obrar mal. En la parábola de la cizaña el planteamiento es semejante: el sembrador sólo ha sembrado buen trigo. El mal es sembrado por un enemigo suyo, que de este modo quiere perjudicarlo.

Los obreros quisieran volver a la situación inicial, sin cizaña, “recobrar el paraíso perdido”, pero eso ya no es posible durante el tiempo del “Reino de los Cielos”. El mal y el bien están indisolublemente mezclados... hasta el final. Y observemos de paso el dinamismo del concepto de “Reino de los Cielos”: no es algo que se logra al final, sino que ya está presente entre nosotros ahora. Aunque este punto lo trataremos más al hablar de la parábola del grano de mostaza.

Sin pretender hacer historia de la agricultura o una reflexión ecológica, se me ocurre que durante miles de años el hombre ha cultivado trigo, normalmente rodeado de otras plantas improductivas como la cizaña. Poco a poco ha ido mejorando las especies de cereales, adaptándolas a los diferentes terrenos y necesidades. Sólo últimamente actúa de una manera tremendamente agresiva con la naturaleza por medio de herbicidas y semillas genéticamente alteradas. Veremos si nuestro trigo (o nosotros mismos) es capaz de sobrevivir varios miles de años más... Pero este tipo de acción moderna se me antoja contraria al espíritu de la parábola.

Yo intuyo que si el dueño del campo no quiere arrancar la cizaña no es porque los obreros pueden confundirse (ya que son capaces de reconocer las dos plantas), sino porque de algún modo piensa que su presencia entre el trigo no es perjudicial. Incluso puede ser beneficiosa. En el reino vegetal y en el animal, como explicó Darwin y todos los seguidores de la teoría de la evolución, la competición entre las diversas especies es lo que las hace progresar. Las gacelas corren mucho porque las persiguen los guepardos para comérselas, y los guepardos corren más porque quieren comer gacela. Los árboles en la selva crecen mucho más que los que están aislados.

Si el trigo sabe que es “trigo” es porque enfrente tiene algo que no es lo mismo, sino “cizaña”. Si sólo hubiera trigo, ya no se llamaría así, sino simplemente “una planta”. En el mundo real, sí resulta difícil distinguir a los buenos de los malos, porque nadie es absolutamente una cosa o la otra. Pero la única manera de saber quiénes somos nosotros es ponernos enfrente de lo que es diferente. Sólo puedo saber que soy bueno si soy capaz de resistir a la tentación del mal. Si no yo sería también sólo una planta.

Desde luego esa no era la intención del enemigo de la parábola, pero de algún modo está ayudando al sembrador. Del mismo modo que en el mundo, en el Reino de los Cielos, no podemos olvidar ni menospreciar la maldad que existe al margen de Dios, pero en cierto sentido nos ayuda a crecer espiritualmente. Cada vez que somos capaces de resistir, de negarnos a ella desde nuestra libertad, estamos haciendo avanzar el Reino de los Cielos.

### **Contexto religioso: Autoaceptación, aceptación de los demás.**

Esta parábola puede ser una invitación para que nosotros, escolapios, pongamos bien firmes los pies en la realidad, nos encarnemos en ella y luchemos por transformarla.

Se trata de una opción de base. Al trigo no se le da posibilidad de crecer en un campo libre de cizaña. Seguir a Jesús no es una huida del mundo malo. Es una asunción de la vida humana en toda su complejidad. Sabiendo que no nos toca a nosotros separar, condenar. Eso ocurrirá al final. A nosotros, como al trigo, nos toca dar un máximo de fruto mientras es tiempo.

En el siglo XX hemos conocido horriblos casos de genocidios o “limpieza étnica” de enteros territorios. Eso exactamente corresponde con la propuesta de arrancar la cizaña. Seguramente nadie de nosotros justifica ese tipo de acciones. El Reino de los Cielos no avanza por exclusión o discriminación, sino por integración. Creo que somos bastante conscientes de esto. Otra cosa es que siempre lo pongamos en práctica.

Pero creo que podemos hacer una lectura más personal, psicológica, de esta parábola. Cuando nos conocemos a fondo descubrimos que todos tenemos rasgos positivos o integradores de nuestra personalidad, y rasgos negativos o desintegradores. Creo que hablar así es más correcto que pensar que lo negativo en nosotros es simplemente pecado, algo de lo que nos podemos desprender mediante un esfuerzo de la voluntad. Nadie es perfectamente justo: el pecado estará siempre presente en nosotros. Es un tema que Pablo desarrolla ampliamente en la carta a los Romanos (Rm 3, 9 ss). Según los teóricos del Eneagrama, los pecados capitales no son sino visiones globales erróneas del mundo que configuran los diversos tipos de personas. Cada uno tenemos nuestra tipo de visión distorsionada. Que podemos corregir, pero no cambiar. Y sin embargo todos estamos llamados a la perfección, a ser santos. Por lo tanto las tentaciones y los tropiezos (¡los pecados!) forman parte de nuestro camino hacia la santidad.

Cuando entendemos esta realidad, no nos queda otro remedio que aceptar a los demás. Y, todavía más importante, aceptarnos a nosotros mismos como somos, con nuestro pecado capital característico. Dios ha permitido que el enemigo haya sembrado esa cizaña en nosotros, y ahora tenemos que hacer crecer nuestro trigo. Sin preocuparnos del resultado final, que corresponde al sembrador.



¿Significa esto pasividad, indiferencia ante el pecado? Por supuesto que no. El trigo tiene que competir con las demás plantas para desarrollarse. Significa que no tenemos que angustiarnos ante la presencia del mal en nosotros o alrededor nuestro. Eso que llamamos mal es un reto a desarrollar nuestras potencialidades al servicio del Reino. La práctica de la virtud es lo que nos hace virtuosos, como la práctica de la fe nos hace fieles.

El trigo sano no teme a la cizaña. Las vocaciones sanas se robustecen en la prueba. Cuando hemos superado las dificultades, nuestra satisfacción crece en proporción con su importancia. Al final, y esa es la promesa de la parábola, el dueño se encargará de separar la cizaña, y sólo quedará el buen trigo. Al final.

## 1.5. La oveja perdida

(Mt 18, 12-14; Lc 15, 4-7)

*“¿Qué os parece? Si un hombre tiene cien ovejas  
y se le desacarría una de ellas,  
¿no dejará en los montes las noventa y nueve,  
para ir en busca de la descarriada?  
Y si llega a encontrarla, os digo de verdad que tiene más alegría por ella  
que por las noventa y nueve no descarriadas.  
De la misma manera, no es voluntad de vuestro Padre celestial  
que se pierda uno solo de estos pequeños.”*

Mt 18, 12-14

### La parábola

En el evangelio de Mateo la parábola aparece en una sección que la Biblia de Jerusalén designa como “Discurso eclesialógico”. La conclusión es “no es voluntad de vuestro Padre celestial que se pierda uno solo de estos pequeños”. El énfasis está puesto en la importancia de los pequeños, tras la respuesta por parte de Jesús a la pregunta sobre quién es el mayor en el Reino de los Cielos, y su advertencia a los que escandalizan a los pequeños.

En el evangelio de Lucas la parábola aparece en una sección designada como “las tres parábolas de la misericordia”, junto a la de la dracma perdida y el hijo perdido. Aquí el autor pone el énfasis en el hecho de estar perdido, para responder a la murmuración de los fariseos y escribas sobre la clase de compañeros de mesa que Jesús elegía. Lucas destaca el gozo por recuperar algo que se había perdido.

Esta parábola la comprendemos mejor asociada a Ez 34, cuando el profeta compara a Dios con los malos pastores de Israel. Jesús sin duda se inspiró en Ezequiel para algunas de las expresiones que usaría luego en diversos momentos de su predicación. Como por ejemplo, cuando dice: “Buscaré la oveja perdida” (Ez 34, 16). Sin embargo Ezequiel no habla de abandonar las otras ovejas, y en eso precisamente está la fuerza de la parábola de Jesús.

La pregunta de Jesús es extraña: “No dejará en los montes las noventa y nueve...?” “¿No deja las noventa y nueve en el desierto...?” La respuesta de cualquier pastor sería rotunda: ¡No! Primero deja a los noventa y nueve en lugar seguro, no en los montes o en el desierto. Porque si lo hace así, cuando vuelve con la oveja recuperada, todas las demás se han descarriado. A cualquier pastor con sentido común le preocupa más la seguridad de noventa y nueve ovejas que la de una sola. Si vosotros tuvierais que contratar a un pastor que cuidara vuestras ovejas, ¿le permitiríais que abandonara el rebaño para ir a buscar a la perdida? Quien dice pastor dice maestro para vuestra escuela, o vendedor para vuestra tienda, o gestor para vuestros negocios...

Y es que las parábolas nunca son lecciones de sentido común o sabiduría popular. Son precisamente un tipo de discurso que rompe el pensamiento convencional para abrirnos a otras perspectivas. Por eso la gente las oía pero no las entendía. Es decir, no llegaba al fondo de la cuestión. O rechazaba las implicaciones radicales de la nueva enseñanza del maestro galileo.

Mateo y Lucas nos ofrecen dos vías de comprensión de este lenguaje paradójico. En el caso de Mateo, se nos dice que nada es insignificante para Dios, que todos, incluso los más pequeños, somos valiosos. Y por tanto está dispuesto a venir en nuestra busca también. En

la interpretación tradicional de esta parábola, Jesús es el buen Pastor (lo asociamos a la alegoría de Jn 10, 1-18) que va a buscar a los pecadores. Por tanto también nosotros debemos salir a buscar a los pecadores, para que se reconcilien con Dios. Pero Mateo va mucho más allá. Porque según él, nadie está perdido para Dios. En contra de todas las apariencias, por supuesto. Nosotros juzgamos y condenamos, pero Dios salva.

Lucas da mayor importancia al hecho de que se recobra lo que se había perdido. Es decir, de algún modo se ha recobrado la perfección inicial. El gozo no se debe, parece, al hecho de que esa particular oveja ha sido recuperada, sino a que la suma total vuelve a ser cien.

El pastor de la parábola comete una locura. En el caso de Mateo, por amor a la oveja; en el de Lucas porque no tolera la idea de ser considerado un “mal pastor”, que ha perdido alguna oveja. Puestos a perder ovejas, quizás piensa, lo mismo da una que diez.

La versión de Mateo permite sacar más consecuencias teológicas. Nos habla de Dios. Nos invita a ver a Dios en el pastor y a nosotros mismos, o a los humanos, en la oveja. La de Lucas nos permite profundizar un poco más en la psicología. Nos invita a vernos a nosotros mismos en el pastor, que quiere recuperar la perfección perdida, o conseguir la integridad. Al hablar de la parábola de la dracma perdida en Lucas trataremos más a fondo el tema de recuperar la perfección.

### **Contexto escolapio: Dios viene en nuestra busca**

Existe un gran parecido entre la parábola de la dracma perdida y de la oveja perdida en Lucas, por lo que haré el comentario religioso cuando trate de la parábola de la dracma. Aquí me referiré más bien a la parábola de Mateo.

Cuando vemos la historia contada desde la perspectiva de la oveja, no deja de ser consolador el desenlace. El pobre animal se despistó en algún momento, yendo a comer alguna hierba sabrosa fuera del camino. Cuando se quiso dar cuenta, el rebaño ya se había ido, y no fue capaz de seguir la pista... La situación era realmente comprometida, porque los peligros para las ovejas perdidas en el mundo salvaje (en los montes) son muchos. Las ovejas, animales gregarios por excelencia, no están acostumbradas a quedarse solas. Pero esa oveja no deja que el pánico se le apodere. En lugar de correr locamente, se queda en un lugar donde sabe que el pastor podrá encontrarla. Porque espera que el pastor la eche de menos. El pastor, nos dice Mateo, se alegra porque encuentra la oveja perdida. Pero la alegría de la oveja, si podemos atribuir esta emoción al animal, sería mucho mayor. La oveja descubre que el pastor la quiere, que no la deja abandonada, castigada por haber cometido un error (despistarse, cuando su obligación era seguir a las demás). La alegría del pastor de Mateo no van tan lejos como la del pastor de Lucas, que pone la oveja sobre sus hombros, pero es señal de un verdadero afecto por ella.

Como seguidores de Jesús, no es difícil ponerse en el lugar de esa oveja. También nosotros queremos seguir al pastor, pero de vez en cuando nos despistamos. Nos quedamos solos, y nos preguntamos si nos habremos perdido, o si son los demás los que están extraviados. Qué buena oportunidad tenemos entonces de controlar el pánico, y esperar a que el pastor vuelva por nosotros. El escolapio es también gregario (si alguno se ofende, que lea “comunitario”) por naturaleza. Pero hemos de aprender a vivir los momentos de soledad, hasta que el pastor vuelve y nos reincorpora al rebaño. Y su alegría, y la nuestra, son enormes.

La oveja se deja encontrar, en lugar de alejarse o esconderse. Todos sentimos en algún momento de nuestra vida dudas sobre nuestra vocación, o sobre nuestra manera de vivirla. Nos sentimos perdidos porque el rebaño avanza demasiado aprisa o demasiado despacio, y da la impresión de que el pastor se ha olvidado de nosotros. Queremos conocer nuestro lugar en el mundo, nuestra verdadera identidad. Nada malo en ello, con tal que luego nos

dejemos encontrar por el pastor. Y la manera segura de que nos encuentre es no alejándonos demasiado del camino por el que normalmente transita el rebaño. Digamos la tradición, digamos la fidelidad al carisma institucional. Hay infinitos caminos en el monte, por el que los diversos animales discurren. Pero si nos alejamos demasiado del nuestro, nos quedaremos perdidos para siempre.

Entre nosotros los hay más autónomos y más dependientes del grupo. Pero todos podemos contar con ese interés personal de Dios por cada uno de nosotros. Dios, que es como ese pastor que cada noche, cuando vuelve del monte, cuenta sus ovejas para ver que no ha perdido ninguna.

## 1.6. La dracma perdida

(Lc 15, 8-10)

*“¿Qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una,  
no enciende una lámpara y barre la casa  
y busca cuidadosamente hasta que la encuentra?  
Y cuando la encuentra, convoca a las amigas y vecinas, y dice:  
‘Alegraos conmigo, porque he hallado la dracma que había perdido.’  
Del mismo modo, os digo, se produce alegría ante los ángeles de Dios  
por un solo pecador que se convierta.”*

### La parábola

Estamos ante la segunda de las *Parábolas de misericordia* de Lucas. En las tres se habla del gozo de alguien que ha perdido algo y lo recupera: una oveja, una moneda, un hijo. Si el autor pone las tres parábolas en el mismo contexto, es porque tienen algo en común. Podría ser la alegría: “*¡Alegraos conmigo!*”, Lc 15, 6.9, “*Convenía alegrarse*”, Lc 15, 32). Desde luego no es el amor: el padre ama al hijo perdido, e incluso podemos aceptar que el pastor ame a la oveja perdida, pero no imaginamos que la mujer *ame* a la dracma perdida. Por lo tanto hemos de buscar otro nexo común más significativo.

Creo que ese nexo es el recuperar la perfección inicial: las cien ovejas (¡precisamente 100!), las diez dracmas (¡exactamente 10!) o los dos hijos.

Lo que voy a decir sobre esta parábola podría valer para la de la oveja perdida en Lucas, y en cierto modo para la del hijo perdido.

La conclusión que aparece en las dos primeras parábolas tiene un carácter moral: habrá gozo en el cielo por un solo pecador que se convierta. No encaja mucho con la conclusión que se repite dos veces en la tercera parábola: “este hijo mío estaba perdido y ha sido hallado” (Lc 15, 24.32). La parábola del hijo perdido desborda con mucho la interpretación moral del gozo por el pecador convertido. Las parábolas suceden a la referencia de Jesús a perder algo irrecuperable: la sal que se desvirtúa (Lc 14, 34-35). En las historias que siguen se pierde algo que sí se puede recuperar. Por eso el contexto existencial (recuperar la integridad perdida, alcanzar la perfección) me parece mucho más adecuado que el simple moral (conversión del pecador), aunque la predicación de la Iglesia tradicionalmente ha subrayado el segundo.

La reacción de la mujer parece desproporcionada. Otra hubiera pensado: “¡Ya aparecerá cuando barra!”. Y el convocar a las amigas para comunicarles la noticia, también suena exagerado. Si se trata solamente de dinero... Pero no si se trata de algo más importante. Seguramente todos hemos experimentado un gozo semejante cuando hemos logrado una meta importante en nuestra vida: terminar una carrera, casarse, ser ordenado sacerdote... Poned otros logros elevados si queréis.

Esa mujer ha descubierto que le falta algo importante para completar su personalidad, el sentido de su vida. Por eso aunque el valor de lo que falta no es relativamente elevado (el 10% del total, y en caso de la oveja perdida, sólo el 1%), la mujer no puede contentarse con lo que le queda. Lo quiere todo otra vez. No puede ser feliz si le falta esa pieza que es la que da sentido, perfección al todo. Su caso no tiene nada que ver con la avaricia, porque el avaro nunca tiene la sensación de tenerlo todo, siempre necesita más. La mujer de la parábola sabe exactamente lo que le hace falta, y una vez lo ha conseguido, da por finalizada la búsqueda y se regocija con sus amigas.

Los psicólogos hablan de *integración* de la personalidad. Una persona puede estar *integrada* o *desintegrada*. No se trata de poseer muchas cualidades o pocas, sino de si esas cualidades están bien integradas o no. Se trata de una cuestión de equilibrio, en suma. Los educadores hablamos de educación *integral*, y nos referimos a lo mismo. Los más avanzados centros educativos pueden engendrar monstruos, si no ayudan a los formandos a encontrar la décima moneda.

Porque, y este es otro aspecto interesante de la parábola, no sabemos cómo las otras nueve monedas llegaron a manos de la mujer, pero la décima hay que buscarla con esfuerzo, *enciendiendo la lámpara, barriendo la casa y buscando cuidadosamente* (¡qué tentación, desarrollar el significado de estas tres acciones! Pero quizás eso convertiría la parábola en una alegoría. Prefiero dejarlo a la iniciativa del lector). Lo mismo que el pastor tiene que buscar trabajosamente en el desierto la oveja que se perdió. La perfección es algo que se logra con esfuerzo, pero luego produce intenso gozo.

### **Contexto escolapio: Vocación integradora de la personalidad**

Creo que esta parábola corresponde muy bien con la radicalidad que Jesús quería para sus discípulos, y para nuestro seguimiento de Cristo como escolapios.

La gente que se guía por criterios económicos recomienda ser prudente, conformarse con lo razonable, retirarse a tiempo para no perderlo todo. Dicen, por ejemplo, “lograr el 80% del objetivo puede ser un buen resultado”. Estos criterios no sirven para los discípulos de Jesús que aspiran a la perfección, a la santidad, como meta. No vale contentarse, por ejemplo, con observar al 95% el voto de obediencia, de castidad, o de pobreza. Aquí sólo vale el 100%. Tampoco valdría decir: “respeto fielmente todos los puntos de la vida religiosa menos la oración, creo que no está mal”. En la vida secular, ¿qué imagináis que pensaría una esposa cuyo marido le dijera: “te he sido fiel en el 95% de los casos”?

Si nos falta una sola de las monedas que debiéramos poseer para completar nuestra respuesta fiel, no podemos contentarnos hasta haberla recuperado.

Pero hay una diferencia entre nosotros escolapios y la mujer de la parábola. Ella ha encontrado la moneda perdida y ya no tiene que buscar más. Nosotros debemos estar constantemente buscando, porque nunca alcanzaremos la perfección en esta tierra. Recordamos las palabras de Jesús: “Buscad y hallaréis... porque el que busca, halla” (Mt 7,7-8; Lc11, 9-10). Toda nuestra vida se convierte en búsqueda anhelante de una plenitud que no podemos conseguir por nosotros mismos. Al final esa última moneda nos será regalada por pura gracia. Alguien vendrá a buscarnos a la puerta del cielo y, al vernos preocupados, sonriendo nos dirá: “¿Oiga, joven, no estará usted buscando esta moneda?”

Esa moneda que falta para completar la suma total puede también representar la vocación. Cada uno de nosotros tenemos una serie de cualidades y recursos que nos capacitan para organizar nuestra vida. Pero hace falta algo esencial, algo que le dé sentido, que nos marque la dirección a seguir. Y ese algo es, precisamente la vocación. Por la vocación sabemos que Dios nos llama a cumplir una misión concreta en el mundo, la nuestra, única e irrepetible. Gracias a la vocación reestructuramos nuestra escala de valores y nuestras potencialidades, y orientamos toda nuestra vida. Todo adquiere nuevo sentido. El artista, el maestro, el padre de familia... con el añadido de la vocación descubren que su vida está completa.

Tendremos que defender la vocación de quienes la consideran una locura. Especialmente la vocación religiosa o sacerdotal. Aunque también la vocación cristiana vivida radicalmente. Es una acusación semejante a la de los que consideran una alienación la fe. Los detractores de esta vocación sólo ven las renunciadas “antinaturales” a las que hay que someterse. Desde luego, no hay justificación racional para convencer a nadie sobre la bondad de la vocación. Hace falta un planteamiento de fe para aceptarla. El que tiene fe

está en condiciones de comprender lo que está en juego. Jesús aparece para el creyente como modelo de integridad, de perfección. Y toda su vida está orientada a seguir su propia vocación, cumpliendo la misión encomendada por el Padre.

Vivir a fondo nuestra vocación cristiana no es un obstáculo para ir consiguiendo, poco a poco, la integración de nuestra personalidad, la madurez. Al contrario, puede ser una ayuda muy eficaz al orientar en una dirección todos los elementos que la constituyen.

El que descubre su vocación, está en camino de conseguir la integración de su personalidad. Por eso el buen educador debe suscitar siempre una pregunta en sus formandos: “¿Y a ti, qué te falta para ser feliz?” La conciencia de que falta algo puede ser la motivación para emprender una búsqueda que llevará a la persona, sin duda, al hallazgo definitivo.

## 2. LA RESPUESTA

*Comprometerse es siempre costoso. Significa que a partir de ese momento estamos dispuestos a actuar no de acuerdo a nuestros instintos, sino siguiendo los dictados de una voluntad que se mantiene fiel a sí misma. La capacidad de comprometerse y de respetar los compromisos es uno de los signos de la madurez humana. Los compromisos serios se hacen ante testigos, que nos animarán a seguir adelante si nos ven desfallecer y realmente nos aprecian.*

*En nuestro tiempo algunos cuestionan la posibilidad de establecer compromisos permanentes. Es un cuestionamiento legítimo, dada la fragilidad humana. Pero si creemos que somos seres destinados a un destino sobrenatural, y que contamos con la gracia de Dios, entonces los compromisos fundamentales de nuestra vida sólo pueden ser definitivos. El pensamiento de que la felicidad de que disfrutamos es temporal, amenazaría la felicidad misma. La persona, desde la limitación del tiempo, vive abierta a la eternidad. Eso significa decir "para siempre", apoyándonos en Aquél que nos sostiene con su Palabra eterna.*

*Parece normal que antes de establecer un compromiso definitivo nos probemos a nosotros mismos (la autenticidad de la llamada, nuestras propias fuerzas para responder) mediante un compromiso temporal. Los escolapios hemos establecido ese camino, por medio de los votos (religiosos) o de las promesas (laicos). Que se experimentan radicalmente desde el principio, pero con la limitación de la temporalidad.*

*Quien no siente nuestra vocación, puede pensar que hemos elegido un camino muy duro. Que no hace falta llegar tan lejos para, al final, recibir el mismo pago que los demás. Pero nosotros pensamos que no es así, que nuestro salario es algo sobreañadido, porque el hecho mismo de trabajar en la viña del Señor es ya para nosotros nuestro pago y nuestro gozo. Y el Señor llama a todos, para que vayan a trabajar a su viña. A todos los que están dispuestos a ir a trabajar, por supuesto. Todos tenemos una vocación, todos debemos dar una respuesta.*

*Una de las condiciones para seguir a Jesús es desprendernos de los bienes materiales, que pueden dificultar nuestra marcha. La pobreza está íntimamente asociada al evangelio, de muchas maneras. La pobreza significa libertad de movimientos, porque no podemos seguir al mismo tiempo a dos señores que van en direcciones opuestas. Quien pone en el dinero su corazón, difícilmente podrá establecer otro compromiso de servicio a sus hermanos, porque siempre intentará servirse a sí mismo en primer lugar. Sólo quien se siente pobre camina anhelante buscando la plenitud que pueda colmarle.*

*Otra condición es la castidad. Entendida en primer lugar no como una prohibición, sino como una invitación a otro tipo de amor, siguiendo el ejemplo de Jesús. Por supuesto que esta y las demás condiciones tienen diferente expresión en el caso de religiosos y laicos, pero sigue siendo un camino común. La sexualidad es una condición de nuestro ser temporal, que no podemos ignorar, pero que no está destinada a durar en la vida eterna. Y nuestro seguimiento de Cristo quiere ser ya en esta vida un anticipo de la otra. Abrazar la castidad significa que la búsqueda del placer ya no es una meta de nuestra vida.*

*La obediencia de corazón es la expresión de nuestro deseo de hacer la voluntad del Padre. No se trata de un rechazo de nuestra iniciativa o creatividad, sino de un ponernos totalmente, confiadamente, en las manos de Dios. A través de las personas que Él ha designado como superiores nuestros, hermanos mayores que nos ayudan en nuestro caminar. La obediencia es la mejor protección que tenemos frente al individualismo que nos*



*encierra en nosotros mismos. Porque nuestra salvación, el sentido de nuestras vidas, no puede brotar de nosotros mismos. La obediencia leal (y o la simple disciplina) es una condición para la autenticidad de la persona. Si no es una simple máscara que puede cubrir otros intereses o razones.*

*Para mantener fielmente nuestros compromisos, tenemos ayudas espirituales que Dios nos ofrece, y que se canalizan a través de cauces bien conocidos en la tradición cristiana: la oración, los sacramentos. La oración no es un deber más en nuestra vida. Es como el aliento que necesitamos para seguir vivos. Oración y acción se necesitan y se apoyan mutuamente. Ambas tienen que estar relacionadas. Dios espera de nosotros que reconozcamos nuestras necesidades y se las expresemos por medio de la oración, y al mismo tiempo que nos esforcemos para satisfacerlas.*

*Además de las acciones “profanas” están también las acciones “sagradas”: el culto, los sacramentos. No se trata de acciones mágicas que producen su efecto sin más, sino que son actos simbólicos que nos abren a la plenitud de la vida. En los sacramentos, y especialmente en la Eucaristía, expresamos quiénes realmente somos, y recibimos la vida que Dios nos da.*

## 2.1. Los obreros de la viña

(Mt 20, 1-16)

*“El Reino de los Cielos es semejante a un propietario que salió a primera hora de la mañana a contratar obreros para su viña. Habiéndose ajustado con los obreros en un denario al día, los envió a su viña.*

*Salió luego hacia la hora tercera y al ver a otros que estaban en la plaza parados, le dijo: ‘Id también vosotros a mi viña y os daré lo que sea justo.’ Y ellos fueron.*

*Volvió a salir a la hora sexta y a la hora nona, e hizo lo mismo.*

*Todavía salió a eso de la hora undécima y, al encontrar a otros que estaban allí, les dice: ‘¿Por qué estáis aquí todo el día parados?’ Dícenle: ‘Es que nadie nos ha contratado.’*

*Dícele: ‘Id también vosotros a la viña.’*

*Al atardecer, dice el dueño de la viña a su administrador: ‘Llama a los obreros y págales el jornal, empezando por los últimos hasta los primeros.’ Vinieron, pues, los de la hora undécima y cobraron un denario cada uno. Al venir los primeros, pensaron que cobrarían más, pero ellos también cobraron un denario cada uno.*

*Y, al cobrarlo, murmuraban contra el propietario, diciendo: ‘Estos últimos no han trabajado más que una hora, y les pagas como a nosotros, que hemos aguantado el peso del día y el calor.’*

*Pero él contestó a uno de ellos; ‘Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No te ajustaste conmigo en un denario? Pues toma lo tuyo y vete. Por mi parte quiero dar a este último lo mismo que a ti. ¿Es que no puedo hacer con lo mío lo que quiero? ¿O va a ser tu ojo malo porque yo soy bueno?’*

*Así, los últimos serán primeros y los primeros, últimos.”*

### La parábola

La conclusión de la parábola, “los últimos serán primeros, y los primeros, últimos” es lo que la relaciona con el capítulo precedente, 19, que trata sobre el Reino de los Cielos, y las condiciones para acceder a él. La interpretación tradicional de la parábola es: los judíos fueron invitados los primeros a acoger el reino de Dios, pero muchos paganos convertidos al cristianismo pasarán delante de ellos, aunque su historia de creyentes sea más corta. La parábola fue escrita probablemente en un contexto de primeras comunidades cristianas en el que los convertidos del judaísmo se sentían un poco molestos porque los provenientes de la gentilidad eran equiparados a ellos en el seno de la Iglesia. Pero la posición oficial de las autoridades eclesiales era clara: judíos y griegos tienen los mismos derechos.

En un contexto moralizante, la interpretación es similar: muchos que parecen alejados de Dios serán también aceptados en el cielo, aunque sus obras para merecerlo sean pocas. Pues la salvación es gracia, y no fruto de las obras.

Lo que está en cuestión en la parábola es el sentido de justicia del propietario. Que no corresponde con el concepto de justicia que ordinariamente tiene el mundo. Si un empresario hiciera lo mismo hoy, pronto los sindicatos se le echarían encima. Y la asociación de empresarios también. Porque todo el mundo ha de respetar las reglas de juego para que la sociedad siga funcionando de una manera racional.

El dueño se defiende diciendo que él respeta la justicia, pero que su criterio último es la bondad, o generosidad. Paga de acuerdo con la necesidad de los trabajadores, no con el trabajo que realmente han llevado a cabo. Es otro punto de vista, para una justicia diferente, pero no parece que a los primeros obreros les guste esa decisión.

Uno piensa que hubiera sido más sencillo empezar pagando a los primeros obreros, y así se habrían ido tan contentos, sin armar jaleo. Así es como se arreglan muchos asuntos

en nuestro mundo, con dinero que pasa bajo la mesa, y todos felices. Pero si el propietario hubiera elegido la solución obvia, no tendríamos parábola. El acento se pone, precisamente, en el hecho de que el propietario desafía la práctica habitual, eligiendo otros criterios para actuar. Proponiendo una justicia nueva.

La parábola sigue ahí, desafiándonos hoy. Desafiando nuestra manera de percibir la realidad, que seguramente es diferente a cómo es la realidad en el Reino de los Cielos. Ese reino que estamos invitados a construir ya aquí, en el mundo. El problema, resumido, es el siguiente: para la mentalidad común, en el mundo hay diferencias entre la gente, y siempre las habrá. Para la mentalidad del Reino, esas diferencias un día terminarán, porque Dios nos hará iguales a todos con su misericordia. Encontramos el eco de las disputas teológicas sobre el papel de la gracia y las obras para nuestra salvación.

Yo creo que si hicieran una encuesta entre los lectores del Nuevo Testamento la mayoría de nosotros nos identificaríamos más bien con los obreros de la primera hora. ¿Acaso leer la Biblia regularmente no es ya un signo de estar trabajando en la viña? Y por eso entendemos la reivindicación de esos obreros. Para nosotros, los obreros de la última hora son siempre los demás, los que trabajan menos que nosotros.

Otra respuesta del amo podría haber sido: “Amigo, ¿de qué te quejas? Es cierto que has aguantado el peso del día y el calor, pero tú estabas contento porque habías encontrado trabajo, y sabías que al final del día la paga estaba segura. Mientras que esos compañeros tuyos han estado sufriendo todo el día, angustiados porque no sabían si serían capaces de conseguir un salario que les permitiera comer a ellos y sus familias”. Pero prefiere no darla, porque no intenta convencer con sus razones. Simplemente invoca su generosidad, y frente a ella no valen razones.

Lo verdaderamente llamativo en esta parábola, aparte del sentido de justicia que tiene el amo, es su preocupación por salir tantas veces a buscar obreros para su viña. No parece que lo que le preocupa sea su propia viña, sino el bienestar de aquellos obreros a los que él seguramente ni conoce. Curiosamente no es él quien se ocupa de pagar: encarga al administrador que lo haga. Lo lógico es que hubiera enviado al capataz a contratar al principio del día los obreros que necesitaba, y basta. Pero es él, personalmente, quien se quiere asegurar de que no queda ningún obrero sin la oportunidad de ganar un sueldo. Y va él porque quizás el capataz, movido por un exceso de celo, podría haber descartado algunos por débiles, o viejos, o malcarados, o cualquier otra razón. La misericordia del amo aparece ya en la llamada, mucho antes del momento de pagar el salario. El amo no pregunta a los obreros tardíos: “¿Por qué no estabais aquí al principio del día? Seguramente os habéis quedado durmiendo hasta las tantas...” Simplemente les envía a trabajar. En la invitación está ya la gratuidad, que anuncia un pago generoso.

### **Contexto escolapio: otra manera de ver las cosas**

La Iglesia en general y vida religiosa en particular tienen como principal misión ser signo y avanzadilla del Reino de Dios. Es decir, debieran ordenarse de acuerdo con los valores del Reino. Sin embargo estamos tan metidos en el mundo que nos cuesta descubrir y hacer nuestros esos valores. Tendemos a marcarnos los mismos objetivos y guiarnos por los mismos criterios del mundo. Usando, a veces, mascarillas espirituales.

En la parábola aparecen diversos personajes. El propietario es quien representa la novedad del Reino, tanto en su generosidad como en su manera de entender la justicia. Los obreros de la última hora han experimentado el mensaje del Reino, aunque quizás no lo hayan entendido del todo. Los obreros de la primera hora lo rechazan. Si queremos que una parábola “nos trabaje”, no podemos quedarnos al margen. Tenemos que elegir un papel en ella. O al menos hacernos conscientes de que hemos sido elegidos para tener un papel en ella.

Esta parábola de Mateo tiene una estructura parecida a la del hijo pródigo en Lucas. En ambas aparece un personaje misericordioso, un personaje que recibe más de lo que esperaba, y otro personaje "fiel" en el trabajo y que se siente decepcionado por la justicia (o la bondad) del primero. Si la estructura es semejante, también lo es la enseñanza.

Nos resulta más atractivo identificarnos con los obreros de las últimas horas, porque ello nos permite esperar que aunque no trabajemos mucho, también nosotros recibiremos el salario completo. Sin embargo quizás nuestro caso, como escolapios, sea más parecido al de los primeros obreros. No nos da miedo el trabajo, ni el calor. Estamos contentos de trabajar en la viña del amo. Pero nos acecha el peligro de no entender la generosidad del dueño, cuando vemos que otra gente con al parecer menos sacrificios que nosotros reciben la misma recompensa. Tratamos de hacer valer nuestros méritos, y nos olvidamos de la generosidad del dueño de la viña que ya al principio nos hizo un regalo que iba mucho más allá de nuestros merecimientos y nuestros sueños: el regalo de nuestra vocación. Una vez hemos descubierto que el ser invitados a trabajar en la viña es un honor más que una carga pesada, estamos en condiciones de ver a los demás trabajadores de la viña del Señor con otros ojos más comprensivos.

Otra tentación es pensar que tenemos más mérito (que merecemos más salario) porque hemos asumido más responsabilidades al servicio de los demás. Aquí todavía aparecen muy vivos los criterios humanos. En la plan de Dios es tan importante el papel de un cardenal como el de un sacristán de pueblo pequeño. En nuestra familia escolapia no hay papeles o vocaciones más importantes que otros. Todos tenemos que hacer bien el nuestro, y así el trabajo común seguirá adelante.

Esta parábola puede ayudarnos a ver de otra manera, con mayor humildad, el sentido de nuestro propio trabajo (gracia, antes ya de pensar en el pago que recibiremos), y el del trabajo de los demás. Si todavía nos atrevemos a juzgar a los que son diferentes de nosotros, o a minusvalorar lo que ellos hacen, ya conocemos cuál es la respuesta que nos espera.

## 2.2. El rico malo y Lázaro el pobre

(Lc 16, 19-31)

*“Era un hombre rico que vestía de púrpura y lino, y celebraba todos los días espléndidas fiestas. Y uno pobre, llamado Lázaro, que, echado junto a su portal, cubierto de llagas, deseaba hartarse de lo que caía de la mesa del rico... pero hasta los perros venían y le lamían las llagas. Sucedió, pues, que murió el pobre y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. Murió también el rico y fue sepultado.*

*Estando en el Hades entre tormentos, levantó los ojos y vio a lo lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno. Y, gritando, dijo: ‘Padre Abraham, ten compasión de mí y envía a Lázaro a que moje en agua la punta de su dedo y refresque mi lengua, porque estoy atormentado en esta llama.’ Pero Abraham le dijo: ‘Hijo, recuerda que recibiste tus bienes durante tu vida y Lázaro, al contrario, sus males; ahora, pues, él es aquí consolado y tú atormentado. Y además, entre nosotros y vosotros se interpone un gran abismo, de modo que los que quieran pasar de aquí a vosotros no puedan; ni de ahí puedan pasar donde nosotros.’ Replicó: ‘Con todo, te ruego, padre, que le envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les dé testimonio, y no vengan también ellos a este lugar de tormento.’ Díjole Abraham: ‘Tienen a Moisés y a los profetas: que les oigan.’ Él dijo: ‘No, padre Abraham; sino que si alguno de entre los muertos va donde ellos, se convertirán.’ Le contestó: ‘Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se convencerán, aunque un muerto resucite.’”*

### La parábola

Se trata de una parábola extraña, sin presentación ni conclusión. No se ve muy bien a quién va dirigida, ni la relación con el contexto. Posiblemente tiene que ver con la parábola del administrador infiel, al principio del mismo capítulo, sobre el buen uso de las riquezas. Quizás sea una advertencia a los fariseos, “amigos del dinero” (Lc 16, 14). En un contexto más próximo, inmediatamente antes de la parábola, aparecen dos dichos de Jesús sobre la perennidad de la Ley y la indisolubilidad del matrimonio. Como precediendo la idea de que después de la muerte nada puede cambiarse. A continuación sigue otro dicho sobre el escándalo.

Cuando Marx decía que la religión era opio para el pueblo, quizás pensaba en esta parábola, más que en ninguna otra enseñanza de Jesús. Porque a primera vista el mensaje es simple: “Si eres pobre, no te preocupes, pues aunque sufras en este mundo, los ángeles te llevarán al cielo, sin más. Si eres rico, da al menos las migajas a los pobres, y así evitarás ser castigado después”. Esta es una explicación terrible, y supongo que no la usarán los predicadores de hoy, aunque sólo sea para no dar la razón a Marx.

Como siempre, la explicación moral se queda corta. Jesús quiere dar conocimiento, y del conocimiento recto surgirá el correcto obrar. Aquí está hablando de dos abismos enormes que existen:

- Uno, entre la riqueza de los ricos y la pobreza de los pobres, en este mundo.
- Otro, entre el paraíso de los pobres y el infierno de los ricos, en el otro.

El rico al parecer no hace nada malo: simplemente disfruta de la vida. Hasta tiene buen corazón: no se ocupa de los pobres, pero siente preocupación, verdadero amor, por sus cinco hermanos, “sus prójimos”. ¿Quién le puede atacar desde la justicia? ¿No hay mucha gente muy honrada que hace lo mismo? Tal vez todos nosotros, al menos a veces.

El abismo de la insolidaridad, del egoísmo, es terrible. Era ya enorme en tiempos de Amós, el profeta que lo denunciaba en Samaria. Y cada vez crece más. La desigualdad

entre países ricos y pobres crece continuamente. Y la desigualdad entre ricos y pobres dentro del mismo país, salvo quizás algunas excepciones, también. Jesús denunció repetidas veces esta situación en su tiempo, y llegó a decir: “¡Qué difícil es que los que tienen riquezas entren en el Reino de Dios!” (Lc 18, 24). En esta parábola pintó gráficamente la situación, con su necesaria consecuencia.

El cuadro es dramático. Lázaro sólo aspiraba a los restos de la mesa del rico, pero nadie se los da. El rico luego también se conforma con poco: una gota de agua para refrescar su lengua. Pero ninguno puede recibir ni siquiera ese poco. En un cuento de hadas, o en una película hoy, el autor habría elegido otro guión. El rico tendría compasión, y al final, tras un castigo, recibiría su premio. Ese final nos gusta más, porque de algún modo nos tranquiliza, nos da seguridad. Pero Jesús no quería tranquilizar a la gente con sus enseñanzas, sino provocarla a un cambio radical en sus vidas. A una conversión o transformación. Y ahí no caben las medias tintas, las migajas. O estamos sentados en la mesa del rico, o en el suelo junto a Lázaro. Si queremos entrar en la lógica del evangelio, hemos de renunciar a la de los cuentos de hadas, o de las películas. Cuando pretendemos dar las migajas de nuestra mesa a Lázaro, estamos traicionando el sentido de la parábola. Cuando se ofrece un banquete en el Reino de los Cielos, no es para repartir migajas, sino para sentarse a la mesa y recibir una parte completa.

El final es sombrío. El rico confiesa que sus hermanos no van a cambiar, a pesar de tener las enseñanzas de Moisés y los profetas, mientras Abraham le responde que ni siquiera la resurrección de un muerto hará cambiar a sus hermanos. Podemos preguntarnos: “¿Entonces...?” “Lo imposible para los hombres, es posible para Dios” (Lc 18, 27).

### **Contexto escolapio: la pobreza**

Los religiosos tenemos, como una garantía para nuestra salvación, el voto de pobreza. Recordamos las bienaventuranzas: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos” (Mt 5, 3). Pero no basta con la expresión formal del voto. Debe estar arraigado en nuestro corazón, y ser una fuente de inspiración para nuestra vida entera: para nuestra oración, para nuestra vida comunitaria, para nuestra acción apostólica. También los laicos están invitados a vivir el consejo evangélico de la pobreza. El espíritu de las Bienaventuranzas es común para todos nosotros. Todos, no sólo los religiosos, elegiríamos la suerte final de Lázaro, pero de momento procuramos vivir aquí como el rico. Intentamos construir puentes sobre abismos, cosa bien difícil si nos tomamos en serio la parábola.

La vida de Lázaro no es deseable para nadie, aunque por desgracia es común para mucha gente en el mundo. Tenemos la obligación de intentar mejorarla. Y para ello no basta con darle los restos de comida, hay que conseguir que Lázaro pase adentro y se siente en la mesa del rico y sus hermanos. Ese es el sentido de la acción apostólica de la mayoría de congregaciones religiosas, y de tantas organizaciones que luchan por una mayor justicia y solidaridad en el mundo.

La pobreza aparece en la Biblia a menudo como una maldición, y la riqueza como una recompensa al recto obrar (léase el final del libro de Job, por ejemplo). Pero ya los profetas cambiaron de perspectiva cuando hablaban del pequeño resto de Israel, los pobres que estarían en mejores condiciones de recibir el Reino de Dios cuando llegara. Ese es el tipo de pobreza que Jesús bendice en las Bienaventuranzas. El mensaje es claro, pero difícil de convertir en vida propia. La pobreza es una maldición cuando es soportada como condena, pero puede ser una bendición cuando la abrazamos como opción liberadora. Pero la verdadera pobreza no es una simple opción intelectual, sino que tiene que experimentarse en la vida real. Todos podemos hacer esta opción, en nuestras respectivas condiciones de

vida. Quien nunca ha experimentado en propia carne el mordisco de la pobreza, no puede entender las bienaventuranzas.

La pobreza tiene para nosotros otra dimensión ministerial. La opción preferencial por los pobres es una indicación eclesial, y un elemento constitutivo de nuestro carisma. Viendo la reacción del rico en el infierno, que sólo piensa en el provecho material que la visita de Lázaro le puede traer (un poco de agua), en lugar de un poco de compañía, por ejemplo, en medio de aquella terrible soledad, nos damos cuenta de que en toda su vida no llegó a descubrir el real valor de las personas. Cuando uno sirve a los pobres lo hace por su simple valor humano, sin esperar recompensa alguna (que nos suele llegar del servicio a los ricos). Uno está en condiciones de descubrir al mismo tiempo nuestro real valor, que no depende de nuestras riquezas. Nuestro valor como personas.

Calasanz decía que la pobreza es “la más firme defensa de nuestra Congregación” (CC 137). Religiosos y laicos tenemos que revisar nuestra pobreza personal e institucional, para ver si somos fieles o no al espíritu de Calasanz. El Reino de los Cielos está al lado de acá del abismo de la pobreza, contrariamente a lo que piensan los ricos. ¿A qué lado estamos nosotros?

## 2.3. El espíritu inmundo

(Mt 12, 43-45; Lc 11, 24-26)

*“Cuando el espíritu inmundo sale del hombre,  
anda vagando por lugares áridos, en busca de reposo;  
pero no lo encuentra.  
Entonces dice: ‘Me volveré a mi casa, de donde salí’.  
Y al llegar la encuentra desocupada, barrida y en orden.  
Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él;  
entran y se instalan allí, y el final de aquel hombre  
viene a ser peor que el principio.  
Así le sucederá también a esta generación malvada.”*  
Mt 12, 43-45

### La parábola

La parábola aparece en Mateo en un contexto de controversia con los fariseos. La Biblia de Jerusalén titula el pasaje “Estrategia de Satanás”. Para algunos no es exactamente una parábola, y de hecho precede al Discurso Parabólico (Mt 13). En Lucas el contexto es muy similar: Jesús y Beelzebul, la Señal de Jonás. Pero aquí no parece que el argumento vaya dirigido especialmente a los fariseos (al menos no se les nombra), sino contra la generación malvada, los que están contra él. Sólo Mateo incluye la última línea. En lo demás los textos de los dos evangelios son casi idénticos.

En tiempo de Jesús la creencia en los malos espíritus o demonios era común. Vivían en lugares inhóspitos, pero preferían habitar en personas. En numerosas ocasiones los evangelios presentan a Jesús expulsando estos espíritus, e incluso al instituir a los Doce uno de los rasgos de legitimidad que les atribuye es el poder para expulsar espíritus inmundos (Mt 10,1). La ciencia, la medicina, explican hoy de manera diferente algunos estados de turbación o enfermedades humanas. Pero no es ese el tema que quiero abordar aquí.

Jesús habla de “generación malvada” refiriéndose a quienes le escuchan y no quieren aceptar su mensaje. Nínive era el símbolo del mal en el Antiguo Testamento, pero los ninivitas se convirtieron al escuchar la predicación de Jonás. Los numerosos signos (curaciones) que Jesús ofrece son atribuidos por sus adversarios al poder que le da Beelzebul, el Príncipe de los demonios (Mt 12, 24). Jesús les devuelve el ataque, comparándolos a ellos con los mismos demonios. La casa barrida y en orden es el pueblo de Israel, que durante siglos ha estado esperando al Mesías, y tratando de vivir de acuerdo con la ley de Moisés. No se puede dudar que la mayoría de los contemporáneos de Jesús actuaban de buena fe en su respeto a la Torah. A su manera estaban preparando la llegada del Reino. Pero en lugar de acogerle a él como el Mesías prometido, se dejaron arrastrar por los manejos de sus enemigos, más inclinados al fanatismo religioso y político que a la verdadera espiritualidad. Y toda la preparación sólo sirvió para precipitar la muerte de Jesús: “¡Crucifícale!” (Mt 27,22).

Si trasladamos a un nivel personal la parábola, podemos entender que se refiere a la gente que consigue dar un primer paso para liberarse de algún tipo de esclavitud (digamos, de la ignorancia, por ejemplo). Pero una vez ha conseguido este primer éxito, y ha trabajado duramente para embellecer su casa (siguiendo el ejemplo, mediante la educación), en lugar de conseguir la libertad lo que hace es encadenarse mucho más duramente no sólo al primer demonio, sino a siete más. Una conclusión apresurada sería: “Si este es el resultado, traería más cuenta no barrer ni ordenar la casa, y así ningún espíritu se sentiría atraído a vivir allí”. Pero hay otras conclusiones: por ejemplo, que hay que defender la casa para que



ningún enemigo entre en ella. El problema del hombre de Mateo es que dejó la casa “desocupada” (no así en Lucas), y por eso los espíritus se pudieron colar en ella fácilmente.

### **Contexto escolapio: la castidad**

Voy a reflexionar sobre esta parábola desde un punto de vista que no es el original, pero que no se opone, creo, al del evangelio. Yo la asocio a la castidad. Entendida como voto o como consejo evangélico para todo cristiano, no podemos dejarla de lado cuando se trata de la formación del escolapio. Como la pobreza y la obediencia, se refiere a una dimensión básica de la persona.

Jesús con su vida nos marcó un ejemplo a los que queremos seguirle. Cuando hemos tomado esa decisión, tenemos que limpiar y ordenar la casa de nuestra persona, y echar fuera todos los espíritus inmundos. Este es un trabajo que comienza en el momento en que damos una respuesta a nuestra vocación, y que dura toda nuestra vida. Porque las casas necesitan continua limpieza y arreglo. En el caso de la castidad, es obvio que nunca nos desprendemos de nuestra condición sexuada. Somos hombres o mujeres, con nuestra particular manera de reaccionar ante el mundo, la gente y los acontecimientos, condicionada por nuestro sexo. La sexualidad es uno de los dones que hemos recibido de Dios, y que podemos usar como útil instrumento en nuestra vida y apostolado. La castidad es una manera particular de orientar positivamente la energía sexual que todos tenemos dentro.

Ha existido tradicionalmente en la Iglesia una imagen muy negativa de la sexualidad, que ya va evolucionando. No vamos a ignorar los peligros y los abusos que en nuestro mundo se cometen, pero por eso no vamos a quedarnos simplemente en la parte negativa de lo sexual. Y aquí volvemos a hablar de la castidad. La castidad no puede consistir simplemente en una serie de prohibiciones: “No ver, no oír, no tocar”. La castidad tiene una dimensión positiva, que se traduce en la palabra “amor”. Amor que empieza en el prójimo, el que vive en nuestra casa, en nuestra comunidad. Y continúa con aquellos a quienes se dirige nuestro apostolado, y se extiende a todo el mundo.

Y en este sentido yo interpreto la parábola, desde nuestro contexto. Imaginemos un religioso que ha logrado expulsar al demonio de la concupiscencia, y resiste perfectamente todas las tentaciones contra la castidad. Pero eso le lleva a encerrarse en el torreón de su orgullo y aislamiento, menospreciando a quienes viven sometidos a las tentaciones de la carne. Supongamos que esa victoria penosamente conseguida le lleva a ser duro consigo mismo y con los demás, a despreciar a los débiles, a cerrarse a toda la gente del otro sexo, a rehuir la cultura, la fiesta, la comunicación... en ese caso otros demonios se apoderarán de su alma. Ponedles nombres: Orgullo, Soberbia, Egoísmo, Desprecio... mucho peores que el primero. Admiramos los ejemplos de Simón el Estilita y san Antonio en el desierto, pero esa no es la vocación del escolapio. Nosotros vivimos en un mundo en el que hay hombres y mujeres, niños y niñas.

La Iglesia proponía antaño remedios drásticos para las tentaciones contra la castidad: ayunos, cilicios, flagelaciones, clausura, silencio, largos periodos de oración... Hoy se proponen otra clase de defensas más humanas y constructivas: sana amistad, comunicación, colaboración fraterna, buena formación psicológica, dirección espiritual... Los peligros siempre existirán, por supuesto. Pero aunque nunca hemos de bajar los brazos de la prudencia, hemos de responder con las mejores armas que nos ofrecen hoy las ciencias del comportamiento humano y del acompañamiento espiritual.

La clave está en que ese religioso del ejemplo debe, por supuesto, echar fuera al demonio carnal, pero luego no debe dejar la casa desocupada. Ha de invitar gente, organizar actividades, encuentros, ponerse al servicio de los demás... Los espíritus de la parábola no se habrían atrevido a ocupar la casa si hubieran encontrado que había muchos invitados celebrando una fiesta. Sí, cierto, debemos limpiar nuestra casa y tenerla siempre

en orden. Pero una casa existe para ser habitada. La ocupación es la mejor defensa contra las malas ideas, de todo tipo. Calasanz quería que sus religiosos estuvieran siempre ocupados. En la clase, o en sus cuartos. Trabajando, estudiando u orando. Dedicando al descanso el tiempo necesario. Pero sin huecos perdidos durante el día. Quizás esta sea la mejor defensa de la castidad. Y, de paso, la que permite mantener alejados los otros espíritus inmundos. Porque si tenemos una casa barrida y arreglada, siempre habrá espíritus inmundos intentando entrar en ella. Se impone una constante vigilancia.

## 2.4. Los dos hijos

(Mt 21, 28-32)

*“Pero, ¿qué os parece? Un hombre tenía dos hijos.  
Llegándose al primero, le dijo: ‘Hijo, vete hoy a trabajar en la viña’.  
Y él respondió: ‘No quiero’, pero después se arrepintió y fue.  
Llegándose al segundo, le dijo lo mismo.  
Y él respondió: ‘Voy, Señor’, y no fue.  
¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre?  
‘El primero’, le dicen. Díceles Jesús:  
‘En verdad os digo que los publicanos y las ramera  
llegan antes que vosotros al Reino de Dios.  
Porque vino Juan a vosotros por caminos de justicia, y no creísteis en él,  
mientras que los publicanos y las ramera creyeron en él.  
Y vosotros, ni viéndolo, os arrepentisteis después, para creer en él.’”*

### La parábola

Mateo sitúa la parábola tras la entrada mesiánica en Jerusalén. Jesús está en el templo, manteniendo una controversia con las autoridades. Tras esta parábola vienen las más violentas de los viñadores homicidas y el banquete nupcial. La parábola alude claramente al rechazo del Reino de Dios por parte de las autoridades de Israel, comparándolas al segundo hijo. Ellos son los que defienden el culto y el nombre de Dios, pero luego no aceptan el mensaje del precursor, Juan. Encontramos aquí una de las alabanzas de Jesús a Juan el Bautista. Jesús asocia su predicación con el comienzo de la llegada del Reino de Dios. En la parábola siguiente se pone él mismo en el papel del hijo rechazado y asesinado por las mismas autoridades.

Esta parábola tiene bastantes semejanzas con la del hijo pródigo en Lucas: un padre tiene dos hijos. El primero parece malo (porque se va de casa y malgasta la hacienda, o porque dice que no quiere ir a trabajar) pero luego resulta bueno (porque entra a la fiesta del padre, o porque se arrepiente y va a trabajar). El segundo parece bueno (porque trabaja fielmente en casa, o porque responde con respeto) pero luego resulta malo (porque rechaza la fiesta, o porque de hecho no va a trabajar). En ambos casos se habla implícitamente de la acogida del Reino de los Cielos. Pero la parábola de Lucas tiene más que ver con la conversión, mientras en la de Mateo (aunque se habla de arrepentimiento) aparece más explícitamente la obediencia al Padre.

En la parábola se identifica a los “oficialmente buenos” de Israel (es decir, fariseos, sacerdotes y demás) con el segundo hijo, porque de palabra defienden la religión, y quieren obedecer la ley de Dios, pero de hecho la traicionan. Los “oficialmente pecadores” (es decir, los publicanos y las ramera, por eso los evangelios tienen especial interés en darnos algunos ejemplos de ambas categorías), en cambio, son los que aunque viven al margen de la ley, serán capaces de acoger la Buena Noticia de Jesús, y por eso llegarán antes al Reino de Dios. Cuando trasladamos esta parábola a nuestro contexto, nos sirve para ponernos en guardia a todos los que nos consideramos oficialmente buenos hoy: sacerdotes, religiosos, católicos practicantes y comprometidos... no nos vaya a ocurrir como al segundo hijo, que sólo cumplimos “de boquilla”, pero no de verdad. Mientras que los “oficialmente” malos (que ignoran los mandamientos de la ley de Dios) en la práctica tal vez viven mucho más a fondo el mandamiento del amor al prójimo, uno de los dos esenciales que Jesús quiso dejar a sus discípulos.

Jesús quiere denunciar una religiosidad de apariencias, y quiere poner de relieve lo que es esencial en la verdadera religión. Hablar cuesta poco, bien lo sabemos. Basta con

prestar atención a los discursos y promesas electorales en todos los países del mundo. Cumplir la palabra dada es mucho más difícil. Pero sólo en el cumplimiento de la palabra se lleva a cabo la plenitud de la persona. Una religión que es puro rito, está vacía. Una fe sin obras, sin transformación de la realidad, sin salvación efectiva, es una fe muerta. “El infierno está pavimentado de buenas voluntades”. Una de ellas es la del segundo hijo de esta parábola.

### **Contexto escolapio: la obediencia**

Además de los dos hijos de la parábola, Jesús nos podía hablar de otros dos más: el que dijo que iría a trabajar y fue, y el que dijo que no iría, y no fue. El buen religioso debería parecerse a este primer hijo que no aparece en la parábola, pero puesto que no aparece, no podemos decir mucho de él. Quizás ni siquiera exista, lo mismo que tampoco existe el otro absolutamente malo. Nos fijaremos en los dos que sí aparecen.

Ambos hijos viven una situación de conflicto. El primero tiene posiblemente un conflicto con su padre: alguna cuenta pendiente que saldar, alguna petición denegada... y por eso responde de manera desairada. Pero en el fondo sabe que su obligación es ir a trabajar: se calma su enfado, “se arrepiente”, y va a trabajar. Su conflicto era superficial, pasajero. El segundo en cambio tiene un conflicto consigo mismo. Por eso su respuesta es amable, pero luego no cumple su obligación. Se trata de un conflicto grave, de fondo. No acepta su condición de subordinado, de hijo.

Quiero reflexionar sobre esta parábola desde el punto de vista de la obediencia. Entendida, ante todo, como deseo y actitud de cumplir la voluntad del Padre. Al hablar de obediencia, inevitablemente hemos de hablar de conflicto. Incluso Jesús tuvo conflictos para obedecer: ese es el significado de las tentaciones, y también de su frase “Si es posible, pase de mí este cáliz”. Él obedeció perfectamente, pero nadie más lo ha hecho. Obedecer significa primero escuchar lo que otro quiere que hagamos (“ob-audire”), y luego hacerlo. Y normalmente lo que otro desea no coincide con lo que nosotros deseamos. Cuando ambas voluntades coinciden, obedecer carece de mérito. Obedecer significa que nos sabemos limitados, y que nos dejamos guiar por otros que pueden ayudarnos. Significa también que deseamos romper el círculo de nuestras propias limitaciones, para abrirnos a los demás: al otro y al Otro.

El escolapio se encuentra muchas veces ante la invitación a la obediencia, como voto o como voluntad de perfección. Y los conflictos que surgen son diferentes, en intensidad y en carácter. A veces se trata de un conflicto superficial, externo, con la autoridad o con la situación. A base de diálogo se suele encontrar la mejor solución. Pero otras veces se trata de un conflicto profundo, interno, que no tiene solución sin un proceso de conversión por parte del interesado. En el primer caso el enfrentamiento, bien gestionado y resuelto, ayuda a las dos partes a crecer (nos imaginamos al padre de la parábola abrazando a su hijo cuando volvió a casa cansado del trabajo), mientras que en el segundo, aunque no se produzca enfrentamiento directo (porque ambas partes intentan evitarlo), la situación lleva a un empeoramiento, a una cerrazón mayor.

La auténtica obediencia brota del corazón. Cuando el que tiene que dar órdenes se encuentra ante una persona de corazón sincero, no le preocupa demasiado que haya algún enfrentamiento o incluso rechazo, porque sabe que al final el otro obedecerá, si la cosa que le pide es razonable. Pero cuando uno se encuentra ante gente disciplinada y sonriente, que intenta quedar bien y no dice nunca que no... tiene motivos para estar preocupado. Porque tal vez van a hacer como el hijo segundo de la parábola, tarde o temprano.

Un corazón obediente es un corazón que escucha. Y el ámbito para escuchar es la oración, la palabra de Dios. La voluntad de Dios sólo puede venir desde fuera de nosotros mismos. Si nos cerramos a ella, si no la escuchamos, la única voz que escucharemos en nuestro interior es la nuestra propia. Y esta probablemente nos dirá que no vayamos a la

viña. Dándonos mil razones, todas justificadas, para obrar así. Como el hijo segundo de la parábola encontraría mil razones para no ir a trabajar, y seguramente se quedaría tan tranquilo, sin ningún remordimiento.

Pero si para nosotros escolapios la voz del Superior es recibida normalmente como expresión de la voluntad de Dios, debemos escuchar también otros cauces por los que el Señor nos puede hablar: la voz de la comunidad, la voz del mundo. Especialmente la voz de los niños y jóvenes, y de los pobres en particular. Si ellos nos dicen que nos necesitan, ¿cómo vamos a des-oirles, desobedecerles?

La obediencia es una de las claves para nuestro crecimiento espiritual. Precisamente porque no podemos salvarnos por nosotros mismos, sino que necesitamos la ayuda de otros, la salvación viniendo de fuera. Ajustarnos a una rutina, seguir nuestra propia agenda fielmente no es suficiente. Necesitamos estar continuamente abiertos para poder seguir las indicaciones del Espíritu, que sopla cuando y como quiere. Y que nos indica de este modo el camino a seguir. La obediencia no consiste simplemente en cumplir órdenes, sino en estar atentos, con actitud crítica, para discernir si ellas realmente se ajustan a la voluntad de Dios.

## 2.5. El amigo importuno

(Lc 11, 5-8)

*“Si uno de vosotros tiene un amigo y, acudiendo a él a medianoche, le dice:  
‘Amigo, préstame tres panes, porque ha llegado de viaje a mi casa un amigo mío  
y no tengo qué ofrecerle’,  
y aquél, desde dentro, le responde:  
‘No me molestes; la puerta está ya cerrada, y mis hijos y yo estamos acostados;  
no puedo levantarme a dártelos’,  
os aseguro, que si no se levanta a dárselos por ser su amigo,  
al menos se levantará por su importunidad y le dará cuanto necesite.”*

### La parábola

Lucas inserta esta parábola entre el Padre Nuestro y una enseñanza sobre la eficacia de la oración. En el capítulo 18 de Lucas encontramos la parábola del juez inicu y la viuda importuna, “para inculcarles que era preciso orar siempre sin desfallecer”. Son dos parábolas parecidas. Ambas se refieren a la oración. Pero la segunda está más bien en un contexto de parusía, de esperanza, y la comentaremos más tarde.

Los discípulos se acercan a Jesús, que está orando, y le piden que les enseñe a orar. Después de recitarles el Padre Nuestro, relata la parábola: “Si uno de vosotros tiene un amigo...” Se trata de una fórmula para entrar en el tema de manera personalizada. La explicación viene después a partir del versículo 9: “Yo os digo: pedid y se os dará...”

En esta parábola se pone de relieve la inoportunidad del amigo. Una aclaración lingüística puede ser útil: “importunar” significa incomodar o molestar con una pretensión o solicitud, según el Diccionario de la Lengua Española. “Inoportuno” significa fuera de tiempo o propósito. En la parábola de la viuda se resalta la *importunidad*: insiste durante mucho tiempo, aunque probablemente en un horario normal. En la del amigo se pone de manifiesto la *inoportunidad*: lo que pide es razonable, un favor de amigo a amigo. Pero es el momento lo que es inconveniente: es por la noche, los niños duermen. Quizás luego insista, aunque esto no se dice en la parábola. Quizás no hace falta: a pesar de la respuesta dada, el amigo no puede dejar mal al otro, y le da lo que pide. No sé si el traductor de la Biblia de Jerusalén, que yo uso, quería resaltar el primer significado o el segundo al titular la parábola. Yo me fijaré en la inoportunidad.

La historia ocurre durante la noche. Un hombre (Uno) recibe la visita de un amigo (Dos). Posiblemente Uno estaba también acostado, con la puerta cerrada y demás. Pero, hospitalidad obliga, se levanta para atender a Dos, que seguramente está fatigado y hambriento tras un largo viaje. Dos es inoportuno, pero para eso sirve la amistad. Y entonces Uno tiene que ir a casa de otro (Tres) para que le ayude a resolver el problema que se le ha presentado. La primera reacción de Tres es de rechazo, quizás porque estaba aún medio dormido y no conoce las razones del otro para ir a esas horas. Pero cuando comprende que Uno no tiene la culpa y realmente le necesita, no puede negarle el favor. En el fondo hasta puede que piense: “Este es un buen amigo al que se puede ir a importunar a cualquier hora sin que te deje colgado”. Jesús alaba la acción de Uno.

Jesús quiere enseñar a sus discípulos la importancia de la oración. Deben pedir al Padre lo que necesiten, en cualquier momento. Porque si lo que piden es una cosa razonable, se lo dará. Jesús elogia la actividad de Uno porque hace lo que debe: acoge a Dos, y resuelve el problema que se le presenta haciendo valer la amistad de Tres. Actúa, y ruega. “Labora et ora”, no importa mucho el orden. En lugar de quedarse parado toma la decisión correcta. Jesús sabía que los discípulos iban a encontrarse muchas veces en situaciones parecidas:

en la noche, ante un problema imprevisto, necesitados, con sólo Dios a quien recurrir. En esos momentos, dice Jesús, el Padre del cielo les dará cuanto necesiten.

### **Contexto escolapio: oración y acción**

“Ora et labora”, era la consigna que san Benito dio a sus monjes. “Piedad y Letras”, es la variante que Calasanz quiso para las Escuelas Pías. Y no sólo como fundamento para la acción escolar, sino también para la vida del escolapio. En nuestra vida se nos presentan muchas situaciones, previstas e imprevistas, en las que tenemos que acudir en ayuda de los demás. ¡Hay tantos panes que ofrecer a los niños hambrientos, a los amigos que llegan por la noche! Y aunque en general somos previsores, de vez en cuando se nos acaban las reservas, nos quedamos vacíos. Y el amigo inesperado en casa. Entonces es cuando Jesús nos dice también a nosotros: no te preocupes. Ve y pide ayuda a quien sabes puede ayudarte, y no te fallará.

Calasanz creó las Escuelas Pías para dar una educación integral a los niños. La escuela era (y es) un medio de reformar la sociedad, y de abrir nuevos caminos a los individuos. Pero quiso, y esa es la genialidad de su invento, que al mismo tiempo se diera una sólida educación cristiana, porque sin ella no se puede esperar un futuro armonioso, feliz, para los alumnos. Calasanz procuraba que los niños pudieran ganarse un día el pan con las Letras, pero les enseñaba también la Piedad para que supieran pedirlo al rezar el Padre Nuestro.

Los escolapios, me temo, cultivamos más las letras que la piedad. Damos más importancia a la acción que a la oración. Nos esforzamos en organizar bien nuestras escuelas, nuestros grupos, nuestras actividades. Dedicamos tiempo ordinario y extra a prepararlo todo bien. Tanto tiempo que a veces nos faltan ganas o tranquilidad para rezar. Si realmente es ese nuestro caso, estamos desoyendo algunas de las mejores enseñanzas de Jesús. Dígase lo mismo si en nuestra actividad educativa nos olvidamos de inculcar a los niños la necesidad de la oración. Últimamente se habla mucho de respeto a la libertad religiosa, y se suprimen prácticas de oración y celebración que antes eran más frecuentes. Tendremos que revisar si es efectivamente el respeto o la indiferencia lo que está detrás de esa retirada. Y tendremos que pensar en nuevas formas de evangelización si creemos que las tradicionales no son ya adecuadas. Pero no podemos renunciar a educar en la Piedad sin traicionar el carisma de Calasanz.

Después del concilio Vaticano II hemos vivido un amplio proceso de secularización. Sin duda era necesario “abrir las ventanas de la Iglesia”, entablar un diálogo más profundo con el mundo. Algunas estructuras han sido fuertemente sacudidas, como consecuencia de esta apertura. Lo religioso ha perdido terreno en algunos aspectos, en otros ha sufrido una purificación. Ahora bien, hoy día y siempre se respira en el mundo la necesidad de espiritualidad, que la gente tiende a satisfacer por vías más o menos ortodoxas. Para nosotros que nos proponemos seguir a Cristo, seculares y religiosos, y ademar guiar a otros hacia Él, la oración es una exigencia. La contemplación está al comienzo del seguimiento de Cristo. Y sigue presente mientras llevamos a cabo nuestro ministerio: vemos el rostro de Cristo en los niños y los jóvenes, especialmente en los pobres. Y porque vemos su rostro, queremos servirle.

El amigo de la parábola fue a pedir pan por la noche. Durante el día no le hubiera sido difícil obtener los panes. Pero es entonces, de noche, cuando los necesita. Nosotros los escolapios somos gente de oración. Los religiosos tenemos nuestros rezos, comunes y personales, señalados en las Constituciones. Es parte de nuestro quehacer, como servicio en la Iglesia. La oración a la que se refiere Jesús en la parábola es la que brota de nuestros corazones en los momentos de necesidad personal o ajena, al margen de nuestras estructuras de oración. Al fin y al cabo no era Uno el hambriento de la parábola, sino Dos. Es posible que a veces no sintamos la necesidad de orar por nosotros, pero ¿cómo

olvidarnos de las necesidades ajenas, cuando son tan evidentes? Si dejamos de orar, ¿no será porque nos falta caridad?

Cuando hemos hecho lo que debíamos y no llegamos a más, nos queda el recurso de la oración. Ese es el mensaje de esta parábola. La oración no es un deber, es un recurso. Uno fue a casa de Tres en la noche, a pesar de ser una cosa tan inconveniente, porque sabía que su amigo no le iba a fallar. Ese tipo de fe nos hace falta a todos. La oración confiada es lo que en tiempos de dificultad marca la diferencia.



## 2.6. El juez inicuo y la viuda importuna

(Lc 18, 1-8)

*Les decía una parábola para inculcarles que era preciso orar siempre sin desfallecer:  
“Había un juez en una ciudad que ni temía a Dios ni respetaba a los hombres.  
Había en aquella ciudad una viuda que, acudiendo a él, le dijo:  
‘¡Hazme justicia contra mi adversario!’  
Durante mucho tiempo no quiso, pero después se dijo a sí mismo:  
‘Aunque no temo a Dios ni respeto a los hombres, como esta viuda me causa molestias,  
le voy a hacer justicia para que no venga continuamente a importunarme.’”  
Dijo, pues, el Señor: “Oíd lo que dije el juez injusto; y Dios,  
¿no hará justicia a sus elegidos que están clamando a él día y noche, y les hace esperar?  
Os digo que les hará justicia pronto.  
Pero, cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará la fe sobre la tierra?”*

### La parábola

Esta parábola sucede a una explicación de Jesús sobre la venida del Reino de Dios (Lc 17, 20-21) o del día del Hijo del hombre (Lc 17, 22-37). Se trata, pues, de un contexto de espera escatológica, de parusía. Este sentido aparece claramente en la pregunta con que Jesús cierra la parábola.

Jesús pone como modelo a una viuda que insiste continuamente hasta que consigue que el juez inicuo le haga justicia. Una viuda sin hijos es la imagen del desamparo en la Biblia. No tiene poder, no tiene a nadie que la defienda. Ha de sufrir toda clase de atropellos, sin esperanza de recibir justicia. Porque los jueces a menudo se dejan corromper por el poder o el dinero. Esta viuda es un ejemplo de tanta gente que, también en nuestro mundo, se ve impotente ante la injusticia de los poderosos.

Pero Jesús toma su partido. La alaba porque hace lo que debe: insistir, en lugar de resignarse. Con su acción logra no sólo su objetivo, sino que además el juez sea un poco menos inicuo, y su adversario sea tratado de acuerdo con la justicia.

La enseñanza de la parábola es: perseverad en la oración. Insistid, y Dios os hará justicia. En ella se percibe algo del dramatismo del Día del Hijo del hombre. Da la impresión de que las comunidades cristianas están sufriendo algún tipo de persecución, y Lucas les quiere dar ánimos recordándoles las enseñanzas de Jesús sobre la oración. Esta poniendo en duda nada menos que la fe de los cristianos. Más o menos les dice: si no creéis en la eficacia de la oración, quizás es porque no tenéis fe. Si tenéis fe, ¿cómo os cansáis de rezar?

En la parábola se insiste en la maldad del juez: ni temía a Dios ni respetaba a los hombres. Para que el contraste con Dios sea más manifiesto. Y la clave para su cambio de actitud está en la perseverancia de la viuda. Por mucho tiempo fue ante el juez pidiendo justicia. Posiblemente sus amigos le dirían que estaba perdiendo el tiempo, que no conseguiría nada, que era mejor dejarlo. Pero ella sabe que es lo único que puede hacer, que no tiene nada que perder. De algún modo se nos dice que incluso el mal más pertinaz se puede ablandar ante la perseverancia del justo. Es algo que más tarde Gandhi tradujo en la No Violencia como modo de actuación política.

Pero la gran pregunta que los cristianos se hacían era (y sigue siendo hoy): ¿cómo es que Dios tolera el mal por tanto tiempo? ¿No va a intervenir a favor de nuestras justas demandas? Creemos que Dios intervendrá al final, pero nuestro problema es: ¿cuánto tendremos que esperar hasta que intervenga? Y es que en nuestra condición temporal y mortal, a veces tenemos prisa. Nos gustaría que Dios interviniera antes. Más todavía en

nuestro mundo moderno, en el que nos estamos acostumbrando a conseguirlo “todo” y “ahora mismo”. Nos cuesta aceptar que Dios “hace esperar” (Lc 18,7) a sus elegidos. Quizás para ponerlos a prueba, para darles oportunidad de que madure su fe.

### **Contexto escolapio: oración y celebración**

Puesto que he dedicado el comentario de otra parábola (el amigo importuno) a hablar sobre la oración en su conexión con la acción, quiero en esta fijarme en otro tema relacionado con la oración: la celebración, los sacramentos. Ellos son, entre otros, los medios que se nos ofrecen a los creyentes para obtener de Dios lo que pedimos. Algo así como el recurso al juez por parte de la viuda para conseguir justicia. A ella no se le ocurrió ir a importunar directamente a su enemigo.

Algunos sacramentos sólo se reciben una vez en la vida, o en muy contadas ocasiones. Otros, como la Eucaristía y la Penitencia, debieran ser de uso más común. No quiero extenderme mucho sobre ellos: invito a quien esté interesado a que lea alguno de los libros que les están dedicados. Pero si haré un comentario, relacionándolos con la parábola y con nuestra vida cotidiana.

Creemos que la Eucaristía es un sacramento que produce nuestra transformación, simbolizada en la transustanciación del pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre del Señor. Creemos también que la gracia del sacramento de la Penitencia nos ayuda en nuestro proceso de conversión. Y sin embargo vemos que, en la práctica, ese cambio total que anhelamos nunca se produce del todo. La misa nos resulta monótona y nos distraemos; volvemos a caer en las mismas faltas que hemos confesado cien veces... ¿Para qué insistir, si ocurre así y no puede ocurrir de otra manera? Entonces viene a nuestra memoria la parábola de la viuda importuna. Y en ella podemos tomar ejemplo para seguir insistiendo. Una vez más. Al final, estamos seguros, el juez bondadoso nos dará la victoria sobre nuestro enemigo.

En estos sacramentos podemos adoptar una estrategia de “mínimos” o de “máximos”. Según la primera, nos conformaremos con ir a misa los domingos (y diremos que no es grave si alguna vez, por justos motivos, no podemos ir). Nos sentaremos en nuestro banco habitual, sin tomar ninguna iniciativa particular (por ejemplo, ofrecernos como lectores, o como miembros de la coral). Escucharemos más o menos atentos la liturgia de la Palabra. Posiblemente iremos a comulgar. Antes de terminar el último canto, nos iremos a casa, sin olvidarnos de pasar antes por la panadería, y ya está. En cuanto a la confesión, quizás nos confesemos una vez al año (porque la conciencia no nos acusa de ningún pecado mortal). O dos, si organizan unas liturgias penitenciales interesantes en la parroquia o en la comunidad por Adviento y Cuaresma. Si es posible, con absolución colectiva. Quizás se nos pase algún año sin confesarnos, pero en realidad no tiene mucha importancia, pensaremos, porque al principio de la misa ya participamos en la liturgia penitencial... Y conste que estoy pintando una estrategia de mínimos de cristianos practicantes, porque bien sabéis que la mayoría se conforma con menos. Pero bueno, supongo que todos los escolapios son, al menos, cristianos practicantes. Es como si la viuda se hubiera conformado con ir una vez al mes a ver si el juez ya se había interesado, por fin, en su caso. Insistiendo poco, nunca le habría llegado a fastidiar hasta el punto de obligarle a ceder.

Según una estrategia de máximos, hemos descubierto que nuestras aspiraciones no son solamente sobrevivir, sino crecer hacia la plenitud, hacia la santidad. Nos hemos dado cuenta de que con nuestras solas fuerzas no podemos nada. Que necesitamos continuamente de la gracia de Dios, para avanzar aunque sólo sea un poco cada día. Descubrimos la fuerza de la Oración, de la Palabra, de la Eucaristía, del Perdón. Descubrimos además que estos dones son más sabrosos cuando se comparten en la comunidad. Que ya no se trata simplemente de “pagar la deuda del domingo”, sino de celebrar la fiesta con los hermanos. El domingo, o cada día los que podemos. Y sabemos

que nuestro Padre no se va a incomodar con nuestra insistencia, sino todo lo contrario. Y que Él nos va a dar lo que le pedimos, porque así nos lo prometió Jesús. A veces de maneras que comprendemos, otras veces por caminos inesperados. Pero su generosidad está garantizada.

De la viuda de la parábola lo único que sabemos es que importuna, insistentemente. Ojalá a los cristianos se nos conociera también por nuestra esperanza. O lo que es lo mismo, por nuestra fe en que las cosas pueden cambiar a mejor, y nuestra entrega para lograrlo. Esa es la clase de fe que Jesús se pregunta si encontrará en la tierra cuando vuelva. Haciendo la pregunta de otra manera: ¿hará nuestra esperanza que por fin venga el Reino de Dios a la tierra? Nuestra fidelidad a los sacramentos es una respuesta que podemos dar. Porque en la Eucaristía se produce ya, escatológicamente, la reconciliación final entre Dios y los Hombres, la llegada del Día del Hijo del hombre.

### 3. SEGUIMIENTO GOZOSO: LA COMUNIDAD

*De un modo u otro, todos somos llamados a vivir en comunidad. No podemos desarrollarnos plenamente en soledad. Vivir con otros es una necesidad para llegar a ser plenamente personas. Cuando Dios se reveló, lo hizo a su pueblo escogido. Como cristianos no podemos vivir aislados: desde el momento de nuestro bautismo somos incorporados a la comunidad de la Iglesia. Ahora bien, los signos de pertenencia comunitaria pueden estar más o menos acentuados. Ser miembros de una comunidad es una característica de nuestro ser escolapios. Comunidad religiosa o comunidad laical; entendida a nivel universal o a nivel local.*

*La comunidad es para nosotros un don extraordinario. No sólo no estamos solos, sino que hemos recibido ya en esta vida el signo de nuestra pertenencia a la comunidad escatológica, definitiva. Por eso nuestra vida se convierte en una fiesta, en la que tenemos tantas cosas que celebrar. Una fiesta a la que todos están invitados. No importa cuál haya sido antes nuestra actitud, nuestra historia. La fiesta de la comunidad es el momento para empezar de nuevo a vivir, para reconstruir nuestras relaciones rotas.*

*Recibimos a nuestros hermanos como un don. Uno no elige a sus hermanos, le son dados. Y precisamente porque son dados, al valor del don se añade el de la sorpresa. Con la aceptación de nuestros hermanos queremos expresar de nuevo que la salvación no viene de nosotros mismos, sino de fuera, de Dios. En el hermano encontramos siempre esa parte que nos falta a nosotros mismos. En la comunidad podemos comprender mejor el significado de ser miembros del cuerpo de Cristo. Somos limitados, pero cuando nos constituimos en comunidad nuestro ser se enriquece.*

*Solamente podemos vivir con otros cuando fundamos nuestra vida en la verdad. Y solamente entonces podemos desarrollarnos como personas. A veces preferimos crearnos una imagen falsa de nosotros mismos, porque tenemos miedo a afrontar la realidad. Los hermanos nos ayudan a conocer quiénes realmente somos, si estamos dispuestos a abrirnos a ellos. La comunidad necesita de la verdad y la confianza de todos, para existir como tal. Y, al mismo tiempo, nos exige a vivir en la verdad.*

*La comunidad es un lugar para trabajar y para celebrar fiestas. Nos equivocáramos si consideráramos a los hermanos como a unos compañeros de trabajo simplemente. O como compañeros de hotel, si resulta que además no trabajamos en la misma obra. Esta sería una visión muy pobre de la comunidad. En una auténtica comunidad compartimos la vida, en sus múltiples aspectos. El trabajo y el descanso, el sufrimiento y el gozo, la oración y el afecto mutuo. Hay tiempo para todo: es cuestión de organizarse.*

*La presencia de los hermanos nos ayuda a descubrir el sentido de nuestra propia vida, porque es frente al otro como nos descubrimos tal como realmente somos. Y el otro está ahí para recordarnos que estemos despiertos cuando nos entra sueño y sin embargo debemos velar. El hermano es un apoyo en nuestros momentos de fatiga o desaliento. La corrección fraterna, en todos sus aspectos, es uno de los grandes recursos que la comunidad nos ofrece.*

*Al vivir junto a otros, no nos queda otro remedio que aprender la gran lección del perdón, de la tolerancia y la misericordia. Porque son muchas las veces que pecamos contra nuestros hermanos. Perdonar es uno de los rasgos que nos asemejan a Dios, además de ser un compromiso que adquirimos cuando pedimos perdón a Dios. Perdonando podemos descubrir mejor el significado del amor de Dios. Al ser perdonados, descubrimos el sabor de la paz.*

### 3.1. El hijo pródigo

(Lc 15, 11-31)

*“Un hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo al padre: ‘Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde.’ Y él les repartió la hacienda. Pocos días después el hijo menor lo reunió todo y se marchó a un país lejano donde malgastó la hacienda viviendo como un libertino.*

*Cuando hubo gastado todo, sobrevino un hambre extrema en aquel país, y comenzó a pasar necesidad. Entonces, fue y se ajustó con uno de los ciudadanos de aquel país, que le envió a sus fincas a apacentar puercos. Y deseaba llenar su vientre con las algarrobas que comían los puercos, pero nadie se las daba. Y entrando en sí mismo, dijo: ‘¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo aquí me muero de hambre! Me levantaré, iré a mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y ante ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros.’ Y, levantándose, partió hacia su padre.*

*Estando todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente. El hijo le dijo: ‘Padre, pequé contra el cielo y ante ti, ya no merezco ser llamado hijo tuyo.’ Pero el padre dijo a sus siervos: ‘Traed aprisa el mejor vestido y vestidle, ponedle un anillo en su mano y unas sandalias en los pies. Traed el novillo cebado, matadlo, y comamos y celebremos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado. Y comenzaron la fiesta.*

*Su hijo mayor estaba en el campo, y, al volver, cuando se acercó a la casa oyó la música y las danzas; y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Elle dijo: ‘Ha vuelto tu hermano y tu padre ha matado el novillo cebado, porque le ha recobrado sano. Él se irritó y no quería entrar. Salió su padre, y le suplicaba. Pero él replicó a su padre: ‘Hace tantos años que te sirvo, y jamás dejé de cumplir una orden tuya, pero nunca me has dado un cabrito para tener una fiesta con mis amigos; y ¡ahora que ha venido ese hijo tuyo, que ha devorado tu hacienda con prostitutas, has matado para él el novillo cebado!’*

*Pero él le dijo: ‘Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido, y ha sido hallado.’”*

#### La parábola

Es la tercera de las “parábolas de la misericordia” de Lucas. Pero la historia es más compleja que en las otras dos, las de la ovja y la dracma perdidas. La historia podría acabar en el vers. 24, y entonces sería similar a ellas. Pero entonces entra en juego el otro hermano, y la historia se enriquece.

Se trata, probablemente, de la parábola más popular de los evangelios, la que ha inspirado más artistas y escritores. Pero me temo que ha sido interpretada un poco superficialmente, sin llegar al fondo de sus riquezas. Hasta el punto de que para mucha gente “pródigo” (que según el diccionario significa gastador, manirroto, disipador) es sinónimo de “el que vuelve a casa arrepentido”. Algunos designan esta parábola con el nombre de “El padre misericordioso”. Otros, con más razón, “el hijo perdido”.

Es una parábola que surge de repente, como un cuento, sin introducción. Y acaba sin ninguna enseñanza por parte de Jesús, sin ninguna explicación. No hace falta. Cada cual que la entienda como le convenga mejor.

El uso más común de la parábola es el moralizador. Por eso recibe el nombre del hijo menor, cuando en realidad el personaje importante es el padre: “Un hombre tenía dos hijos”. El hijo menor desaparece en el vers. 24, y en 25 aparece el mayor. Pero el padre está

siempre allí. Es una parábola que (en su primera parte) se presta muy bien como texto para una celebración penitencial. ¿Quién no la ha usado alguna vez, deleitándose en mostrar a los penitentes los diversos pasos de una confesión bien hecha: “examen de conciencia, dolor de los pecados”...?

Pero ciertamente la atención del narrador no recae sobre la conversión del hijo que, en el fondo, no parece sincera, sino fruto más bien del cálculo y del interés. Del hambre, vaya. El hijo no está arrepentido, ni espera perdón. Simplemente espera tener pan en abundancia, como los otros jornaleros de su padre. Cuando pide perdón a su padre está interpretando un papel que previamente ha ensayado. Tiene una imagen de su padre como hombre justiciero. No llega a descubrir el amor de su padre hasta que vuelve a casa. Y luego no sabemos nada más sobre él, sobre su reacción ante el amor incondicional de su padre. Es sobre el padre sobre quien recae la atención de Jesús. El padre es el que merece llamarse pródigo: da a su hijo sin discutir, pierde su tiempo esperándole, le prepara una fiesta por todo lo alto, le da ropa y joyas... Y todavía le queda amor para derrocharlo con el otro hijo, el rencoroso.

Instintivamente nos sentimos inclinados a identificarnos con el hijo menor. Es el que lleva la mejor parte de la historia: disfruta a fondo de la vida y luego con volver a casa y hacer un poco de comedia ante el padre se encuentra de nuevo en posesión de todo lo perdido. “Y que le quiten lo bailao”. Sí, ciertamente, en el fondo sabemos que somos un poco –o un mucho- como él. Una y otra vez abandonamos la casa del padre para vivir nuestra vida, y luego le rogamos en la confesión que nos vuelva a acoger. Y él siempre nos prepara una fiesta cuando volvemos. Pero no olvidemos que es el hijo “menor”, y que alguna vez tendrá que madurar y ser “mayor”.

Al leer u oír la historia varias veces, otros lectores avisados se sienten atraídos por otro personaje, el hijo mayor. Porque también hay mucha gente, especialmente entre religiosos y cristianos practicantes, que nunca se han ido muy lejos de la casa, y que sienten que han sido fieles al padre durante toda su vida. Aunque quizás por eso mismo nunca han sentido el gozo de saberse amados incondicionalmente. También tienen una imagen del padre como hombre justiciero, y no comprenden que use la misericordia en lugar de la justicia cuando el otro hijo vuelve a casa. Siempre han estado intentado merecer con un esfuerzo sostenido y a veces penoso el amor del padre, que no es otra cosa que don. Por eso se pueden volver rencorosos, y son capaces de rechazar una fiesta de ternero porque no se les dio la oportunidad de organizar una de cabrito. Si somos sinceros podremos descubrir que también nosotros intentamos ganar la voluntad de Dios por medio de la justicia, en lugar de por la simple fe, y el amor. Nunca sabremos si el hijo mayor entró o no en la fiesta. Quizás la historia acaba así porque Jesús quería preguntar a los oyentes: “¿Y tú, qué, te animas a entrar?”

Y luego está el padre. Que se alegra al recuperar el hijo, como el pastor y la mujer que perdió la dracma. Pero va mucho más allá en la expresión de su ternura. Y en el intento de recuperar al otro hijo, que sin saberlo él mismo, está también perdido. Este padre compendia las intenciones de los protagonistas de las otras dos parábolas de la misericordia. Como el pastor, sale al encuentro del hijo menor perdido. Como la mujer de la dracma, sale al encuentro del hijo mayor para recomponer la situación original. Uno intuye que la felicidad del padre sólo será completa si puede reunir en torno a la mesa del banquete a los dos hijos, reconciliados con él y entre sí.

Pero quizás la fuerza de la parábola está en que el lector puede identificarse con los tres personajes. Simultánea o sucesivamente. Cuando uno es más joven, tiende a cometer locuras como el hijo menor. Cuando crece se puede instalar en el camino de la rectitud como el mayor. Pero sólo cuando realmente madura humana y espiritualmente puede tener un corazón de padre. En este sentido nos encontramos ante una de las parábolas más dinámicas del evangelio: primero somos invitados a volver a casa cuando nos hemos

alejado. Luego somos invitados a no quedarnos en la puerta, sino a entrar dentro, al lugar de la fiesta. Y luego a salir una y otra vez a invitar a los que aún están fuera.

Todas las parábolas de Jesús están basadas en su propia experiencia. Se apoyan en las costumbres y tradiciones de su tiempo, en algunas historias que habrían ocurrido y eran tal vez de conocimiento popular... No tengo ningún argumento para probarlo, pero yo encuentro en el evangelio de Juan otra familia real muy similar a la de la parábola: Lázaro y sus hermanas Marta y María. Los críticos no se ponen de acuerdo en la verdadera identidad de estos personajes, por lo que yo simplemente voy a "suponer". Supongamos que la Marta y María de Lucas 10,38-42 son las mismas de Juan 11 y 12, 1-7 (aunque Lucas no habla de Lázaro). Supongamos que María y María Magdalena, la pecadora, son la misma mujer. Supongamos que Jesús conocía bien la historia de María, que vuelve a casa después de haberse arrepentido de su mala vida y es acogida cariñosamente por su hermano Lázaro. Supongamos que Marta, la mayor, no entiende bien tanta condescendencia... Y que Jesús en su historia convierte al hermano mayor en padre, y a las hermanas en hermanos. La cosa tiene su verosimilitud. Y explicaría bien la fuerte amistad que existía entre Jesús y aquella familia a la que él había devuelto la felicidad.

### **Conexto escolapio: la fiesta de la comunidad**

Cuando yo era junior, había un padre que bautizó nuestra comunidad como "la casa de los pasteles". En total éramos unos veinte, y cada vez que celebrábamos el santo de alguien había postre especial. Si se añaden algunas fiestas destacadas, y algunos huéspedes agradecidos, raramente pasaban dos semanas sin pasteles. No sé si serían buenos para el colesterol, pero ayudaban a crear buen ambiente en la comunidad, sentido de fiesta. Y es que la comunidad, como dice Jean Vanier, es *lugar de perdón y fiesta*.

El centro de la parábola del hijo pródigo es la fiesta que prepara el padre cuando vuelve a casa. Es una fiesta enorme, a la que invita a mucha gente. Mata un novillo cebado, varios cientos de kilos de carne. Para saciar solamente al hijo hambriento, habría bastado un pavo. El hijo perdido, sin pensárselo dos veces, entra en casa en cuanto el padre le invita. El otro hijo no quiere disfrutar de la fiesta. No quiere entrar en casa, parece, para no participar en ella. Ni ha sido capaz de organizar una fiesta para sí mismo, ni acepta la invitación a la fiesta en honor de otro. En la actitud del hijo mayor percibimos una situación de "bloqueo" personal ante el hermano menor. Por desgracia, no es infrecuente en las comunidades religiosas y en ambientes cristianos. Un religioso se niega en redondo a tratar de resolver un conflicto que ha surgido con otro hermano. Y no hay nada que hacer, de nada sirven los buenos oficios de quien trata de mediar. Y el caso es que en general se trata de buenos religiosos, fieles y cumplidores... como el hermano mayor de la parábola. Este bloqueo impide a quien lo sufre adquirir madurez humana y religiosa. A nivel espiritual, equivale a negarse a perdonar. Como si del Padre Nuestro suprimiéramos lo de "Como también nosotros perdonamos a quienes nos ofenden".

Hay dos clases de comunidades, que están muy bien representadas en la parábola. Las comunidades en las que se lucha, se sufre y se celebran fiestas, y las comunidades en las que se trabaja, se lucha y se sufre lo mismo, pero sin fiestas. Todo depende de la relación entre los miembros. Cuando uno es joven en general tiene más humor y más apetito para comer pasteles. Cuando se va haciendo mayor tiene más cuidado con la dieta, y además no está para bailes.

Sí, es bonito seguir a Jesús cuando uno es joven y el futuro está hecho de primaveras y rosas. Cuesta más cuando uno está marcado por la desilusión y la debilidad. Pero la vida religiosa debiera ser la metáfora de la perpetua juventud de los seguidores de Cristo. La resurrección tomada en serio significa que estamos resucitando cada día, no sólo al final. Que estamos renaciendo en Cristo, eternamente jóvenes. Dispuestos a comernos los



pasteles que nos pongan por delante, y luego ya iremos a darnos un paseo para quemar grasas.

El padre de la parábola recupera la juventud cuando el hijo joven vuelve a casa. La fiesta la celebra también por sí mismo: seguro que se comería un buen filete de ternera. El hijo mayor, con su actitud, había condenado a su padre a envejecer, sin fiestas. Pero le quedaba la esperanza. Nosotros, los religiosos de hoy, somos los mensajeros de esperanza de un mundo nuevo. Invitados a celebrar el gozo de cada retorno, nuestro y ajeno. A ser centinelas para vislumbrar desde lejos los signos de los tiempos. A abrir nuestras casas y nuestras vidas para aquellos que han sufrido demasiado, y a los que no saben que hay una fiesta en marcha.

## 3.2. El buen samaritano

(Lc 10, 29-37)

*“Pero él (el legista), queriendo justificarse, dijo a Jesús:  
‘¿Y quién es mi prójimo?’ Jesús respondió:  
‘Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de salteadores,  
que, después de despojarle y golpearle, se fueron dejándole medio muerto.  
Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verle, dio un rodeo.  
De igual modo, un levita que pasaba por aquel sitio le vio y dio un rodeo.  
Pero un samaritano que iba de camino llegó junto a él, y al verle tuvo compasión;  
y, acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino;  
y montándole sobre su propia cabalgadura, le llevó a una posada y cuidó de él.  
Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y dijo:  
Cuida de él, y si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva.  
¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?’  
Él dijo: ‘El que practicó la misericordia con él.’  
Díjole Jesús: ‘Vete y haz tú lo mismo.’”*

### La parábola

Un escriba quiere poner a prueba a Jesús (Lc 10, 25). No se trata de una trampa, como en otras ocasiones. Jesús responde directamente a la cuestión ética, y luego le cuenta la parábola como una aclaración, para que no quede duda sobre su manera de pensar.

Esta es una de las parábolas que la tradición cristiana ha desenfocado siempre. Precisamente porque la primera pregunta del escriba es: “¿Qué he de hacer?”. Sin escuchar la segunda pregunta del escriba, pasamos ya a la “moralaja”: haz como el buen samaritano. Si ves a alguien que te necesita, ayúdale, aunque no lo conozcas. Sé un “buen samaritano”. El samaritano era “bueno” porque ayudó a un extraño. “Haz tú lo mismo” (Lc 10, 37).

Sin embargo yo creo que hay más enseñanza escondida de la que aparece a simple vista, como en todas las parábolas. En este caso Jesús cuenta la parábola no para responder a la pregunta moral, sino a la existencial: “¿Y quién es mi prójimo?”. La tradición occidental da más importancia al hacer que al ser, por eso en esta parábola en la que aparecen diversos personajes atribuye el protagonismo al que *hace* algo (y por eso designamos la parábola con el nombre del buen samaritano), no al que *padece* o a los que *omiten* injustificadamente una acción.

El verdadero protagonista es el hombre asaltado por los bandidos. Él está ahí todo el tiempo, necesitado de ayuda, viendo como quienes normalmente debieran ayudarle pasan de largo, mientras es el viajero más inesperado el que le presta ayuda. Si queremos comprender a fondo la parábola, nos hemos de poner en la piel del herido, no en la del samaritano. El herido es el único de todos los actores que aprendió algo en la historia: aprendió quién era realmente *su prójimo*, y este era el objetivo de Jesús al contar la parábola.

La enseñanza de la parábola es que para nosotros sería muy peligroso elegir a nuestros prójimos. El sacerdote y el levita eran buena gente, sin duda, pero ninguno de ellos eligió al herido como prójimo porque tenían otros valores u otras urgencias. Obraron bien según su código moral. Lo mismo que nosotros obramos bien cuando decidimos a quién considerar nuestro *próximo*: nuestra familia, nuestros amigos, nuestros vecinos, nuestros compatriotas, nuestros correligionarios... A la hora de la verdad, cuando la exigencia es grande el círculo de próximos es reducido. Estamos dispuestos a ayudar a fondo a muy poca gente. Nos

movemos por espíritu de tribu o de clan. Y podemos quedar encerrados en nosotros mismos, en una perfecta esfera de egoísmo en la que no hay espacio para nadie más. Y esto es lo que Jesús quiso romper con la parábola.

Porque resulta que el hombre herido está en una condición en que no puede elegir a su prójimo, el que le va a prestar ayuda. Le habría encantado recibir ayuda del sacerdote, o del levita... pero se tiene que conformar (¡y bien contento puede estar con el trato que recibe!) con la ayuda de un extranjero despreciable: un samaritano. Y es precisamente este quien le salva la vida, precisamente el prójimo que él no ha elegido. Esa es la lección de la parábola: no podemos elegir a nuestro prójimo. Porque en caso de real apuro, aceptaríamos ayuda de cualquiera. Cualquiera puede ser nuestro prójimo. Cuando descubrimos esto, desaparecen de los repliegues de nuestro ser los últimos restos de racismo que pudiéramos tener. Todos los hombres son nuestros prójimos, nuestros hermanos.

La adaptación de la parábola a nuestro tiempo no consiste en decir que si yo voy por la carretera con mi coche y veo un accidente debo detenerme para ayudar, sino que si voy por la carretera y tengo un accidente con mi coche, cualquiera podría detenerse a ayudarme. Se trata de un punto de vista mucho más optimista. Al pensar en esta parábola, puedo olvidar cuáles son mis deberes para con los demás y alegrarme de las inmensas posibilidades que se me abren: son muchos los que pueden apoyarme.

### **Contexto escolapio: el don de los hermanos**

En nuestro contexto, la pregunta del escriba “¿Quién es mi prójimo?” se convierte en “¿Quién es mi hermano?”, puesto que nosotros hemos aceptado el principio de la fraternidad como elemento básico de nuestra vida consagrada. Y la respuesta es bien clara: no aquél que nosotros elegiríamos porque piensa como nosotros, porque lo conocemos desde hace muchos años, porque tiene un prestigio excelente en la Provincia o por cualquier otra razón, sino aquél que en un momento dado puede venir en nuestra ayuda, como expresión del amor que el Padre siente por nosotros. Podemos elegir a los amigos, pero no podemos elegir a los hermanos de comunidad. Son un regalo de Dios, que sabe mejor que nosotros mismos lo que nos conviene. Y la condición de hermano empieza ya con la acogida de candidatos, con nuestra tarea vocacional. Pedimos a Dios “muchas y buenas vocaciones”. Ahora bien, ¿qué es una buena vocación? ¿No deberíamos estar dispuestos a acoger con generosidad (sin descartar la debida prudencia, por supuesto) a mucha gente que llama a nuestras puertas, y que descartamos porque no se ajustan a los modelos de vocación que nosotros establecemos? Si el regalo viene de Dios, ¿cómo va a ser malo?

En el mundo la noción de *justicia* es la base de las relaciones entre personas o grupos humanos. Si yo doy algo, tengo derecho a recibir otra cosa equivalente. El Derecho ha desarrollado ampliamente todo tipo de contratos, implícitos y explícitos, de manera que cada cual sabe lo que puede esperar de sus acciones. Incluso la Alianza del Sinaí se funda en este paradigma. “Israel, si respetas estas leyes, yo te defenderé contra tus enemigos. Pero si las olvidas, prepárate”. Conocer lo que podemos esperar nos da seguridad. Pero la vida religiosa (el seguimiento de Jesús en general) no se asienta sobre este principio, sino sobre el de la *gratuidad*, el *amor* de Dios. Dios nos ha amado primero, y nos ha hecho sus hijos adoptivos porque sí, sin condiciones. Y a algunos nos ha llamado a ser religiosos por las buenas, sin que nosotros hubiéramos hecho méritos antes.

La vida religiosa o la comunidad laical es el lugar en el que podemos experimentar esa realidad. Los hombres que viven conmigo son mis hermanos no porque yo haya hecho nada para merecerlos, sino porque Dios me los ha regalado. Y están ahí para tenderme una mano cuando lo necesite, al margen de lo que yo pueda hacer por ellos. Se trata de una constatación gozosa: Dios está cerca de mí, porque me ha dado unos hermanos que me

expresan cada día la ternura divina. Muchas veces, porque bien sabemos cuántas veces caemos en manos de malhechores de diversa índole en nuestra vida cotidiana.

En una ocasión tuve que ir a esperar al aeropuerto en Cebu a dos jóvenes voluntarios de SETEM que venían a pasar una temporada con nosotros. Yo no los conocía, ni ellos a mí. En la riada de pasajeros que salían por la puerta de llegada, yo sabía que de pronto aparecerían dos rostros que para mí dejarían de ser extraños, como los de los otros pasajeros, para ser “prójimos”. E imaginaba que para ellos la sensación iba a ser semejante: de pronto alguien se les iba a acercar en este país lejano y desconocido, y se iba a convertir en su “prójimo”. Entonces capté el íntimo significado de la parábola. Cualquiera de los pasajeros del avión podía ser mi prójimo. Altos o bajos, rubios o morenos... Y viceversa, cualquiera de las personas esperando podía convertirse en el prójimo de los dos viajeros. Lo mismo ocurre en la vida religiosa. No sabemos quién va a ser nuestro hermano, hasta que de pronto lo tenemos al lado, viviendo en la habitación vecina a la nuestra, comiendo en la misma mesa y trabajando junto a nosotros.

Hay una palabra muy significativa en la parábola: “ver”. Tanto el sacerdote como el levita ven al hombre herido, pero lo ven de lejos, y por eso se alejan más, dando un rodeo. En cambio el samaritano se acerca, “y al verle tuvo compasión”. Cuando uno ve de cerca el rostro del hermano sufriente, forzosamente siente compasión. Por eso a los condenados a muerte se les cubre el rostro, para que nadie se compadezca de ellos. En la distancia que adoptamos al “ver” a nuestros hermanos, está toda la diferencia. Porque nosotros también podemos ver a los demás de lejos, y entonces posiblemente daremos un rodeo para no acercarnos a ellos. O podemos verlos de cerca, y entonces sentiremos compasión por ellos, los sentiremos –y nos sentirán- prójimos.

Todos nosotros, religiosos y laicos, necesitamos cultivar una espiritualidad de comunión. Significa esto que vemos al otro como parte de mí mismo, porque ambos estamos unidos a Cristo. Cuanto más unidos nos sentimos a Cristo, más fácil nos resulta extender el sentimiento de fraternidad: a los que viven con nosotros, a los que comparten nuestro carisma, a los que son diferentes...

Además, el rostro de mi hermano es un reflejo de mi propio rostro: si siempre veo caras serias en torno a mí tal vez es porque yo no sonrío mucho. Tratemos de descubrir todo lo que los demás tienen de positivo, porque ello es parte de nuestro patrimonio común. En nuestras casas, en nuestras obras, debiera respirarse ese ambiente de familia que aparece en las primeras comunidades cristianas. Es lo que el mundo necesita para salir de la espiral de violencia y permitir la instauración del Reino de Dios.

### 3.3 El fariseo y el publicano

(Lc 18, 9-14)

*Dijo también a algunos que se tenían por justos  
y despreciaban a los demás, esta parábola:  
“Dos hombres subieron al templo a orar, uno fariseo, otro publicano.  
El fariseo, de pie, oraba en su interior de esta manera:  
‘¡Oh Dios! Te doy gracias porque no soy como los demás hombres,  
rapaces, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano.  
Ayuno dos veces por semana, doy el diezmo de todas mis ganancias.’  
En cambio el publicano, manteniéndose a distancia,  
no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo,  
sino que se golpeaba el pecho diciendo:  
‘¡Oh Dios! Ten compasión de mí, que soy un pecador!’  
Os digo que éste bajo a su casa justificado y aquél no.  
Porque todo el que se ensalce, será humillado;  
y el que se humille, será ensalzado.”*

#### La parábola

Lucas nos ofrece esta parábola después de la del juez inicuo y la viuda importuna (relacionada con la oración: “para inculcarles que era preciso orar siempre sin desfallecer”, Lc18,1) y la acogida a los niños (que tiene que ver con la humildad). Se trata de un contexto de oración: el fariseo y el publicano están orando en el templo. Y al mismo tiempo de humildad, pues esa es la enseñanza final: “el que se humille será ensalzado”.

La enseñanza de Jesús debió resultar escandalosa para aquellos a quienes iba dedicada, algunos “que se tenían por justos”. Porque en el contexto religioso judío sólo el que cumplía la ley escrupulosamente podía considerarse justificado. Y el fariseo de la parábola es un hombre que cumple la ley mosaica, mientras el publicano, colector de impuestos, acepta explícitamente que es un pecador, que no respeta la ley. Jesús está presentando un nuevo sistema de justificación, que ya no depende de las obras, sino de la actitud de la persona. En realidad ya mucho antes Jeremías había anunciado una nueva alianza escrita sobre los corazones, y no sobre roca (Jer 31, 31 ss), pero los oráculos del profeta no habían cambiado mucho la manera de pensar de su pueblo. Ahora, en Jesús, esa nueva alianza se hace carne, y llega el tiempo del cambio.

La parábola funciona bien, porque aparentemente es bien simple de estructura: hay un personaje simpático y otro antipático, y no cuesta mucho identificarse con el primero. Pero cuando profundizamos un poco, descubrimos que la cosa no es tan simple. Porque, precisamente lo que hace odioso al fariseo es el hecho de compararse con el publicano y menospreciarlo. Si nosotros nos comparamos con él y lo condenamos, ¿no estamos cayendo en el mismo pecado?. Esa es la trampa de la parábola. A poco que nos descuidemos, nos convertimos en puros fariseos. Y quizás sólo imitamos al fariseo en lo malo (el juicio), y no lo imitamos en lo bueno. Porque, objetivamente, el fariseo es un hombre honrado, justo, ejemplar. Sólo le falta humildad. Mientras que humildad es la única cualidad que posee el publicano.

Al condenar al fariseo Jesús no está condenando sus obras. Ni quiere justificar al publicano en sus pecados. Está cambiando la perspectiva teológica de la justificación. A nivel psicológico, está dando más importancia al *ser* que al *hacer*. Otro famoso publicano, Zaqueo, es justificado cuando decide por sí mismo resarcir lo robado y ayudar a los pobres. Es decir, la auténtica conversión implica un cambio en el actuar, pero primero ha de haber un cambio en el corazón. Viendo lo que sucede en la parábola, cabe pensar que al salir del

templo quizás el publicano cambiara de actitud (como Zaqueo), pero no tenemos ninguna razón para pensar que el fariseo cambió la suya. La conversión auténtica sólo funciona de dentro afuera, no al revés. Los actos solos son simplemente un disfraz, y esto Jesús se lo echó en cara muchas veces a los fariseos. El fariseo, con todos sus buenos actos, es incapaz de entrar en una dinámica de auténtica conversión, en una alianza nueva.

### **Contexto escolapio: vivir en la Verdad**

Calasanz insistió hasta la saciedad en sus cartas sobre la importancia de la humildad. En la vida religiosa, y en el ministerio escolar. A nivel espiritual, la humildad consiste en reconocer que somos pecadores, siervos inútiles del Señor, y que sólo de Él podemos esperar la salvación. A nivel humano, consiste en reconocer nuestros defectos y cualidades, aceptarlos y ponerlos al servicio de nuestra vocación. Tratando siempre de dar lo mejor de nosotros mismos.

El problema del fariseo de la parábola es que es tan perfecto (o al menos así se considera) que no deja a Dios ninguna posibilidad de actuar. Simplemente le da gracias, y quizás espera algún premio por sus méritos. El publicano, en cambio, pide humildemente ayuda. Reconoce sus limitaciones, y por tanto tiene posibilidades de convertirse y salvarse.

Nosotros los escolapios nos esforzamos en un doble frente: en el de nuestra propia vida espiritual y en el de nuestra actividad apostólica. Especialmente en el segundo somos conscientes de la importancia de la calidad de nuestros resultados. Intentamos ser buenos profesionales, nos pasamos la vida actualizando nuestros saberes y habilidades. En cuanto religiosos o laicos comprometidos también nos esforzamos, mediante la práctica de nuestras múltiples actividades espirituales: oración, sacramentos, retiros, ejercicios, cursillos... Es normal que lo hagamos así. Y también lo es el que nos sintamos satisfechos cuando vemos que nuestros esfuerzos producen resultados de calidad. El único peligro consiste en olvidar que todo lo que tenemos lo recibimos de Dios como gracia, y que por tanto no tenemos motivos para gloriarnos. Y mucho menos para menospreciar a otros que, aparentemente, son menos eficaces que nosotros.

Este peligro se pone de manifiesto especialmente cuando vivimos en comunidad. Somos humanos, y el peso de nuestra humanidad puede llevarnos fácilmente a compararnos con los demás. Con un resultado favorable para nosotros, por supuesto. En lugar de ser objetivos, tratando de descubrir nuestra verdad y la de los otros, tendemos a medir a los demás con nuestro rasero. Eso es lo que hace el fariseo de la parábola: "ese no es como yo". En el momento en que nos convertimos en paradigma del mundo, sólo podemos ver imperfección alrededor. Porque, efectivamente, todos somos distintos. Pero ese tipo de autoimagen nos impide crecer, espiritual y humanamente. Necesitamos descentrarnos, para poder crecer. Un fariseo descentrado (si ello es posible) se hubiera preguntado: "¿Qué tiene de bueno ese hombre de ahí que yo no tenga? ¿Cómo me verá él a mí?" Ese tipo de preguntas inteligentes le hubieran permitido salir de su cerrazón, para poder llegar a ser ese ser perfecto que, honradamente, deseaba llegar a ser.

Una vida de sana relación en comunidad, con ayuda mutua que llega a la corrección fraterna, es el ambiente más sano para crecer en todos los sentidos. En la relación con el otro es donde llegamos a descubrir realmente quiénes somos, y qué podemos llegar a ser. La comunidad nos ofrece continuamente la oportunidad de deconstruir las falsas imágenes sobre nosotros mismos, las falsas ilusiones. Y al mismo tiempo nos ofrece la ayuda que necesitamos, cada uno de nosotros diferente. Es cierto que a veces el mundo nos hiere cuando descubre nuestras debilidades (es una actitud muy humana), y ello crea en nosotros un instinto defensivo, de aparentar. Desarrolla el temor a los demás, que es también una manera de adaptación para sobrevivir en un mundo salvaje. Pero eso no es lo que se puede esperar de una comunidad de hermanos. En comunidad nadie nos quiere herir. Especialmente en comunidad, debíamos vivir instalados en la verdad de nuestras vidas. Y

dispuestos a aceptar la verdad de los demás. La prueba de que seguimos siendo fariseos está en ver siempre un publicano en la comunidad.

El verdadero sabio es el que ha descubierto que no sabe nada. El verdadero santo es el que piensa de sí mismo, sinceramente, que es un pecador. Esos son los caminos que el escolapio debe recorrer continuamente: los caminos del publicano.

### 3.4. Los invitados al banquete

( Mt 22, 1-14: Lc 14, 15-24)

*Habiendo oído esto, uno de los comensales dijo:  
“¡Dichoso el que pueda comer en el Reino de Dios!”  
Él le respondió: “Un hombre dio una gran cena y convidó a muchos.  
A la hora de la cena envió a su siervo a decir a los invitados:  
‘Venid, que ya está todo preparado’. Pero todos a una empezaron a excusarse.  
El primero le dijo: He comprado un campo y tengo que ir a verlo; te ruego me dispenses.  
Y otro dijo: ‘He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlas; te ruego me dispenses.’  
Otro dijo: ‘Me he casado, y por eso no puedo ir.’  
Regresó el siervo y se lo contó a su señor.  
Entonces, airado, el dueño de la casa dijo a su siervo:  
‘Sal en seguida a las plazas y a las calles de la ciudad, y haz entrar aquí  
a los pobres y lisiados, y ciegos y cojos.’  
Dijo el siervo: ‘Señor, se ha hecho lo que mandaste, y todavía hay sitio.’  
Dijo el señor al siervo: ‘Sal a los caminos y cercas,  
y obliga a entrar hasta que se llene mi casa.’  
Porque os digo que ninguno de aquellos invitados probará mi cena.”*  
Lc 14, 15-24

#### La parábola

Las versiones de Mateo y Lucas de esta parábola difieren bastante. En Mateo el contexto es más dramático. Jesús enseña en el Templo, después de su entrada triunfal en Jerusalén. Esta parábola sigue a la de los viñadores homicidas, con una enseñanza similar: los judíos han rechazado la invitación a la fe en Jesucristo, y por ello serán castigados y su ciudad destruida. Además en la historia principal se intercala otra secundaria, la del invitado que no lleva ropa adecuada (Mt 22, 11-13).

En Lucas el contexto es diferente. Jesús, en su subida hacia Jerusalén, ha sido invitado a comer en casa de uno de los jefes de los fariseos. La parábola sigue a dos enseñanzas circunstanciales de Jesús sobre la elección de asientos en un banquete y la elección de los invitados. Jesús cuenta la parábola para responder a la exclamación de un comensal: “¡Dichoso el que pueda comer en el Reino de Dios!”. No se percibe la tensión del evangelio de Mateo.

En Mateo los invitados a la boda se niegan a ir, sin más, en un claro acto de hostilidad. La nota se exagera cuando algunos invitados matan a los mensajeros. El rey se venga matando a los homicidas y destruyendo la ciudad (Jerusalén había sido destruida ya por los romanos cuando Mateo escribió el evangelio). Pero no quiere que su banquete se pierda, e invita “a buenos y malos”. En la segunda parte de la historia actúa con extraordinaria dureza con el invitado que ha cometido una falta de etiqueta. Es como una amenaza para aquellos paganos que se han unido a la Iglesia: si no se comportan adecuadamente, serán castigados.

En Lucas la situación es más normal: no se trata de un rey, sino de un hombre que tiene un solo siervo. Se enfada cuando los invitados no acuden, pero no comete ninguna violencia contra ellos. Los invitados ofrecen unas excusas que parecen razonables. Hasta cierto punto, pues ninguna de ellas es incompatible con el hecho de asistir a un banquete. El único castigo es que no probarán su cena. Entre los nuevos invitados los hay de dos categorías: primero los pobres y lisiados, ciegos y cojos de la ciudad (es decir, los excluidos del banquete escatológico según la mentalidad judía) y luego los de fuera de la ciudad (es



decir, los paganos). Hay un signo de violencia: “Oblígalos a entrar” (Lc 14, 21.23), que ha sido la justificación para no pocos abusos misioneros en la historia de la Iglesia. Aunque no se ve muy bien cómo un solo siervo puede obligar a entrar a tanta gente por la fuerza.

Me voy a fijar más en la versión de Lucas, pues parece más genuina, anterior posiblemente a la de Mateo. Aceptando la explicación tradicional de la parábola (los paganos aceptan la invitación a la fe en Jesús, mientras que los judíos la rechazan), intentaré leer más a fondo.

El hombre del banquete es bien generoso. Primero invita a sus amigos, pero luego invita a toda la gente de las calles y plazas de la ciudad, y luego de los caminos y encrucijadas. Es decir, nadie queda excluido de la fiesta. Parece que se está hablando del banquete de la vida. Por el simple hecho de venir al mundo, todos estamos invitados a la felicidad que Dios quiso para sus hijos. Lo que ocurre es que muchas veces no somos conscientes de nuestra suerte, y nos atraen más otras distracciones pasajeras que la verdadera felicidad de nuestra vida. Rechazar la invitación es la razón del castigo que seguirá: “ninguno de aquellos invitados probará mi cena” (Lc 14, 24). Encontramos un eco a estas palabras en el Concilio Vaticano II: “No pueden salvarse los que, conociendo que la Iglesia Católica fue fundada por Dios a través de Cristo como necesaria, rechazan entrar o permanecer en ella” (LG 14).

Curiosamente no es a los amigos a los que “obliga a entrar” en el banquete, sino a los pobres y forasteros. Como si Dios estuviera dispuesto a ser más generoso con aquellos que no han sido evangelizados que con los cristianos que han rechazado su invitación.

Llama la atención el hecho de que el número de siervos que rechazan la invitación son tres, como el número de tentaciones de Jesús en Lc 4, 1-13 (y en Mt 4, 1-11). También son tres los obstáculos para el crecimiento de la semilla en la parábola del sembrador. Con ello Lucas está indicando que rechazar la invitación es una tentación. Y cada excusa es diferente:

- El primer invitado dice que ha comprado un campo y tiene que ir a verlo. Realmente la razón no es muy convincente, porque si la transacción ya está hecha puede ir a ver la propiedad en cualquier otro momento. Pero la codicia del poseer es más fuerte que el gozo simple de participar en un banquete.
- El segundo ha comprado cinco yuntas de bueyes y tiene que ir a probarlas (¿hoy precisamente?). Se trata de un hombre poderoso, que compra a lo grande porque quiere mostrar a los demás su poder. El placer que le produce mostrar su autoridad con los diez bueyes es superior también al de participar en un banquete en el que no será más que un simple invitado.
- El tercero se excusa diciendo que se ha casado. Quiere disfrutar egoístamente de la felicidad de su nueva situación, sin perder unas horas preciosas dando gusto a su amigo. No le importa quedar mal, sólo piensa en sí mismo.

### **Contexto escolapio: Tiempo para todo**

Me parece que no es forzar mucho el sentido de la parábola si vemos en las excusas de los convidados una referencia velada a los consejos evangélicos de pobreza, obediencia y castidad. Que nos permite hacer una lectura “religiosa” de la misma. De algún modo se dice a todos los que pretenden seguir a Jesús que hay una serie de obstáculos típicos que nos pueden hacer perder de vista el objetivo fundamental de nuestra vida. Los invitados segundos ni compran campos, ni bueyes, ni se casan, y por ello están disponibles (y contentos) para aceptar la invitación. Paradójicamente, los amigos del hombre del banquete están en desventaja con respecto a los extraños.

Podemos leer la parábola como una doble invitación, que se puede referir a cada uno de nosotros:

1. La primera invitación se hace a título de amistad. Es decir, los invitados la merecen, por su relación con el hombre. Es una pena que hayan fallado en el último momento, perdiendo así la oportunidad de disfrutar de un banquete y cultivar más una amistad. Como escolapios podemos considerarnos amigos de Dios, a quien nos une una relación más o menos larga, pero que ha ido tejiendo nuestra historia. Porque somos sus amigos, el Señor nos invitará a su banquete celestial, pero cuidado, no nos dejemos distraer por otras circunstancias de la vida.

2. La segunda invitación es pura gracia. Nadie la merece. El Señor quiere llenar su casa de invitados. También aquí podemos vernos a nosotros mismos. Porque en el fondo sabemos que no merecemos ninguna recompensa: somos pobres, lisiados, pecadores, forasteros... Pero el Señor ha tenido misericordia con nosotros, y quiere que también nosotros acudamos a su banquete.

Se trata, pues de aceptar la invitación al banquete del Señor, bajo una forma u otra. O bajo las dos formas al mismo tiempo: sabiendo que somos indignos, pero haciendo lo posible por merecer la amistad de quien nos invita.

La fuerza de la parábola está en el rechazo de los primeros invitados. Parece que cuando el señor organizó el banquete e "invitó a muchos" (Lc 14,16) estos aceptaron la invitación. Cuando el criado va a recogerlos a la hora de la cena ellos se excusan, porque según ellos, no tienen tiempo. Rompen un compromiso previo, y esto es lo que sienta mal al hombre. Los escolapios podemos considerarnos como esos amigos del hombre que han aceptado la invitación al banquete en un primer momento. Pero podríamos olvidar nuestro compromiso en el momento de la verdad. Y entonces alegar que estamos ocupados, o preocupados, y por tanto no podemos acudir. Y así, días tras día, nos privamos del gozo del banquete de la vida.

La parábola nos recuerda que es mejor poner en orden nuestras prioridades. Cuando se nos ofrecen varias invitaciones al mismo tiempo, tenemos que renunciar a unas para poder atender a otras. Y el caso es que, si ponemos orden, quizás podemos acudir a casi todas. Como esos invitados primeros, que podían haber dejado para el día siguiente al banquete sus diferentes actividades. En nuestro contexto, podemos concebir la comunidad como un lugar de trabajo, o como un lugar de fiesta. Aunque lo correcto es considerarla como las dos cosas a la vez. En una auténtica comunidad la gente tiene tiempo para ir a ver sus campos y para celebrar todo tipo de fiestas.

## 3.5. Las diez vírgenes

(Mt 25, 1-13)

*“Entonces el Reino de los Cielos será semejante a diez vírgenes, que, con su lámpara en la mano, salieron al encuentro del novio.*

*Cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes.*

*Las necias, en efecto, al tomar sus lámparas, no se provieron de aceite; las prudentes, en cambio, junto con sus lámparas tomaron aceite en las alcuzas.*

*Como el novio tardaba, se adormilaron todas y se durmieron.*

*Mas a media noche se oyó un grito: ‘¡Ya está aquí el novio! ¡Salid a su encuentro!’*

*Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron y arreglaron sus lámparas.*

*Y las necias dijeron a las prudentes: ‘Dadnos de vuestro aceite, que nuestras lámparas se apagan.’*

*Pero las prudentes replicaron:*

*‘No, no sea que no alcance para nosotras y para vosotras; es mejor que vayáis donde los vendedores y os lo compréis.’*

*Mientras iban a comprarlo, llegó el novio, y las que estaban preparadas entraron con él al banquete de boda, y se cerró la puerta.*

*Más tarde llegaron las otras vírgenes diciendo: ‘¡Señor, señor, ábrenos!’*

*Pero él respondió: ‘En verdad os digo que no os conozco.’  
Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora.”*

### La parábola

La parábola aparece en el contexto del Discurso Escatológico (Mt 24-25). En este último discurso a sus discípulos del evangelio de Mateo, el Maestro les anuncia que serán sometidos a prueba, y que deben perseverar, mientras esperan su vuelta.

La parábola tiene una forma típica, con introducción (“El Reino de los Cielos será semejante a...”) y conclusión (“Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora”). Tiene un desarrollo dramático que corresponde con las costumbres de la época. Y aparece un número simbólico, el diez, que encontramos en otras parábolas (las diez dracmas en Lc 15, 8-10, las diez minas para los diez siervos en Lc 19, 11-27) y otros acontecimientos: los diez leprosos (Lc 17, 11-19). Y en el Antiguo Testamento: los diez mandamientos, las diez plagas de Egipto... Diez es un número que denota plenitud, perfección.

Hay un par de detalles que resultan decisivos en la historia. Uno es el aceite, otro el sueño de las jóvenes.

La única diferencia entre las “necias” y las “prudentes” es que las segundas además de las lámparas llevaron aceite. El aceite es el combustible necesario para que no se apague la lámpara. Jesús ya había usado en otras ocasiones la imagen de la lámpara (Mt 5,15; 6, 22-23). Incluso hay una parábola de la lámpara en Mc 4, 21-23, a la que le dedicamos nuestra atención en otro lugar. La lámpara de la fe ha de estar encendida para poder unirse a Cristo, el esposo. Pero para ello hace falta tener en reserva el aceite de la vigilancia. Las diez jóvenes son amigas de los novios, y por eso han sido invitadas al banquete de boda. Y las diez han cumplido con el mínimo ritual de llevar una lámpara. Pero eso no era suficiente.

Alguien podría acusar de egoísmo a las jóvenes prudentes. Porque quizás sí había bastante aceite para todas... Pero resulta claro que ese aceite representa algo que no puede prestarse. Cada cual ha de tener su reserva. O de hacer un esfuerzo para recuperarlo en caso de olvido. El aceite no es algo material, sino la esencia misma, el sentido de nuestra vida. Cada cual ha de encontrarlo por sí mismo. Y no puede pedirlo

prestado a otros. Uno puede ir viviendo tan tranquilo, incluso acudir a banquetes... pero un día se va a encontrar perdido si algo inesperado sucede.

El elemento dramático de la historia es el retraso del novio. Si hubiera llegado a tiempo, el fallo de las necias no se habría puesto de manifiesto. La comunidad de Mateo posiblemente pensaba que el Señor estaba tardando en volver como había prometido, y era necesario animar a todos a seguir esperando vigilantemente. Pero es precisamente esa incertidumbre lo que da sentido al gesto previsor de las muchachas prudentes. El tiempo es la esencia de nuestra historia, de nuestra vida. Podemos planificar, controlar muchos otros elementos en ella, pero nunca seremos absolutamente dueños del tiempo. De la duración. El tiempo pertenece a Dios, el novio, y sólo él sabe cuando vendrá a nuestro encuentro y se abrirán las puertas del banquete.

Y como pasa el tiempo y se hace tarde, todas ellas se adormilan. Las lámparas siguen encendidas, el aceite se consume en vano... las necias no se dan cuenta de que luego van a tener problemas. Dormirse es también un acto cargado de simbolismo en la Biblia. Sin salir del evangelio, encontramos el sueño de la transfiguración (Lc 9,32), el de Jesús en la barca (Mt 8, 25), el de los apóstoles en Getsemaní Mt 26, 40.43.45). Dormirse es algo así como perder el control de sí mismo, entrar en un mundo extraño que ya no es nuestro. Puede ser peligroso. Dormirse es perder consciencia de la realidad. Esas jóvenes que se duermen representan a quienes quieren seguir a Cristo, acudir a su banquete, pero se distraen y se olvidan del propósito de su vida. Lo malo no es dormirse, sino encontrarse sin recursos al despertar.

### **Contexto escolapio: el sentido de la vida**

Nosotros escolapios nos consideramos amigos del novio. Hemos recibido su invitación, y hemos respondido con gozo. Sí, queremos asistir al banquete de bodas. Es la respuesta que dimos el día de nuestra profesión religiosa. Y ahí estamos todos, los necios y los prudentes, esperando que él llegue.

Pero no quiero leer la parábola en sentido escatológico. Prefiero pensar que el banquete se nos ofrece ya aquí, en este mundo. Con nosotros llevamos nuestra lámpara, nuestra identidad religiosa que sirve para iluminar nuestro camino y el de otros que tienen menos luz. La lámpara nos da cierta seguridad en la noche... mientras da luz.

Y entonces nos entra el sueño. Es decir, nos embarcamos en nuestras actividades mundanas, que a veces son tan absorbentes que nos hacen perder consciencia de nuestra vocación sobrenatural. La lámpara sigue ahí, ardiendo aunque no pensemos en ella. Pero el aceite se va consumiendo. Y con él, quizás la ilusión de nuestras primeras respuestas...

El aceite es esa reserva de sentido que vamos adquiriendo y renovando durante toda nuestra vida. No sabemos cuánta reserva de aceite tenían las muchachas prudentes, quizás para toda la noche. El aceite que nosotros necesitamos debería ser de tal clase que nunca se agotara, por mucho que el Señor tardase en venir. Es decir, la vida en la que nos vamos consumiendo debería ser de tal categoría que fuera recargando nuestras reservas. Y eso sólo es posible si nunca nos llegamos a dormir del todo, es decir, si somos conscientes siempre del sentido último de nuestra vida. Si pensamos con suficiente intensidad en el esposo que viene.

De todas las parábolas, esta es la que tiene un carácter más "comunitario". Las protagonistas son un grupo de muchachas, probablemente amigas entre ellas. Pero de hecho no se comportan como una comunidad: a la hora de la verdad, cada una se las arregla como puede. Intentemos imaginar por un momento cómo podrían haberse ayudado mutuamente. Quizás las prudentes debieran haber advertido del peligro de quedarse sin aceite a las necias al principio de la noche. Quizás alguna debiera haberse quedado velando para advertir a las demás del peligro del retraso. O haber apagado todas las

lámparas menos una... El caso es que cada una sólo piensa en sí misma, y por eso algunas consiguen entrar, y las otras se quedan fuera. En una auténtica comunidad no nos conformaríamos con el desenlace de la parábola. Porque queremos que nuestros hermanos, prudentes o no, entren con nosotros a la fiesta. Una fiesta sin ellos no sería lo mismo. Y si no somos nosotros los que recordamos a nuestros hermanos, cuando haga falta, cuál es el sentido de nuestra vida común, nadie lo hará.

Quizás las vírgenes prudentes no quisieron “humillar” a las necias recordándoles que era necesario tener aceite de reserva (eso sería llamarlas despistadas), y confiaban en que quizás el novio llegaría pronto y así no se notaría su fallo. Lo mismo hacemos nosotros cuando no advertimos a nuestros hermanos de algo que están olvidando. Pero a la hora de la verdad la corrección fraterna es un signo de amor auténtico, mientras que no lo es el falso respeto.

### 3.6. El siervo sin entrañas

(Mt 18, 23-35)

*“Por eso el Reino de los Cielos es semejante a un rey que quiso ajustar cuentas con sus siervos. Al empezar a ajustarlas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, ordenó el señor que fuese vendido él, su mujer y sus hijos y todo cuanto tenía, y que se le pagase. Entonces el siervo se echó a sus pies, y prostrado le decía: ‘Ten paciencia conmigo, que todo te lo pagaré’. Movido a compasión el señor de aquel siervo, le dejó en libertad y le perdonó la deuda. Al salir de allí aquel siervo se encontró con uno de sus compañeros, que le debía cien denarios; le agarró y, ahogándole, le decía: ‘Paga lo que debes’. Su compañero, cayendo a sus pies, le suplicaba: ‘Ten paciencia conmigo, que ya te pagaré’. Pero él no quiso, sino que fue y le echó en la cárcel, hasta que pagase lo que debía. Al ver sus compañeros lo ocurrido, se entristecieron mucho, y fueron a contar a su señor todo lo sucedido. Su señor entonces le mandó llamar y le dijo: ‘Siervo malvado, yo te perdono a ti toda aquella deuda porque me lo suplicaste. ¿No debías tú también compadecerte de tu compañero del mismo modo que yo me compadecí de ti?’ Y encolerizado su señor, le entregó a los verdugos hasta que pagase todo lo que le debía. Esto mismo hará con vosotros mi Padre celestial, si no perdonáis de corazón cada uno a vuestro hermano.”*

#### La parábola

La parábola aparece al final del “Discurso Eclesiástico” de Mateo (capítulo 18), tras unas enseñanzas sobre la corrección fraterna, la oración en común y el perdón de las ofensas. Tiene que ver, precisamente, con el perdón y las buenas relaciones en el seno de la comunidad cristiana. Tiene una estructura clásica: la presentación, comparando lo que ocurre con el Reino de los Cielos, y una conclusión personalizada: “Esto mismo hará con vosotros mi Padre celestial...”. Hay una acción relativamente compleja con varios personajes, algunos buenos y uno malo. No hay ninguna duda al identificar al rey con Dios Padre, y al siervo sin entrañas con quienes no perdonan de corazón. El otro siervo no tiene ninguna significación especial.

La posibilidad de vender a alguien como esclavo para cobrarse una deuda estaba contemplada por la ley (Ex 21, 1 ss; Lev 25, 35 ss; Deut 15, 12 ss). Otra posibilidad era enviar a la cárcel a los insolventes. Ambas aparecen en este texto, sin que se explique por qué el rey o señor adopta primero una y después otra. Posiblemente la segunda era más penosa, puesto que los esclavos hebreos, según la ley, eran liberados el año jubilar, cada siete años.

En la parábola Jesús presenta dos cantidades de dinero muy diferentes: la primera es enorme, la segunda relativamente pequeña. De este modo se pone de manifiesto el contraste entre la actitud generosa del rey y la egoísta del siervo sin entrañas. La parábola está relacionada con el Padre Nuestro: “Perdona nuestras ofensas como también nosotros

perdonamos a los que nos ofenden”. Obsérvese que en el Padre Nuestro, a cambio de todo lo que pedimos a Dios sólo ofrecemos hacer una cosa: perdonar a los que nos ofenden. Es lo único que se esperaba también del siervo de la parábola, que fuera capaz de perdonar. Pero porque no lo fue, pierde la situación de libertad y paz en que se encontraba como don, de manera irremediable.

La parábola es como una ilustración de la respuesta de Jesús a Pedro en el párrafo precedente: “Debes perdonar hasta setenta veces siete”. O sea, siempre. De este modo el perdón aparece como una condición indispensable para seguir a Cristo, porque todos sabemos bien que somos pecadores, que necesitamos ser perdonados.

### **Contexto escolapio: Misericordia y tolerancia**

Jean Vanier decía que la comunidad es *lugar de perdón y fiesta*. Lo de la fiesta se ve más fácilmente (otra cosa es que siempre lo vivamos así), pero lo del perdón no es tan claro. Todos decimos que estamos dispuestos perdonar si nos piden perdón (es decir, si el otro confiesa que es culpable), pero a todos nos cuesta mucho más dar el primer paso (reconocernos culpables nosotros). Como raramente ocurre que la falta está toda de un lado, los conflictos pueden eternizarse, endurecerse, porque nadie toma la iniciativa de la reconciliación.

De hecho eso es lo que ocurre en la parábola. Ninguno de los dos deudores va por propia iniciativa a tratar de calmar al acreedor: sólo cuando se ven con la mano al cuello se acuerdan de pedir perdón. Con diverso resultado. El siervo sin entrañas ha podido ver de cerca la amenaza que se cernía sobre él y su familia: la esclavitud. Pero parece que no ha aprendido nada de la experiencia de ser perdonado, y por eso es castigado al final. Por desgracia, en nuestras relaciones con Dios seguramente nosotros no somos tan conscientes como él de la pena que nos esperaría si no fuéramos graciosamente perdonados. No nos damos cuenta de la enormidad del perdón de Dios, y por eso nuestros corazones se endurecen a la hora de perdonar a nuestros hermanos.

La parábola termina con una invitación a perdonar a nuestro hermano. Ello la sitúa muy cerca de nuestro contexto comunitario. Y es que las “deudas” u “ofensas” las tenemos normalmente con los que viven cerca de nosotros, no con los extraños. No resulta difícil ser educado con la gente a la que apenas vemos, de manera que no les causemos ofensa. Pero resulta mucho más difícil mantener siempre una relación fraternal con aquellos con los que convivimos, porque el roce continuo crea mil ocasiones de ofensa o malentendido. Por suerte no todas ellas originan deudas, sino sólo aquellas que ocasionan en una parte o en las dos un malestar que exige reparación.

En la parábola se habla de dinero, pero nosotros entendemos bien que hay deudas u ofensas mucho más sensibles que las de dinero, más difíciles de saldar. Al fin y al cabo el dinero es algo externo a nosotros, que incluso podemos olvidar cuando no lo necesitamos. Pero esas deudas íntimas, de dignidad ofendida, de incomprensión, desconfianza... viajan siempre con nosotros, son como heridas que a veces tardan mucho a cicatrizar e incluso pueden poner en peligro la vida de la persona.

Muchas veces las ofensas ajenas no son tales. Cuando atribuimos una deuda con nosotros a alguien, en realidad estamos poniendo de relieve una carencia o debilidad nuestra. Es nuestra autoimagen que sufre cuando los demás nos tratan de manera distinta a como esperamos. Si yo me considero inteligente, me dolerá que otros duden de mis ideas. Si me considero bueno, me sabrá malo que cuestionen mi altruismo. Si creo ser leal, que duden de mi fidelidad. Y así sucesivamente. La pretendida ofensa quizás era una invitación a reconsiderar mi autoimagen, a hacerla más conforme a la realidad. Pero si yo la tomo como una ofensa, entonces rechazo esa posibilidad y me quedo en mi error.

Perdonar las ofensas podría significar en esos casos: “gracias por ayudarme a conocerme mejor. Reconozco que tú tenías razón”. Y entonces, desde luego, nos tocaría a nosotros dar el primer paso.

Pero incluso cuando las ofensas son reales y nacen de la maldad del otro, dar el primer paso para la reconciliación es la manera eficaz de ayudar al hermano a convertirse. Tratad de disculparos cuando os sintáis ofendidos, y veréis la clase de persona que tenéis ante vosotros. Si reacciona excusándose también, es porque se trata de una persona normal, y entonces estáis ganando un hermano. Si responde con altanería, a pesar de ser él el culpable... entonces tenéis que seguir rezando mucho por su conversión.

En la parábola, además de los personajes principales, aparecen otros secundarios que, sin embargo, juegan un papel esencial en el desenlace: los compañeros de los dos siervos. El rey no se habría enterado de lo que había ocurrido sin la intervención de esos compañeros. Podían haberse callado ante la falta de compasión del mal siervo, pero “se entristecieron mucho”, y fueron a denunciar el caso. No parece que actúen por venganza o celos, sino simplemente por amor a la justicia. No se quedan cruzados de brazos ante el conflicto, sino que deciden actuar. Y esto me hace pensar en el papel de los hermanos en la comunidad cuando surge un conflicto. Por supuesto, actuar siempre es incómodo y arriesgado. Uno prefiere evitarse problemas, y dejar a los demás que se arreglen como puedan. Pero esa es una actitud egoísta. Cuando vemos un conflicto en nuestra comunidad, si somos gente normal, reaccionaremos como esos siervos de la parábola, entristeciéndonos. Y tratando de buscar una solución para restablecer la paz.

Tolerancia y misericordia son dos cualidades a cultivar, tanto en nuestro ministerio como en nuestra vida comunitaria. Por la primera somos capaces de salir de nosotros mismos y ponernos a la altura de los demás, tratando de comprenderles mejor. Y de este modo eliminamos muchos motivos para sentirnos ofendidos. Por la misericordia intentamos ir más allá de lo que es justicia en nuestras relaciones con los demás. Les perdonamos, aunque realmente nos hayan causado alguna ofensa. Y cuando perdonamos a otros estamos más cerca de comprender el infinito amor que Dios nos tiene, Él que tanto nos perdona.



## 4. SEGUIMIENTO EXIGENTE: MINISTERIO

*Hemos decidido seguir al Señor para ponernos al servicio suyo, en la misión que Él nos ha confiado. En el fondo todas las actividades de los cristianos tienden a instaurar el Reino de Dios entre los hombres, de diversas maneras. A nosotros nos toca reflexionar sobre cómo hacerlo desde la parcela de la educación, que fue la entregada a Calasanz. Lo que ya sabemos es que seguirle es exigente: no basta con tener buena voluntad. Hemos de hacer todo lo posible por evitar errores o resultados contraproducentes.*

*La primera constatación es que no somos simples profesionales en el mundo de la educación. Hablamos de “ministerio escolapio”, lo cual significa servicio, misión, camino de evangelización. Hay algo sagrado en nuestra tarea educativa. Por el origen, por la meta y por las maneras de llevarla a cabo. A través de ese ministerio nos santificamos a nosotros mismos y santificamos a los demás. El ministerio es la vez tarea exigente y alimento cotidiano. Vivimos de lo que hacemos. Educar a nosotros nos educa a nosotros mismos. Anunciar la Palabra nos evangeliza. Ser luz nos ilumina...*

*El Reino de Dios no viene a establecerse sobre el vacío, sino sobre una realidad ya existente: el mundo. Un mundo en el que vemos muchas limitaciones, muchas injusticias. Un mundo que necesita ser transformado, salvado. La escuela es un lugar estratégico desde el que puede comenzarse esta transformación: así lo vio claramente nuestro Fundador. Pero lo mismo que Cristo encontró una dura resistencia a su misión (y lo mismo ocurrió a Calasanz), así la encontrará también la persona o la institución que intente imitarle. Porque el mundo tiende, por pura inercia, a reproducirse a sí mismo, con sus debilidades e injusticias. Y para ello utiliza los mismos medios que intentan usar los transformadores: la escuela, entre ellos.*

*Quien vive en una situación dolorosa y escucha bellas promesas, tiene motivos para dudar que las palabras de esperanza sean algo más que aire. Por eso hacen falta signos reales de que es posible esa transformación del mundo. De que realmente “los ciegos ven, los cojos andan... y se anuncia a los pobres la Buena Nueva” (Lc 7, 22). Nosotros, los seguidores de Cristo hoy, debemos hacer los mismos signos que Jesús, para que también crean en él los que oigan el evangelio. Y el primer signo es nuestra propia vida, como individuos y como comunidades. Una comunidad fraterna es el signo más claro de que el Reino de Dios está en marcha, está ya la alcance de la mano. Para poder ser signos, nosotros somos los primeros que tenemos que intentar leer los signos de los tiempos: qué ocurre hoy, qué necesita la gente, qué lenguaje hablar a la gente cuando les anunciamos el Reino de los Cielos.*

*Cuando decidimos entregarnos a la misión evangelizadora, tenemos que traducir nuestra opción en decisiones que siempre comportan riesgos. El que va por caminos conocidos no tiene que arriesgarse mucho. Pero quien se atreve a ser profeta, a abrir nuevas vías, corre el peligro de cometer errores. O de acertar y pagar las consecuencias. El Reino de los Cielos se arrebató con violencia (Mt 11, 12). No poder cruzarnos de brazos sin más, a la espera. Solemos acusarnos de los pecados cometidos, pero con frecuencia nos olvidamos de los de omisión. Cuando hablamos del evangelio como “buena nueva”, aceptamos la literalidad del segundo término: hay algo nuevo que está ocurriendo. Y nunca sabemos cómo va a resultar una idea hasta que no la hemos puesto en práctica. Pero hay que intentarlo. Es preferirse equivocarse a no intentarlo.*

*En nuestras opciones nos encontraremos siempre con el conflicto entre lo nuevo y lo viejo, a todos los niveles. Hemos de ser lo suficientemente lúcidos como para llegar más allá de esta distinción temporal, y entrar en la que es verdaderamente importante: qué es bueno y qué es malo, independientemente de su edad. Qué es bueno, además, desde los criterios de nuestro carisma, que es la referencia en nuestro actuar. En la opción primera está la clave del éxito. Al hablar de nuestro ministerio tendremos que discernir sobre qué hacer, cómo, dónde, a favor de quién... Todos estos elementos son importantes para que nuestros proyectos tengan calidad escolapia y puedan llevar a cabo aquella finalidad para la que fueron pensados.*

*Vivimos en un mundo global, lleno de amenazas y a la vez de posibilidades. Adaptarnos a nuestro mundo significa tomar lo mejor de cada situación, y ponerlo todo al servicio del Reino. Los escolapios tenemos la suerte de estar presentes en muchos países, con recursos diferentes. Hoy día resulta muy difícil sobrevivir cerrándose a las presencias de los demás. Si el encuentro con el otro próximo permite el desarrollo de nuestra personalidad, el contacto con el otro universal facilita la creación de una mentalidad nueva. Quizás nunca hemos tenido en la historia, como cristianos, tantas posibilidades para llevar el evangelio “a todas las gentes” (Mt 28, 19). No podemos vivir de espaldas a los demás, como si nada hubiera ocurrido en los últimos años.*

## 4.1. La levadura

(Mt 13, 33; Lc 13, 20-21)

*“El Reino de los Cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer y la metió en tres medidas de harina, hasta que fermentó todo.”*

### La parábola

En el evangelio de Mateo, esta parábola aparece en cuarto lugar en el Discurso Parabólico, después de la del grano de mostaza. Crecimiento y fermentación son dos procesos que tienen cierta semejanza, por eso tal vez aparecen juntas. Lo que es pequeño en su origen puede tener grandes consecuencias. También en el evangelio de Lucas sigue a la parábola del grano de mostaza.

La levadura no es un alimento, no añade ninguna cualidad esencial a la harina que es la base del pan. Lo único que hace es cambiar la forma del pan, haciéndolo esponjoso, hueco, y así más sabroso. Físicamente no resulta fácil de diferenciar de la masa de harina y agua. Pero hay una diferencia esencial: la levadura es un principio orgánico, un ser vivo, mientras la harina es la base inorgánica, está muerta. La levadura es, pues, la imagen de la vida que puede vivificar lo que está muerto. Una vez añadida a la masa, la levadura se multiplica con gran rapidez, y el gas liberado en sus procesos vitales ahueca la masa. Si entonces tomamos un poco de esa masa fermentada, funciona a su vez como levadura para una masa nueva. La vieja masa actúa como nueva levadura.

Los sinópticos hablan en otra ocasión de levadura, cuando Jesús, después de la (segunda) multiplicación de los panes, dice a sus discípulos: “Guardaos de levadura de los fariseos y saduceos” (Mt 16, 5). Aunque al principio no entienden bien la advertencia, y la asocian con la falta de previsión al no llevar panes consigo, el mismo evangelista explica más adelante que Jesús se refería a la doctrina de los fariseos y saduceos (Mt 16, 12). Según la comparación, los fariseos y saduceos eran los principios activos en la sociedad judía que hacían fermentar a la masa de la población según sus propias ideas. Opuestas a las de Jesús. En este caso la levadura es también un principio activo, pero que lleva a la muerte.

En la parábola quizás sería más correcto decir: “Ocurre con el Reino de los Cielos lo mismo que cuando una mujer añade levadura a la masa...”. En realidad el Reino de los Cielos se parece más a la totalidad de la masa una vez fermentada y convertida en pan, mientras que la levadura sería más bien el Evangelio, Jesús, o el Espíritu Santo, o la acción de Dios en el mundo.

Podemos aplicarnos la parábola a dos niveles. Uno, universal. La humanidad era como una masa muerta, sin principio activo. Entonces Dios envió a su Hijo, principio vivo y vivificador, para transformar todo lo creado. Y esa creación nueva, transformada, es el Reino de los Cielos que Jesús instauró, pero no será culminado hasta el final de los tiempos. Jesús es el que ha dado vida a la Iglesia, pero una vez vuelto al Padre, es la Iglesia la que debe actuar como levadura para hacer fermentar, para transformar todo el mundo.

Y luego hay otro nivel, el personal. Podemos imaginar que cada uno de nosotros es esa masa de harina, agua y sal que no tiene vida en sí misma, hasta que llega la levadura transformadora. En forma de Bautismo, en forma de llamada particular, en forma de algún tipo de gracia que transforma toda nuestra vida. Y entonces, una vez nuestra vida a empezado a “fermentar”, todos los aspectos de nuestro ser van purificándose, vivificándose,

hasta alcanzar la perfección que el Señor quiso para nosotros. Además nosotros podemos convertirnos en levadura para otros, haciendo que el proceso iniciado en nosotros pueda multiplicarse hasta el final de los tiempos.

### **Contexto escolapio: transformar el mundo**

Calasanz estaba convencido que con la educación se podía conseguir “la reforma de la Sociedad Cristiana”, y por ello fundó las Escuelas Pías. Creo que la parábola de la levadura representa muy bien lo que debiera ser el objetivo de nuestro ministerio educativo.

Pero los responsables gubernamentales de la educación en el mundo no tienen el mismo objetivo que Calasanz, no nos engañemos. Ellos no quieren la reforma, sino la continuidad de la misma sociedad que, en general, protege sus intereses de clase. Cuando hablan de “igualdad de oportunidades para todos” por medio del sistema escolar, en realidad lo que quieren decir es “desclasamiento de los mejores cerebros de las clases inferiores para que se unan a las dominantes, defendiendo sus intereses”. Poniéndolos a construir tanques para el enemigo, como diría Milani. Y de paso dejando a los pobres sin defensa. Como mucho quieren que haya más gente que tenga estudios superiores, pero eso no significa reformar la sociedad. Es como si la mujer de la parábola en lugar de añadir levadura a la masa, añadiera más agua y harina. Los pedagogos innovadores son bien acogidos cuando se refieren sólo a cuestiones de metodología, pero no cuando tocan temas de fondo. Cuando se vuelven profetas o revolucionarios.

La diferencia con Calasanz es que él, para hacer un pan sabroso, a la masa de las Letras añadió la levadura de la Piedad. Una piedad que lleva al niño a descubrir su relación con Dios, a descubrir su propio papel en el mundo. Cuidado también con la clase de piedad que usamos, porque la piedad de los fariseos, como hemos visto antes, era una mala levadura.

Desde que la educación oficial ha absorbido a la vocacional, y la controla mediante el sistema de la subvención, nuestra preocupación mayor es cómo ir adaptándonos a las sucesivas transformaciones de la ley, cumpliendo los requisitos legales y pedagógicos, para no perder la subvención y poder seguir trabajando en nuestros centros a favor de las clases humildes. Muy loable objetivo, con tal que no perdamos de vista la meta esencial de Calasanz: la reforma de la sociedad cristiana. O sea, que realmente sirvamos a los pobres, y no a los que se aprovechan de ellos. Si no conseguimos esto, valdría más que cerráramos nuestras escuelas y comenzáramos a educar a los pobres en otros lugares. O con otro tipo de actividad educativa. La educación no formal, por ejemplo. Si Calasanz fue capaz de abrirse un camino nuevo, nosotros, bajo la guía del Espíritu y siguiendo el ejemplo del Fundador, también seríamos capaces.

Hoy día todo el mundo está preocupado por la calidad de los productos. Pero hay que ver qué se oculta tras la palabra “calidad”. De la misma manera, cuando hablamos de “calidad de enseñanza”, el término puede resultar problemático si no añadimos “calasancia”, es decir, fieles a la inspiración de Calasanz. Yendo más lejos que él, si esto es lo que nos piden los tiempos. En nuestro quehacer educativo, los escolapios necesitamos mantener una reflexión permanente, para ver si nuestra educación es liberadora o alienadora. Es un trabajo extra, que requiere dedicar tiempo y asumir riesgos, pero inevitable si queremos que nuestras escuelas realmente sirvan para implantar el Reino de los Cielos en el mundo. La Pedagogía no es más que la masa de la parábola. Por más técnicas y métodos que añadamos, sin falta la levadura profética del Espíritu, no conseguiremos que fermente la masa. La verdadera Piedad que proponemos en nuestro lema junto a las Letras tiene que ser ese suplemento de conciencia y de profecía que pueda realmente dar vida a un mundo nuevo.

En nuestra vida como escolapios (especialmente los religiosos) vivimos sometidos a una presión: la falta de vocaciones. En realidad esto puede ser un signo de nuestra misión: una

pequeña cantidad de levadura puede fermentar una gran masa. Con tal que sea levadura de calidad. Nunca el número debiera ser nuestra preocupación mayor. Y lo mismo puede decirse con respecto a la integración de laicos en la Orden: se trata de un proceso que puede ser largo. Pero más que la rapidez o la cantidad, interesa pensar en que vamos dando pasos de calidad.

Quiero pensar que lo mismo que la vida de la levadura se puede prolongar indefinidamente por el simple hecho de añadirla a nueva masa, el fermento de Calasanz está todavía vivo en nuestras escuelas, que gozan de “continuidad apostólica” con el fundador. Ese fermento está vivo, y puede seguir dando vida a la masa de nuestro quehacer, si nosotros sabemos usarlo adecuadamente.

Pero además de la levadura “colectiva”, está también la levadura “personal” que nosotros debemos cultivar en nosotros mismos. Es un tema de identidad: ser escolapio es algo muy especial. Lo mismo que hay diversas clases de levaduras, que hacen fermentar diversos tipos de productos, tenemos que sentirnos responsables de cultivar y transmitir la levadura que es propia y específica nuestra. Y este es un trabajo de estudio, de oración, de generosidad, de sacrificio... de seguimiento fiel de Nuestro Señor Jesucristo, tras los pasos de José de Calasanz.

## 4.2. La lámpara

(Mc 4, 21-23)

*Les decía también: “¿Acaso se trae la lámpara para ponerla debajo del celemín o debajo del lecho?  
¿No es para ponerla sobre el candelero?  
Pues nada hay oculto si no es para que sea manifestado;  
Nada ha sucedido en secreto,  
sino para que venga a ser descubierto.  
Quien tenga oídos para oír, que oiga.”*

### La parábola

Esta parábola sigue a la del sembrador y su explicación, y es la primera de un grupo de cuatro breves parábolas del género *masal* que pueden interpretarse de diversa manera según el contexto en que se las utilice (Biblia de Jerusalén). En Lucas también aparece un texto muy similar después de la explicación de la parábola del sembrador (Lc 8, 16-17), aunque tiene más bien forma de una instrucción que se completa con un consejo un poco más amplio que el de Marcos: “Mirad, pues, cómo oís; porque al que tenga, se le dará; y al que no tenga, aun lo que crea tener se le quitará”. Del mismo modo, un texto muy parecido aparece en Mateo, en el Sermón de la Montaña. En este caso la conclusión es hermosa, vale la pena reproducirla: “Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mt 5, 16).

En esta corta parábola (y en los paralelos de Mateo y Lucas) encontramos varias ideas relacionadas:

- Vosotros sois como una lámpara (“la luz del mundo”, Mt 5, 14), y debéis alumbrar a los demás.
- Si vuestra vida es lo que debe ser, los hombres darán gloria a Dios a causa vuestra.
- Todo lo que ocurre en secreto será descubierto, por lo tanto obrad de manera que no tengáis que avergonzaros luego.
- Tratad de entender bien estas enseñanzas, porque así podréis seguir aprendiendo otras nuevas. Pero si no entendéis esto, perderéis las opciones de seguir adelante.

En otro pasaje Mateo pone en labios de Jesús la frase “La lámpara del cuerpo es el ojo” (Mt 6, 22). En el texto paralelo, Lucas añade: “Mira que la luz que hay en ti no sea oscuridad” (Lc 11, 35). Juan usa más veces la imagen de la luz: “La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron” (Jn 1, 9). “Yo soy la luz del mundo” (Jn 8, 12; 9,5). También Pablo usa la metáfora de la luz: “Despojémonos de las obras de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz” (Rm 13, 12). “Vosotros sois hijos de la luz e hijos del día” (1Ts 5, 5). Según los contextos, la luz puede significar las buenas obras, la fe, la capacidad para conocer la verdad, las enseñanzas de Jesús. En la parábola de Marcos creemos que el sentido más aceptable (recordemos que viene tras la del sembrador) es: “recibid atentamente estas enseñanzas, porque iluminarán, transformarán vuestra vida. Ha llegado el tiempo de que sean conocidos por todos los planes de salvación de Dios. No perdáis la oportunidad que se os ofrece.” Se trata, pues, de una exhortación dirigida a la persona, para que se deje transformar por la luz de Cristo.

Pero también la podemos interpretar como una invitación a los que ya han recibido la luz de la fe en Cristo para cumplir con su misión evangelizadora: “tenéis ya luz, debéis ponerla

de manifiesto para que alumbre a otros, y de este modo también ellos alaben a Dios.” En este caso se trata de una invitación a ponerse al servicio del evangelio.

En realidad son dos momentos de una misma acción, porque la lámpara carece de la posibilidad de encenderse a sí misma: necesita algo que la encienda. Y si es encendida es con la finalidad de dar luz a la gente. De la misma manera, no podemos dar testimonio de Cristo si previamente no hemos recibido la luz de la fe. Y si creemos en él, no podemos guardarnos para nosotros mismos la fe, sin compartirla.

### **Contexto escolapio: el testimonio, primera misión.**

Uno se pregunta si el mundo realmente necesita más luz. De día está el sol, y cuando caminamos de noche por las calles de nuestras ciudades las encontramos alumbradas con luces de todas clases y colores, que se encienden y se apagan, que nos invitan a comprar algo, que nos muestran las maravillas de los escaparates... ¿para qué más luces? Sin embargo en medio de tantos resplandores hace falta la luz de Cristo. Cuando Cristo muere, nos dicen los tres sinópticos, las tinieblas se apoderan de la tierra.

Ser luz: esa es la primer definición de nuestra misión. Ser luz como personas, como comunidad, como obra al servicio de la gente. En primer lugar como personas, porque es en el contacto personal como realmente uno puede transmitir un mensaje con eficacia. En el mundo ha habido unos cuantos maestros que con su vida y su enseñanza han iluminado a generaciones. Y, aunque han muerto, su luz permanece. El efecto de la luz es disipar la oscuridad. Y oscuridad es todo lo que se opone a la luz de Cristo: la ignorancia, y sobre todo el pecado. Lo mismo que Cristo se autodefine como luz, el perfecto discípulo es aquel que puede decir lo mismo: soy luz. O, al menos, transparencia, para que a través mío pase la luz de Cristo, como a través de un cristal. Desprendernos de nuestra parte sombría es un trabajo de toda la vida, pero que se puede ir consiguiendo poco a poco, con la ayuda de la gracia. En el reino animal hay muchos seres que utilizan el mimetismo como estrategia de supervivencia: hacen creer a otros que son lo que no son. No debiera ser así entre nosotros. Jesús tuvo frases muy duras contra los fariseos porque era eso lo que hacían.

Últimamente se recuerda a la vida religiosa (pero la exhortación es válida para la vida cristiana en general) que nuestro primer servicio es ser signos del Reino. La evangelización, nuestra tarea, sólo es eficaz si va acompañada del testimonio de vida del que proclama el evangelio. Como comunidades tenemos la obligación de mostrar que es posible vivir de acuerdo con los valores del Reino: amor, respeto mutuo, ayuda, simplicidad, compromiso... La comunidad no es simplemente una manera de organizarnos para llevar a cabo una misión: la vida comunitaria es ya en sí misma una misión. Toda comunidad cristiana tiene la obligación de ser signo en el mundo. Una comunidad que se limitara a servir de apoyo a sus miembros, cerrada en sí misma, traicionaría el sentido de la misión.

Los escolapios creemos que con nuestro trabajos podemos conseguir lo que Calasanz quería: la reforma de la sociedad cristiana. Y para ello tratamos que nuestros centros educativos y pastorales cumplan con toda clase de requisitos para conseguir un resultado de calidad. Eso está muy bien, claro. Pero podemos olvidar cuando ponemos toda nuestra insistencia en el “hacer” que nuestra primera obligación es “ser”. La escuela es el lugar de paso obligado para las generaciones que van a regir el mundo en el futuro. En la escuela los alumnos debieran ver que es posible construir un mundo mejor. Nuestras escuelas no debieran utilizar las estrategias del camuflaje para sobrevivir, sino que debieran ser lo que proclaman: escuelas cristianas, siguiendo el ejemplo de José de Calasanz.

Por eso la escuela (o la obra educativa, en general) debiera estar fuertemente inserta en la vida local, en contacto con la gente, con las familias, con las instituciones eclesiales y sociales que persiguen finalidades similares a las nuestras. La lámpara debe estar encendida, pero además ha de ponerse en un lugar en el que pueda cumplir con su función de alumbrar. Y debe alumbrar, en primer lugar, a los que están cerca. Esta consideración

puede traer importantes consecuencias para la manera de estar presentes nuestros centros en la sociedad. Y de los servicios que deben prestar. A veces reducimos nuestras escuelas a un lugar en el que ofrecemos enseñanza a una serie de individuos, que incluso pueden venir de lejos, durante un tiempo determinado. Esto no es suficiente. Toda obra escolapia debiera llevar a cabo algún tipo de "acción social", una expresión que vamos haciendo nuestra. Debiéramos preguntarnos si el uso de nuestros locales y medios es el óptimo (consecuencia de la pobreza).

Como escolapios no buscamos la alabanza humana. Nuestra recompensa es nuestro propio servicio. En él nos vamos transformando en luz que nos consume, como el aceite de la lámpara. No nos preocupa la popularidad o aplauso que podamos recibir, del mundo ni incluso de la Iglesia. Lo único que nos preocupa es cumplir fielmente nuestra misión. Especialmente cuando las tinieblas reinan alrededor.

Una vez han desaparecido las sombras, no queda nada secreto. No tenemos miedo a ser descubiertos. No hay nada que ocultar. Al contrario, pensar que estamos puestos sobre un candelero nos obliga a ser mejores, individual y colectivamente, y nos ayuda en nuestro caminar hacia la santidad.



## 4.3. La higuera

(Mt 24, 32-33; Mc 13, 28-32; Lc 21, 29-33)

*“De la higuera aprended esta parábola:  
cuando ya sus ramas están tiernas y brotan las hojas,  
sabéis que el verano está cerca.  
Así también vosotros: cuando veáis todo esto,  
sabed que Él está cerca, a las puertas.  
Yo os aseguro que no pasará esta generación  
hasta que todo esto suceda.  
El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.”*

### La parábola

Se trata de una parábola importante, puesto que la traen los tres Sinópticos. En Mateo aparece en el Discurso Escatológico (Mt 24-25), la primera de una serie de cuatro parábolas. También en Marcos aparece en el Discurso escatológico (Mc 13). Es la única que el autor utiliza en este contexto, y la última de su evangelio, justo antes del relato de la Pasión. En Lucas también aparece al final del ministerio de Jesús en Jerusalén, inmediatamente antes de la Pasión.

En los evangelios aparecen varias higueras más: una es la higuera estéril y seca de Mt 21, 18-22 y Mc 11, 12-14; 20-24, que sirve a Jesús para hablar sobre la importancia de la fe y la oración; otra es la parábola de la higuera estéril en Lc 13, 6-9, de la que hablamos en otro momento. Aquí Jesús opta por la paciencia en lugar de por la severidad, como en Mt y Mc. Jesús ve a Natanael cuando estaba debajo de la higuera (Jn 1, 48).

Jesús había anunciado la destrucción del Templo y de Jerusalén. De algún modo los discípulos habían asociado estas catástrofes con la vuelta de Cristo o triunfo del Reino mesiánico, e incluso (en Mateo) con el fin del mundo. Algunas de las ideas de los discursos escatológicos de Mateo y Marcos aparecerán más desarrolladas en el Apocalipsis de Juan. Era necesario que las comunidades que, en la práctica, estaban sufriendo persecución y dificultades, recibieran algunas palabras de ánimo que les ayudaran a perseverar en la prueba.

Sin embargo aquella generación pasó, y muchas otras. La generación a la que Jesús se refiere vio, en efecto, la destrucción de Jerusalén y dispersión del pueblo judío. Y también las persecuciones que se anunciaban para los cristianos. Pero no vieron la venida del Hijo del hombre en su gloria. Al menos si esto ha de interpretarse literalmente. Si entendemos, como algunos pretenden, que Jesús se refiere a su resurrección y al nacimiento de la Iglesia, entonces también esto ocurrió durante el tiempo de la primera generación.

En ese sentido podemos decir que nosotros somos también parte de esa primera generación. Porque también nosotros conocemos calamidades en muchas partes del mundo, persecución de la Iglesia, y al mismo tiempo resurrecciones renovadas de Jesús, y el Reino de Dios avanzando en el mundo. Frente a las pretensiones de algunas sectas que anuncian el fin del mundo a fecha fija, nosotros sabemos que todo está ocurriendo ahora, de manera escatológica (“ya, pero todavía no”). Y entonces los anuncios de Jesús tienen perfecta actualidad en nuestros días.

Y también nosotros estamos invitados a leer en los signos de los tiempos, como repetidamente recomendaba el concilio Vaticano II, para poder dar adecuada respuesta a los retos de nuestro tiempo. Leer los signos de los tiempos no es otra cosa que tener una perspectiva de fe al leer e interpretar los acontecimientos de la realidad.

Ahora bien, leer y entender los signos de los tiempos no es cosa fácil. Los mensajes son confusos, estamos rodeados de las tinieblas que preceden al amanecer... Pero tenemos ayuda. Como los discípulos en el camino de Emaús, que al ir meditando la Palabra van comprendiendo la realidad, con la ayuda de Jesús (Lc 24, 13-35). Tenemos además la promesa del Espíritu, que nos llevará a conocer la verdad completa (Jn 16, 13). Necesitamos dedicar tiempo a la lectura espiritual y meditación, o corremos el riesgo de quedarnos en la superficie de las cosas.

Jesús pone todo el peso de su autoridad al afirmar que lo que él anuncia sucederá. Con estas palabras está invitando a sus discípulos a leer los signos de su tiempo con la referencia de sus palabras. Les está pidiendo, pues una conversión de corazón para entender la realidad de una manera nueva. No esperemos pruebas externas de lo que él predijo, pues. Porque para quien vive desde la fe, lo que él anunció ya ha ocurrido, ocurre y seguirá ocurriendo hasta el final de los tiempos.

### **Contexto escolapio: leer y ser signos de los tiempos**

Entiendo que para nosotros escolapios es muy importante realizar permanentemente esta lectura de los signos de los tiempos. Porque estamos en un ministerio de educación y evangelización, al servicio de gente que vive en unos tiempos que van cambiando. En general intentamos que nuestros centros educativos estén actualizados, que preparen eficazmente para el mañana. Presumimos de que Calasanz fue un innovador en su tiempo, y sabemos que muchas escuelas escolapias y muchos de nuestros religiosos han estado en la vanguardia de la pedagogía y de la ciencia a lo largo de la historia. Nos consideramos buenos profesionales de la educación, y este orgullo es sano si se corresponde con la realidad. Pero el desafío del evangelio va más allá. No haría falta, por ejemplo, que enseñáramos a nuestros niños en la escuela a usar un ordenador, porque, incluso sin nuestra ayuda, aprenderían solos. Y, quizás, antes. En cambio hay algo que ellos no aprenderán solos, y es precisamente esa interpretación de los signos de los tiempos desde una perspectiva cristiana. Es decir, ese saber situarse en un mundo problemático manteniéndose fiel al mismo tiempo a los principios del evangelio. Ayudarles a conseguirlo es la parte de nuestra tarea que tiene que ver con la "Piedad".

Nos parece esencial en nuestras obras la fidelidad al carisma escolapio, la fidelidad a la idea fundadora de Calasanz. Sí, es necesario ser fieles para mantener nuestra identidad. Pero al mismo tiempo es necesaria otra fidelidad: a las necesidades de la gente de nuestro tiempo. Esa fue la idea básica de Calasanz. Él creó una escuela muy encarnada en las necesidades de su tiempo, para la gente de su ciudad. Esa debe ser también nuestra fidelidad básica. No habría mayor infidelidad a Calasanz que copiar exactamente lo que él hizo hace cuatrocientos años. Precisamente la fidelidad a los signos de los tiempos es portadora de futuro, pues son las opciones de hoy las que determinan el rumbo de mañana.

En cuanto seguidores de Calasanz, tenemos la obligación de orientar no sólo nuestro ministerio, sino también nuestra vida, de acuerdo con los signos de los tiempos. En esto consiste el profetismo de la vida religiosa, o de la vida cristiana en general. Nuestra vida debiera a su vez ser signo de los tiempos para otros que andan caminando en la oscuridad, para que ellos conocieran también que "Él está cerca, a las puertas". ¿Cuáles podrían ser algunos de esos signos?

- En un mundo en el que crecen las diferencias entre ricos y pobres, adoptar un nivel de vida más identificado con los últimos, que son los primeros destinatarios del evangelio, y los "bienaventurados" según las palabras de Cristo.
- En un mundo en el que nuestra irresponsabilidad colectiva supone una amenaza para la supervivencia del planeta (o, más bien, de la especie humana en el planeta), adoptar unas costumbres menos agresivas en lo que se refiere a consumo de energía y otros recursos, de acuerdo con los principios del "desarrollo sostenible".

- En un mundo que tiende a encerrarse en el individualismo, desarrollar una cultura del diálogo y respeto mutuo, de la comunicación y la paz, más allá de los límites de nuestras casas.

En el mundo en que vivimos hay dos maneras de interpretar la realidad: una es desde los criterios del Fondo Monetario Internacional, y otra es desde la vida real de los millones de desposeídos en los países pobres. La primera propone un tipo de racionalización consumista; la segunda habla de solidaridad. La primera potencia el interés de unos pocos a costa de la desesperación de muchos; la segunda trata de construir un mundo más justo, que quizás debe adelantar más despacio, según la velocidad de los distintos caminantes. Debiéramos preguntarnos a nosotros mismos de cuál de estos dos grupos básicos nos sentimos más cercanos. Y sacar las conclusiones oportunas. Quizás esto nos llevaría a orientar de manera diferente nuestro ministerio.

## 4.4. Los talentos

(Mt 25, 14-29; Lc 19, 11-27)

*“Es también (el Reino de los Cielos) como un hombre que, al ausentarse, llamó a sus siervos y les encomendó su hacienda: a uno dio cinco talentos, a otro dos y a otro uno, a cada cual según su capacidad; y se ausentó. Enseguida, el que había recibido cinco talentos se puso a negociar con ellos y ganó otros cinco. Igualmente el que había recibido dos ganó otros dos. En cambio el que había recibido uno se fue, cavó un hoyo en tierra y escondió el dinero de su señor.*

*Al cabo de mucho tiempo, vuelve el señor de aquellos siervos y ajusta cuentas con ellos. Llegándose el que había recibido cinco talentos, presentó otros cinco, diciendo: ‘Señor, cinco talentos me entregaste; aquí tienes otros cinco que he ganado.’ Su señor le dijo: ‘¡Bien, siervo bueno y fiel!; en lo poco has sido fiel, al frente de mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor.’ Llegándose también el de los dos talentos dijo: ‘Señor, dos talentos me entregaste; aquí tienes otros dos que he ganado.’ Su señor le dijo: ‘¡Bien, siervo bueno y fiel!; en lo poco has sido fiel, al frente de mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor.’ Llegándose también el que había recibido un talento, dijo: ‘Señor, sé que eres un hombre duro, que cosechas donde no sembraste y recoges donde no esparciste. Por eso me dio miedo, y fui y escondí en tierra tu talento. Mira, aquí tienes lo que es tuyo.’ Mas su señor le respondió: ‘Siervo malo y perezoso, sabías que yo cosecho donde no sembré y recojo donde no esparcí; debías, pues, haber entregado mi dinero a los banqueros, y así al volver yo, habría cobrado lo mío con los intereses. Quitadle, por tanto, su talento y dádsele al que tiene los diez talentos. Porque a todo el que tiene, se le dará y le sobrará; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará. Y a ese siervo inútil, echadle a las tinieblas de fuera. Allí será el llanto y el rechinar de dientes.’”*

*Mt 25, 14-19*

### La parábola

En Mateo es la última parábola de Jesús, después de la de las diez vírgenes y antes del Juicio final, que precede al relato de la Pasión. Forma parte del “discurso escatológico”, que Jesús pronuncia frente a Jerusalén, después de su entrada triunfal. En Lucas la parábola de las minas es la última parábola de Jesús antes de entrar en Jerusalén. Sigue al episodio de Zaqueo, con el que tiene cierta relación temática: el buen uso de las riquezas.

La parábola tiene una estructura unitaria en Mateo, mientras que en Lucas la parábola está mezclada con otra, la historia del pretendiente a la realeza. Hay otras divergencias entre ellas, pero los exegetas se inclinan a creer que se trata de la misma parábola en los dos evangelios. Lucas habla de diez siervos a los que el señor entrega diez minas, una a cada uno, a todos lo mismo. El primero gana diez minas, el segundo cinco, y a cada uno le recompensa, además, con el gobierno del mismo número de ciudades. El tercero no entrega nada, pero no es castigado. No sabemos nada de los otros siete siervos.

La historia de Mateo parece más lógica: se trata de sólo tres siervos, y a cada uno de ellos el señor confía una cantidad de acuerdo con su capacidad. La enseñanza es común en ambos evangelios: al que tiene se le dará más; al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará.

La parábola está formulada en el contexto de espera escatológica de la vuelta del Señor Jesús. Las comunidades cristianas esperaban al principio el pronto retorno de Jesús en gloria, y animaban a todos a trabajar eficazmente en la propagación del Evangelio, cada cual de acuerdo con las responsabilidades encomendadas, para recibir luego una buena recompensa. Cuando los cristianos descubrieron que la vuelta de Jesús no era inminente, la

parábola recibió una interpretación más moral: todos nosotros hemos recibido “talentos” (la psicología se enriqueció con una unidad monetaria), y debemos hacerlos fructificar durante nuestra vida, poniéndolos al servicio de la causa del Reino de los Cielos.

Hay algo desconcertante en la conclusión. Suena a determinismo, a cierta injusticia. Especialmente en Mateo. Si el señor sabía que el tercer siervo tenía poca capacidad, y por eso le confió poco dinero, ¿no hubiera sido mejor no darle nada, y así no habría sido echado fuera luego? En el caso de Lucas, al menos todos tienen las mismas oportunidades. El “al que tiene” se puede entender como resultado, después de haberse esforzado con la cantidad recibida. En Mateo, en cambio, parece que el primer siervo ya tenía (capacidad) antes de recibir el dinero; de algún modo estaba “predestinado” a ganar, y a recibir además el talento del tercero. Sin embargo, teológicamente no hay nada que argumentar contra esto: sabemos que Dios distribuye sus gracias de acuerdo con su libre designio, y unos reciben más, y otros menos. Pero al mismo tiempo está claro que todos los siervos han tenido su oportunidad para hacer fructificar el capital. Y que el señor de la parábola felicita y premia tanto al que ha conseguido mayor beneficio como al que ha conseguido menos. Sólo la pereza (o más bien, el temor) merecen su desaprobación. En la vida real, nadie puede decir que no ha recibido suficiente gracia para salvarse. Todos estamos obligados a esforzarnos para utilizar adecuadamente las gracias que recibimos.

### **Contexto escolapio: asumir los riesgos**

Cada vez que leo esta parábola me pongo a temblar. Porque como escolapio me doy cuenta de que he recibido muchos talentos: una buena formación, un hermoso trabajo, una comunidad que me apoya... y sobre todo, el don único de la vocación. Muchos más talentos que la mayoría de la gente. Por tanto, cuando el Señor vuelva me pedirá cuentas, y le tendré que entregar muchos frutos, para probar que su confianza en mí era merecida, y que no he sido un siervo perezoso. Que su gracia no se ha malgastado en mí.

Cuando traslado la reflexión a nivel comunitario, la ansiedad es la misma. O mayor. Como orden, los escolapios hemos recibido también muchos talentos. El primero de todos, la especial llamada a nuestro fundador para ocuparse de la evangelización de los niños pobres. Constituimos una institución con mucho poder (no diré si cinco o si dos, no quiero compararme con otros). Tenemos un patrimonio espiritual y material considerable. Y me pregunto si le sacamos todo el fruto que podríamos. Es cierto que cuando hacemos la memoria escolar de la Orden, vemos que cada año miles de jóvenes se gradúan en nuestras escuelas, y avanzan otro paso para integrarse en la sociedad. ¿Es esto suficiente? ¿Es lo que el Señor espera de nosotros? ¿Realmente nuestra acción educativa tiene que ver con la espera gozosa de la primera comunidad, con el entusiasmo de los discípulos que hacen todo lo posible para preparar la llegada del Reino de los Cielos? Quizás nadie nos acuse de ser perezosos, pero sí de tener miedo, de no arriesgarnos.

Al leer la parábola, uno tiene la impresión de que si el tercer siervo se hubiera acercado al señor y le hubiera dicho: “Mira, no te devuelvo nada. Arriesgué tu talento, pero me salió mal el negocio y lo he perdido”, el enfado habría sido menor. Lo que el amo reprocha al criado es la pereza. La explicación que el criado presenta, el miedo, no le excusa. El amo no quería la seguridad de su dinero. En la parábola de Lucas el objetivo del noble está más claro: quería poner a prueba a los siervos para prepararlos así para mayores responsabilidades de gobierno. La cantidad que les había entregado la considera como pequeña.

Otra actitud menos negativa por parte del tercer siervo hubiera sido haber hablado abiertamente al señor: “Por favor, no me des nada de dinero. Sé que eres un hombre duro... Me da miedo aceptarlo. Te voy a defraudar. Será mejor que se lo des al que ya tiene cindo, porque él seguramente será capaz de utilizarlo bien”. Al aceptar el talento, implícitamente está haciendo un contrat con el señor. Y luego no lo cumple. Al aceptar nuestra vocación, y

la múltiples oportunidades que se ponen a nuestra mano estamos firmando un contrato con Dios. Y nos obligamos a cumplirlo, bajo pena de recibir el mismo castigo que ese siervo malo y perezoso.

Yo creo que el Señor quiere que también nosotros asumamos riesgos. En nuestro mundo hoy hay muchas oportunidades, que otros saben explotar. A nosotros a veces nos da miedo salirnos de los caminos trillados, de lo que conocemos de memoria porque siempre se ha hecho así. Llamamos fidelidad al Fundador lo que quizás debiera ser llamado simplemente miedo. La fidelidad sólo es tal si es además creativa, respondiendo a las necesidades del mundo de hoy. A todos nos hace falta una buena dosis de audacia evangélica, no sólo para ir a lugares físicos nuevos en los que el evangelio no ha sido anunciado, sino para atrevernos a caminar por caminos nuevos a lugares ya conocidos.

Es cierto que quien asume riesgos a veces pierde, pero al mismo tiempo es mucho también lo que puede ganar. Sólo quien comete errores aprende bien la lección. Al fin y al cabo, nadie ha asumido más riesgos que el Señor, llamándonos a nosotros a su servicio y confiándonos una parte importante de su misión. Sin estar seguro de que le responderemos fielmente... Pero es que Dios cree en el hombre.

Al final queda la esperanza: "al que tiene se le dará". Pero mientras tanto, tenemos que esforzarnos al máximo, asumiendo riesgos, probando que nuestra confianza en Dios es mayor que nuestro miedo.

## 4.5. La red

(Mt 13, 47-50)

*“También es semejante el Reino de los Cielos a una red que se echa en el mar y recoge peces de todas clases; y cuando está llena, la sacan a la orilla, se sientan, y recogen en cestos los buenos y tiran los malos. Así sucederá al final del mundo: saldrán los ángeles, separarán los malos de entre los justos y los echarán en el horno del fuego; allí será el llanto y el rechinar de dientes.”*

### La parábola

La parábola es la última de la serie de siete que Mateo nos ofrece en el “Discurso Parábólico”. Tiene en común con las demás el comienzo: “El Reino de los Cielos es semejante...” Con las dos precedentes, la del tesoro y la perla, que alguien encuentra algo de valor y lo guarda cuidadosamente. Anticipa el tema del Juicio Final (Mt 25, 31-46), en el que también se trata de separar los malos de los buenos. Este tema también aparece en la parábola de la cizaña, del mismo Discurso Parábólico.

Los ecologistas de nuestros días protestarán por esa práctica de entonces (y de hoy, por desgracia) de tirar los peces “malos”. Pero Jesús sólo habla de algo que todo el mundo conocía, y consideraba normal.

A simple vista la parábola tiene una interpretación bien simple, que el mismo Jesús ofrece en la segunda parte de la misma. Al final del mundo, los malos irán al fuego eterno. No se dice nada sobre qué hacer para ser considerado bueno (como en el pasaje del Juicio Final: dar de comer al hambriento, de beber al sediento...). Cada cual elija su campo y actúe en consecuencia.

En el mar no hay peces “malos” y “buenos”: cada cual es como lo hizo el Creador. Algunos son considerados “útiles” por el hombre, y por eso los guarda en cestos. Otros son considerados inútiles, y por eso los tiran. ¿Ocurre lo mismo con los hombres? ¿Hay también hombres buenos, creados así por Dios, y otros malos? ¿Estamos predeterminados hacia un destino concreto? La parábola no pretende dar respuesta a estas preguntas. Simplemente constata una realidad: hay hombres buenos y malos. Y los segundos serán castigados.

Un detalle significativo de la parábola es que no hay término medio: no hay peces “medianos”. O son buenos, o malos. A nosotros nos va mejor la posibilidad de la medianía. Así no tenemos que esforzarnos demasiado, porque la medianía (o mediocridad) está al alcance de cualquiera. Ni nos gusta exigirnos demasiado a nosotros mismos, ni ser exigentes con los demás. A largo plazo, lo echamos a perder todo, por falta de valor. Una cosa es reconocer que no somos perfectos, otra es renunciar a intentar serlo. Lo mismo ocurre con los medios que usamos. Intentamos justificar malos medios con buenas intenciones, y somos capaces de desperdiciar buenos medios porque no sabemos muy bien qué hacer con ellos.

La parábola es admirable por la simplicidad que se muestra en ella. Los pescadores no dudan: actúan. No se equivocan al seleccionar los peces, ni necesitan consultarse unos a otros sobre un particular pescado. Quizás la variedad de peces en el mar de Galilea no era tan elevada como para crear confusión en unos pescadores expertos. Las elecciones que tenemos que hacer nosotros son muchas más, pero el mismo tipo de radicalidad se nos pide: el bueno, al cesto; el malo, fuera.

## **Contexto escolapio: lo útil y lo inútil**

Esta parábola me hace pensar en nuestro ministerio, y las múltiples elecciones que tenemos que llevar a cabo, separando lo bueno de lo malo (o lo nuevo de lo viejo, como el dueño de la casa que Mateo menciona en Mt 13, 52, al final del Discurso Parabólico). Vivimos en el mundo, y lo mismo que en un lago hay peces buenos y malos, y en campo hay trigo y cizaña, así alrededor nuestro hay medios buenos y malos, útiles e inútiles, entre los que tenemos que hacer opciones cuando trabajamos.

Los medios no son absolutamente buenos a malos, como tampoco los mismos peces son buenos o malos para todo el mundo. Depende de las culturas, o de la sensibilidad de los tiempos. Al principio de la era de la imprenta se consideraron malos (o al menos peligrosos, y por eso la Inquisición debía inspeccionarlos cuidadosamente) los libros. Ocurrió lo mismo con el cine y la televisión cuando empezaron a ponerse al alcance del público. Y hoy mucha gente dice que los ordenadores o el Internet son malos. Lo que en realidad ocurre es que nos da miedo la novedad. O por lo menos desconfiamos de ella. Especialmente si nos consideramos ya un poco mayores y con dificultades para aprender cómo usar esos medios nuevos. Pero nadie puede decir que el medio es malo; lo que puede ser malo es el uso que hagamos de él, o el fin que pretendamos conseguir con él.

Curiosamente, la desconfianza es menor con respecto a lo viejo. Por aquello de que “vale más malo conocido que bueno por conocer”. Nos cuesta romper con nuestras rutinas, poner en duda nuestras creencias. Como les costó a la generación que oyó hablar a Jesús, proponiendo una justicia nueva, diferente a la de Moisés. Pero hemos de admitir la posibilidad de que también lo viejo sea malo. Puede suceder que un medio que se consideró bueno por mucho tiempo (un determinado tipo de espiritualidad, o de comunidad, o de escuela), más tarde se considere malo, porque los tiempos han cambiado. Entonces hemos de tener la suficiente libertad como para tirarlo. Y utilizar otros que sean buenos, adecuados para nuestro tiempo.

Es característico que cuanto más joven es una persona o un grupo, tanto menos le cuesta adaptarse a una nueva situación. Nuestra actitud ante el cambio es uno de los síntomas de nuestra edad vital. Uno puede tener noventa años y ser joven, o puede tener treinta y ser viejo.

Las opciones a hacer en nuestras obras son muy diversas; van desde la tecnología a incorporar hasta el tipo de organización a adoptar en nuestra vida comunitaria. Desde el tipo de ministerio a desarrollar, hasta el lugar físico en el que situarnos. Los pescadores conocen muy bien cuáles son los peces buenos y cuáles los malos, sin ninguna duda. Perderían su tiempo si después de trabajar echaran a los cestos los peces malos y tiraran los buenos. En nuestro caso es mucho más delicado hacer la opción. Porque lo que está en juego es más importante. Y quizás porque los cambios en nuestro contexto son mucho más rápidos que los que se refieren a la valoración de los peces. Uno no llega a aprender para siempre qué es bueno y qué es malo. Es como si un pescador pescara especies distintas de peces cada día. Pero, con todo, hemos de ser capaces de discernir, solos o con ayuda de otros, y entonces actuar en consecuencia. El correcto discernimiento forma parte de nuestro servicio al Reino de los Cielos. La formación y la práctica del sentido crítico en nuestros alumnos y en nosotros mismos es una de nuestras tareas permanentes.

Esa es una de las misiones esenciales de la escuela: capacitar a los alumnos para que elijan correctamente en su vida. Por las ventanas abiertas de la escuela (y por las de las iglesias) debieran entrar todos los vientos. No queremos darles un pez: queremos convertirlos en pescadores. Que los niños y jóvenes aprendan a discernir, a distinguir los peces buenos de los malos. A elegir el bien en lugar del mal, la vida en lugar de la muerte (Deut 30,19). Si los tenemos siempre con las ventanas cerradas, se nos van a acatarrar con la primera corriente.



El reto que la parábola nos presenta es que tenemos que elegir cada día, y no simplemente esperar hasta que el último día alguien nos elija a nosotros. En cierto modo, nosotros también somos elegidos cada día. Cuando las familias deciden traer a sus hijos a nuestras escuelas. Cuando los jóvenes se acercan a nosotros, llegando incluso a querer abrazar nuestro estilo de vida, nuestra vocación. O cuando ocurre lo contrario.

Y en un asunto tan importante como la educación, no podemos mantenernos al margen. La escuela nunca es neutral. Abstenernos de elegir es hacer una opción ya. Con nuestras escuelas trabajamos para el Reino de los Cielos, o en contra. No hay término medio.

## 4.6. El administrador infiel

(Lc 16, 1-8)

*“Era un hombre rico que tenía un administrador a quienes acusaron ante él de malbaratar su hacienda; le llamó y le dijo: ‘¿Qué oigo decir de ti? Dame cuenta de tu administración, porque ya no podrás seguir administrando.’*

*Se dijo a sí mismo el administrador: ‘¿Qué haré, pues mi señor me quita la administración? Cavar, no puedo; mendigar, me da vergüenza. Ya sé lo que voy a hacer, para que cuando sea removido de la administración me reciban en sus casas.’*

*Y convocando uno por uno a los deudores de su señor, dijo al primero: ‘¿Cuánto debes a mi señor?’ Él le dijo: ‘Cien medidas de aceite.’ Él le dijo: ‘Toma tu recibo, siéntate en seguida y escribe cincuenta.’ Después dijo a otro: ‘Tú, ¿cuánto debes?’ Contestó: ‘Cien cargas de trigo.’ Dícele: ‘Toma tu recibo y escribe ochenta.’*

*El señor alabó al administrador infiel porque había obrado astutamente, pues los hijos de este mundo son más astutos con los de su generación que los hijos de la luz.”*

### La parábola

Esta parábola sigue a las tres “de la misericordia”. De hecho se sitúa entre la del hijo pródigo y la del rico malo y Lázaro el pobre. El nexo que une a estas tres es el uso de los bienes materiales. Entre la segunda y la tercera hay una enseñanza de Jesús sobre el uso de las riquezas (Lc 16, 9-15). De hecho estos “logia” permiten entender mejor la parábola.

Según la costumbre de su tiempo, los administradores tenían derecho al negociar una deuda para su patrón a aumentar el importe de la misma, y quedarse luego con la diferencia como compensación, ya que salario no tenían. Así, pues, parece que lo que el administrador de la parábola está haciendo es renunciar a sus ganancias (abusivas pero legítimas) para ganar amigos. En ello no defrauda al patrón, que lo despide por irregularidades anteriores pero no puede por menos que elogiarle por su astucia presente. Así leída, la parábola no presenta ningún mal ejemplo a seguir, al contrario: está diciendo que es bueno saber renunciar a algunos beneficios inmediatos para poder conseguir mayores beneficios a largo plazo. En lugar de ser una apología del engaño, se trata en realidad de un elogio a la renuncia. Y entonces son muchas las consecuencias prácticas que podemos seguir para nuestra vida cristiana, pues debiéramos renunciar a todo aquello que es un obstáculo para el seguimiento de Cristo. Y no sólo a los bienes materiales.

A pesar de todo se trata de una parábola que siempre resulta un tanto incómoda de explicar, porque nos recuerda demasiado los casos de corrupción real que conocemos, y de los que podemos ser víctimas pero también cómplices. Pero el Señor claramente nos invita a ser astutos, a hacernos amigos con el dinero injusto (Lc 16, 9), y a esforzarnos con violencia por entrar en el Reino de Dios (Lc 16, 16). Obligado por las circunstancias, el administrador de la parábola hace una buena opción. Descubre que vale más tener amigos que tener dinero. ¡Hermosa lección, con la que estaremos todos de acuerdo! Descubre que los bienes materiales no lo son todo, que hay otro tipo de bienes que no se gastan, que duran para siempre. Sí, se trata de un administrador muy hábil, que probablemente triunfaría hoy en las operaciones de bolsa.

El administrador es digno de la alabanza de su señor porque en un momento de crisis es capaz de mantener la serenidad, y tomar la decisión correcta. No necesita mucho tiempo (no dispone de él) para encontrar la solución a su problema. Nosotros vivimos en mundo en cambio acelerado, y a veces tenemos que optar en situaciones de crisis. Debíamos ser capaces, como el administrador, de tomar decisiones rápidas, usando todos los recursos a nuestro alcance.

## **Contexto escolapio: usar todos los recursos**

Nosotros los escolapios necesitamos muchos recursos para llevar a cabo nuestro ministerio educativo. Las escuelas y otras obras no funcionan sin una infraestructura económica que las mantenga. Sin duda el valor de nuestros inmuebles es muy elevado, aunque nosotros los consideramos como simples medios, no como bienes capitalistas. Dígase lo mismo en lo que se refiere a recursos personales: todos nosotros hemos recibido una formación que hace de nosotros seres privilegiados, en un mundo en el que aún hay tantos analfabetos. Nuestras Constituciones nos dicen que debemos ser cuidadosos en la administración de nuestros bienes, y este cuidado es una manera de entender nuestra pobreza religiosa (C 68, 69). La “suma pobreza” que quería Calasanz (y otros compañeros suyos más que él) se fue suavizando hasta convertirse en la pobreza que hoy vivimos. Que no deja de ser exigente. Son muchos los administradores que en nuestras casas y obras se esfuerzan por que todos vivamos con ese espíritu de pobreza, y debemos agradecerles sus servicios.

Sin embargo vivimos en un mundo muy complejo, en el que quizás no basta con la habilidad de un administrador fiel, sino que hace falta la astucia y creatividad de gente con imaginación. En África particularmente, nuestros hermanos se plantean seriamente el encontrar soluciones para hacer viables nuestras obras, sin la dependencia de las provincias europeas. Es un problema que posiblemente vamos a encontrar en todas las obras y comunidades de los países en vías de desarrollo: cómo ser fieles a nuestra misión (al servicio de los pobres principalmente, recordemos) y al mismo tiempo autosuficientes. Es un problema que los escolapios de siglos pasados han resuelto a base de muchas privaciones. A base de pobreza, básicamente. Constituyen un buen ejemplo, pero quizás todavía no es suficiente. Todavía hace falta más creatividad, para “ser fieles con el dinero injusto” (Lc 16, 11).

Sin querer entrar a fondo en el complejo debate de la globalización, creo que podemos aprender algunas lecciones de “los hijos de este mundo”. Ellos saben utilizar capitales en un lugar, recursos en otro y mano de obra en un tercero para que sus negocios vayan a flote. En nuestro caso ocurre que también los recursos económicos y humanos se encuentran separados a veces, y nos falta la facilidad de maniobra para unirlos al servicio de la misma misión.

Vivimos en un mundo en el que, nos guste o no nos guste, los ricos necesitan a los pobres y los pobres necesitan a los ricos. Cómo hacer este mundo más justo, esa es la cuestión. Frente a este mundo podemos optar radicalmente por una de las dos mitades, o podemos intentar usar “astutamente” las posibilidades de ambas, sin renunciar a ninguna. Podemos llegar a descubrir que es muy práctico que los escolapios estemos a la vez en los países más ricos de la tierra y en algunos de los más pobres (¡y todavía deberíamos ir a muchos más!), porque de este modo podemos ayudarnos unos a otros, y sacar adelante algunas obras que, sin este mutuo apoyo, tienen un futuro muy difícil.

Es indudable que en nuestro mundo vemos al mismo tiempo la explotación más atroz y hermosos gestos de ayuda internacional. A nivel público y privado, especialmente a nivel privado. Hay muchas posibilidades de aprovechar esta corriente a nuestro favor. Y me atrevo a decir más: como mensajeros del evangelio, tenemos también la obligación de dar una oportunidad a los “administradores infieles” para que, a costa de privarse de algunos de sus bienes, puedan adquirir amigos que sean sus valedores luego.

No olvidemos, por otra parte, que al hablar de globalización estamos refiriéndonos a algo más que a recursos materiales. Hoy día hemos de preparar hombres y mujeres “globales”, capaces de adaptarse a las necesidades de un mundo más interrelacionado, respondiendo a niveles de capacitación humana que cada vez serán más homogéneos. En nuestro contexto escolapio, traducimos globalización, más o menos, por “interdemarcacionalidad”. Con ello queremos expresar el deseo de apoyarnos mutuamente unos a otros, rompiendo barreras geográficas que han tenido sentido en ciertos periodos de la historia, pero cada

vez van teniendo menos. Ese es el sentido etimológico de la palabra “católico”: universal, no restringido a una parte del mundo. Al fin y al cabo, todo es cuestión de perspectiva. Los viajes apostólicos de Pablo, por ejemplo, fueron verdaderas aventuras épicas que hoy día resuelven las compañías de aviación en muy poco tiempo. ¿Y qué decir de sus cartas, cuando pensamos hoy en nuestra facilidad de comunicación por correo electrónico?

Al pensar en compartir recursos, hemos de pensar también en los que son diferentes de nosotros, pero persiguen los mismos fines. La Iglesia nos exhorta a mantener diversos diálogos: diálogos con otras religiones, con otras culturas, con los necesitados. Son muchos los campos en los que podemos trabajar juntos, especialmente al servicio de la vida humana, a todos los niveles. No faltan gentes de buena voluntad que están abiertos a este tipo de colaboración.

El futuro está delante de nosotros, al alcance de nuestra mano. Lo estamos construyendo ya con las opciones que hacemos, con los recursos que usamos. Con las posibilidades que desarrollamos.

## 5. SEGUIMIENTO HASTA EL FINAL: PLENITUD

*“Lo pequeño es hermoso”. Pero nosotros vivimos en un universo que se expande aceleradamente, hasta el infinito. Nos da vértigo asomarnos en una noche estrellada a la bóveda celeste, sobre todo si sabemos que hay millones de galaxias. Nos sentimos tan pequeños... Nuestra admiración y nuestro vértigo son aún mayores si nos damos cuenta de que nosotros somos parte de esa historia desde el alfa hasta la omega de Teilhard de Chardin. Nosotros somos un eslabón de esa maravillosa cadena que Dios comenzó un día con un poco de materia, y en la que luego apareció vida, e inteligencia, y conciencia de divinidad... En cada uno de nosotros se reproduce toda la historia de la creación y de la redención. Al final nos espera la plenitud, el toque final de Dios en la historia de la humanidad.*

*Nuestra vida comenzó de una manera asombrosa, siendo nosotros físicamente mucho menos que un grano de mostaza. Y también comenzó de la misma manera nuestra aventura de seguir a Jesús: con unos pasos pequeños, vacilantes, que luego se fueron afirmando. La vida va creciendo en nosotros, y no sabemos muy bien cómo. Y puede desarrollarse hasta alcanzar un tamaño que no podemos imaginar. Basta que dejemos que la fuerza del Espíritu nos habite.*

*¿Cómo actúa la gracia en nosotros? ¿A dónde nos lleva el Espíritu? No lo sabemos. Es un misterio que se va revelando poco a poco. Quien no es experto en botánica y ve una pequeña planta en un país desconocido no sabe si aquello es una hierba, un arbusto o un árbol. Pero si tiene paciencia y espera, lo verá crecer, y entonces verá sus frutos, y llegará a conocerlo. Lo mismo ocurre en nosotros. Lo mismo ocurre con nuestras obras, con nuestra orden. No podemos saber cuál es su futuro. La orden es siempre joven, aunque tenga cuatro siglos. Porque su futuro está abierto, y su edad no es biológica, sino espiritual. Y el Espíritu es siempre joven, renovador.*

*Pero sí podemos condicionar nuestro futuro con nuestras aspiraciones o sueños. El águila que creía ser una gallina nunca aprendió a volar. Podemos aspirar a alcanzar cierto nivel de bienestar material, y nunca pasaremos de ahí. O podemos lanzarnos al vuelo infinito de la santidad, y entonces seremos santos. Como orden nos ocurre lo mismo: podemos pensar que ya hemos cumplido nuestra misión, y es tiempo de resignarnos a morir, a desaparecer. Podemos luchar desesperadamente por mantenernos donde estamos. O podemos imaginar que aún quedan muchos lugares a los que podríamos ir, y a donde nos está llevando el Espíritu. El Señor responderá colmando nuestras aspiraciones, oyendo nuestras oraciones. Llevándonos a donde Él quiera, porque Él es quien sueña nuestro futuro, si nosotros se lo permitimos.*

*A veces cometemos errores, a veces fallamos en nuestros empeños. La experiencia del fracaso forma parte de nuestro normal aprendizaje. También Cristo sufrió fracasos: cuando vio que le abandonaban muchos de sus discípulos, cuando le rechazaron en su propia tierra, cuando lo condenaron a muerte. Todo ello formaba parte de un plan de salvación universal. A veces somos culpables de la escasez de frutos que nuestras obras producen. Pero también ello forma parte de un plan más amplio. Dios nos da siempre otra oportunidad para seguir trabajando, para convertirnos a él.*

*Como escolapios tenemos que estar dispuestos también a aceptar el sufrimiento, la incomprensión de los demás. No trabajamos por recibir premios, sino por el Reino de los Cielos. La disponibilidad total para aceptar la voluntad de Dios es la expresión concreta del voto de obediencia, que se convierte así en posibilidad para llevar a cabo las misiones más exigentes. En un mundo en el que la gente lucha por los primeros puestos (del tipo que sean), resulta difícil comprender que la mayor grandeza está en el servicio a los demás. Pero eso es lo que Cristo vino a enseñarnos.*

*Y al final, nos quedará a todos la promesa del encuentro con Dios. Tenemos toda una vida para cumplir con nuestro deber, trabajando en la sombra, sin otro salario que la esperanza. Pero el Señor llegará, y recompensará con creces nuestra dedicación. Somos peregrinos del absoluto, pero creemos que Dios nos dará esa plenitud que nosotros no podemos alcanzar aquí, por nosotros mismos. Prepararnos para el encuentro definitivo con Él puede dar sentido a toda nuestra vida.*

## 5.1. El grano de mostaza

( Mt 13, 31-32; Mc 4, 30-32; Lc 13, 18-19)

*“El Reino de los Cielos es semejante a un grano de mostaza que tomó un hombre y lo sembró en su campo. Es ciertamente más pequeña que cualquier semilla, pero cuando crece es mayor que las hortalizas, y se hace árbol, hasta el punto de que las aves del cielo vienen y anidan en sus ramas.”*  
Mt 13, 31-32

### La parábola

Es una de las cuatro parábolas que aparecen en los tres evangelios sinópticos. Mateo nos la ofrece en el Discurso Parábólico. Esta parábola sigue a la del sembrador y la de la cizaña. Se trata de un contexto agrícola, aunque el significado es bien diferente. La parábola que le sigue, de la levadura, es más próxima en significado. Todavía más lo es la de la semilla que crece sola en Mc 4, 26-29. También Marcos la presenta en su “discurso parábólico” de cinco parábolas, paralelo al de Mateo. En Lucas, como en Mateo, precede a la de la levadura. Tiene una introducción típica de parábola: “El Reino de los Cielos es semejante a...” En Mc y Lc aparece una cuestión retórica al principio: “¿Con qué compararemos el Reino de los Cielos?” Carece de conclusión o explicación.

La interpretación tradicional es simple: la Iglesia, comunidad de cristianos, empezó siendo bien pequeña, pero luego se desarrolló muy aprisa, y mucho, hasta el punto de que en pocos siglos estuvo presente en la mayor parte del mundo conocido. Seguramente ningún romano se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo en Palestina mientras Jesús anunciaba el evangelio, y un pequeño grupo de personas incultas se unieron a él. Ningún historiador contemporáneo habló de su muerte o de su resurrección. Pero esos iban a resultar luego los acontecimientos más importantes de la historia de la humanidad. Porque la Iglesia se convirtió en el factor más activo en la creación de lo que hoy se conoce como cultura occidental. Y todavía la Iglesia está lejos de haber alcanzado el tamaño definitivo de árbol...

Quiero pensar en otro tipo de interpretación más personal: el Reino de Dios es como una pequeña semilla que germina y luego crece dentro de nosotros mismos, transformándonos. Es tan pequeña que a veces apenas se ve, pero ahí está, esperando las condiciones favorables para germinar y mostrarse en todo su esplendor. Y lo mismo ocurre con el Reino de Dios que está presente en los demás. También nos cuesta a veces descubrirlo, ver la parte positiva que los demás tienen, pero ahí está esa semilla que luego puede crecer hasta causarnos admiración.

El Reino de Dios también está oculto a veces en pequeños acontecimientos, que parecen irrelevantes cuando suceden pero luego tienen una gran trascendencia. Son parte de esos signos de los tiempos que tenemos que aprender a leer. Es interesante que aprendamos a ver la historia como algo dinámico, en crecimiento constante. Y nunca terminado. Y nunca decreciendo.

La humildad consiste en reconocer no sólo nuestras limitaciones, sino también las posibilidades que están esperando a desarrollarse en nosotros. El Señor reprochó a veces a sus discípulos su falta de fe. Algunos autores de psicología dicen que utilizamos sólo una pequeña parte de nuestra inteligencia, de nuestro potencial mental. ¿No ocurrirá lo mismo con nuestro potencial espiritual? El Señor da su gracia en abundancia, y estamos acostumbrados a ver en el evangelio ejemplos de esa abundancia: en la multiplicación de los panes y los peces, en la pesca milagrosa, en la conversión del agua en vino... Somos

nosotros los que ponemos barreras a la gracia. Si el Señor nos anima a ser perfectos como el Padre celestial, es porque nos ofrece los medios para conseguirlo. El grano de mostaza es el símbolo de esa potencia desmesurada para crecer que cada uno de nosotros tenemos en nosotros mismos, si dejamos actuar a la gracia.

### **Contexto escolapio: lo bueno crece en nosotros**

Podemos pensar en el origen de nuestra orden. Bien humilde. Un sacerdote, unos niños, una sacristía en una pequeña parroquia. Pero esta semilla llevaba en sí la fuerza del Espíritu, que en pocos años extendió la orden considerablemente. La orden sigue creciendo hoy geográficamente, llegando a nuevos países. Y crece también en su constitución, abriendo sus puertas a la integración de los laicos, lo que puede significar una transformación muy significativa, un crecimiento inesperado y que difícilmente imaginamos aún. Hablando de este crecimiento, ahora vamos comprendiendo que se debe a la gracia, que no es fruto de nuestro cálculo (para “cubrir bajas”, o para ampliar nuestra obras), sino que responde a la dinámica del Reino de Dios, en su propio crecimiento.

Por otro lado, nuestra orden es bien pequeña en la Iglesia. Comparados con el conjunto del dinamismo eclesial, seguimos siendo como un grano de mostaza. En realidad estamos presentes en un reducido número de países, y en muchos de ellos nuestra presencia es poco más que simbólica. Pero, a pesar de nuestro pequeño tamaño, creemos que es la fuerza del Espíritu lo que da importancia a nuestra presencia. Tenemos en nosotros la vida que viene del Reino de los Cielos, y que vuelve a él con nuestra aportación específica. No pretendemos convertirnos en un gran árbol, sino dejar que la vida que llevamos en nosotros, la fuerza del Espíritu, se desarrolle hasta alcanzar su total plenitud. Cuando sea.

Nuestra historia es lo que hemos sido, pero no lo que seremos. Debido a nuestra presencia mayoritaria en países europeos, que por diferentes motivos están padeciendo una crisis vocacional, a veces podemos estar tentados a buscar medios de simple supervivencia para nuestro carisma, olvidando la invitación de Jesús cuando envía a sus discípulos: id a todos los países, anunciad el evangelio a todas las gentes. En Jesús hay una invitación (más bien una orden) a extendernos, a seguir creciendo. Mientras haya en el mundo niños pobres que necesiten ser evangelizados, nuestro trabajo no habrá terminado. Puestas así las cosas, deberíamos plantearnos estrategias de crecimiento, y no de simple mantenimiento.

El crecimiento de la orden se produce por el crecimiento de todos los miembros. Y este crecimiento no es un proceso acumulativo: creemos por renovación constante. La orden ha dado mucha importancia en los últimos años a la formación permanente de todos nosotros. Esa es nuestra manera de crecer. Una renovación que no es simplemente profesional, sino espiritual. Y que puede ser conseguida de muchas maneras. La formación permanente es un proceso que dura toda la vida, y que se refiere, por supuesto, tanto a religiosos como a seculares. Todos necesitamos seguir poniéndonos al día en tantas cosas.

Dejemos volar la imaginación. ¿Podría soñar un grano de mostaza el destino que le espera cuando es puesta en la tierra? Seguramente, no. Como mucho llegaría a soñar, de acuerdo con su tamaño, en ser una humilde hierba. Pero de ningún modo que se convertiría en una planta tan grande que los pájaros pueden venir a poner sus nidos en ella. Esta parábola nos invita a soñar. En lo que podemos llegar a ser, como personas y como orden religiosa. Seamos humildes, pero con la humildad de quien acepta su potencial. Soñemos que Dios quiere hacer santos de cada uno de nosotros ¡y ya es soñar! Soñemos que las páginas más brillantes de la orden están aún por escribir. El futuro pertenece a quienes son capaces de soñar, y se atreven a poner en marcha sus sueños.

La parábola no dice qué condiciones hacen falta para que esa pequeña semilla llegue a desarrollar todo su potencial. Cruzando esta parábola con la del sembrador, podríamos decir que no todas las semillas de mostaza germinan, ni producen ese hermoso arbusto. Lo



mismo ocurre con las personas. Dios nos ha dado a todos sus hijos la semilla de mostaza de la vida, pero en algunos casos no llega a desarrollarse plenamente. Calasanz lo vio en aquellos niños callejeros romanos. Vio semillas de plenitud, y decidió poner en marcha la obra de sus escuelas para ayudarles a desarrollarse plenamente. Hermoso desafío hoy para todos los seguidores de Calasanz: ver posibilidades ocultas en nuestros alumnos, y ayudarles a desarrollarlas. Y al mismo tiempo, crecer nosotros mismos, hasta que “las aves del cielo vengan a anidar en nosotros”. Y que cada cual entienda como quiera esa expresión.

## 5.2. La semilla que crece por sí sola

(Mc 4, 26-29)

*“El Reino de Dios es como un hombre que echa el grano en la tierra;  
duerma o se levante, de noche o de día,  
el grano brota y crece, sin que él sepa cómo.  
La tierra da el fruto por sí misma;  
primero hierba, luego espiga, después trigo abundante en la espiga.  
Y cuando el fruto lo admite, en seguida se le mete la hoz,  
porque ha llegado la siega.”*

### La parábola

Es la cuarta parábola de Marcos, entre la de la medida y la del grano de mostaza. Nos encontramos en un contexto de crecimiento: el sembrador que siembra, el grano de mostaza que crece más que ninguna hortaliza. La fuerza de la parábola está en la imposibilidad del sembrador para alterar el ritmo de maduración de la cosecha, una vez ha sembrado las semillas.

Se trata de un mensaje de esperanza para quienes se angustiaban ante las persecuciones o dificultades para anunciar el evangelio. Jesús les dice: no os preocupéis; la siembra ya está hecha. Ahora la tierra producirá su fruto. La Iglesia seguirá creciendo, aunque vosotros no sepáis cómo.

Las cosas en la práctica no son tan simples. El sembrador tiene que hacer muchos trabajos antes de sembrar para preparar su tierra. Tiene también una importante parte en la producción de la cosecha. Si nos ponemos desde su perspectiva, el mensaje de la parábola podría ser: vosotros haced vuestra parte, haced todo lo humanamente posible para que el evangelio sea anunciado, y luego el Espíritu hará crecer las semillas que vosotros hayáis sembrado.

Nos podemos poner también desde la perspectiva de la tierra. Si nosotros permitimos que el sembrador (el Espíritu) nos vivifique con su gracia, nosotros daremos los frutos correspondientes a las semillas o gracias que Él nos haya dado. No tenemos que preocuparnos de más.

En cualquier caso se trata de un mensaje de paciencia y esperanza. El agricultor sabe que una vez ha sembrado sus semillas, debe darles su tiempo hasta que crezcan y produzcan fruto. Si llevado por su impaciencia se dedicara a tirar de las plantitas para que crecieran más aprisa, lo único que conseguiría sería desarraigarlas, matarlas.

En la parábola se habla de progreso en el tiempo: “primero hierba, luego espiga, luego trigo abundante”. Para nosotros humanos el tiempo es una de nuestras limitaciones. A la hora de actuar, pero también a la hora de comprender la realidad, el plan de Dios. Nuestra visión es parcial, muy limitada. En el plan de Dios, lo que tiene que ocurrir, ocurrirá, aunque nosotros seguramente no lo llegaremos a ver. Pero nos toca confiar en Él. Ya la primera generación de cristianos malinterpretaron las palabras de Jesús, creyendo que su vuelta era inminente. En nuestra impaciencia quisiéramos obligar a actuar a Dios en los acontecimientos humanos (“¿Por qué permite la guerra? ¿Por qué permite que los niños mueran de hambre? ¿Por qué no acaba con sus enemigos?...”), de acuerdo con nuestra manera de ver las cosas. Pero nosotros no podemos saber si estamos en la fase de hierba, de espiga o de trigo. Sólo sabemos que el Reino de Dios está ahí, ya pero todavía no. No sabemos cuándo llegará el tiempo de la siega.

Esa imposibilidad de controlar el tiempo se expresa en las palabras del comienzo: “duerma o se levante, de noche o de día”. El tiempo no nos pertenece a nosotros. Nuestros cálculos siempre son estimativos.

### **Contexto escolapio: la gracia nos transforma**

La paciencia era una de las cualidades que Calasanz pedía a sus maestros. Paciencia con cada niño, y paciencia con la escuela en general. Sabemos que en la escuela se fragua el futuro de la sociedad, pero hacen siglos de escuela (de buena escuela) para transformar una sociedad. En cuanto a las personas, como educadores sabemos que a veces es mucho más tarde cuando se nota en nuestros alumnos el fruto de la educación. Ellos mismos lo notan al crecer, y expresan su agradecimiento. Cosa que raramente sucede en el momento de dejar la escuela. Pero mientras tanto, ¡qué paciencia hay que tener en la escuela, en especial con algunos niños!

Los que vivimos en comunidad, hemos de tener paciencia con los hermanos. Exactamente la misma que ellos han de tener con nosotros. Instintivamente tendemos a considerarlos causantes de los problemas o las desgracias que nos afligen. Y sin embargo reconocemos que la comunidad es una gracia, una situación privilegiada que nos ayuda a crecer. A pesar de que ninguno de nosotros es perfecto, la comunidad es el ambiente en el que crecemos.

Hemos de tener paciencia con los demás, pero sobre todo hemos de tener paciencia con nosotros mismos. Porque nos vemos imperfectos, limitados. Nos gustaría vernos cambiados, libres de nuestras imperfecciones. Tenemos que luchar a veces durante toda nuestra vida contra defectos que quisiéramos corregir, y nos sabe amarga la derrota. Pero entonces debemos pensar en lo que Jesús nos promete en esta parábola: el Reino de Dios sigue creciendo, también dentro de nosotros mismos. Y un día produciremos frutos abundantes, cuando llegue el momento de la siega.

Los que nos vamos adentrando ya en la madurez de nuestra edad, llegamos a descubrir de pronto que algunos errores de nuestra juventud van desapareciendo, a la vez que nuestro ardor juvenil. La gracia nos va haciendo más tolerantes, más comprensivos. Nos cuesta menos ser compasivos. Somos menos radicales, porque a fuerza de experimentar nuestros propios fracasos, aprendemos a excusar los de los demás. Descubrimos que nos equivocamos, y que Dios siempre tiene razón. Y que Él va llevando adelante sus planes, a veces sin que nosotros entendamos cómo, o incluso contra nuestra oposición. Descubrimos, como el cura rural de Bernanos, que “todo es gracia”. Que todo lo que nos ocurre es obra de Dios, porque ciertamente nos conocemos bien a nosotros mismos y sabemos que no somos capaces de producir esos frutos que, por fin, nos satisfacen. Pero algunos frutos aparecen: así nos lo dicen los demás, para sorpresa nuestra.

El Espíritu nos va transformando, nos va haciendo crecer sin que nosotros sepamos muy bien cómo. La vida espiritual (es decir, la vida según el Espíritu) debiera ser la principal preocupación de todos nosotros, laicos y religiosos. Porque por nosotros mismos, sin la ayuda del Espíritu, no podemos hacer nada. Madurar significa que nos conocemos mejor, y nos aceptamos. Y entonces no nos queda otro remedio que implorar ardientemente la fuerza del Espíritu en nosotros, porque sólo Él puede hacer producir esos frutos que quisiéramos ofrecer. Madurar significa que nos vamos convirtiendo a Aquél que nos salva, y vamos entendiendo que “sólo Dios basta”. Vamos abandonando todas las distracciones, todos los esfuerzos vanos que nos separan de Él, y dejamos que sólo Él nos guíe, nos lleve amorosamente en sus brazos.

Para quienes crean una familia, madurar significa comprender que la vida que se va debilitando en ellos mismos aparece radiante en sus hijos y en sus nietos. Son esos descendientes los que, en cierto modo, dan plenitud a su propia vida. Para quienes renuncian a crear una familia por el Reino de los Cielos, la plenitud aparece en otra parte.

En la confianza de que el plan de Dios sigue adelante. De que con nuestras vidas hemos contribuido, sin saber muy bien cómo, a mejorar este mundo que Dios creó y Jesús redimió. Y entonces, libres ya de las trabas del tiempo, comprenderemos plenamente el significado del plan de Dios. Y saboreamos sus frutos de eternidad.

## 5.3. La medida

(Mc 4, 24-25)

*Les decía también: “Atended a lo que escucháis.  
Con la medida con que midáis, se os medirá y aun con creces.  
Porque al que tiene se le dará, y al que no tiene,  
aun lo que tiene se le quitará.”*

### La parábola

Marcos une aquí dos frases de Jesús que en los otros sinópticos aparecen separadas:

- La medida con la que se nos medirá (Mt 7, 2; Lc 6, 38).
- Al que tiene se le dará más (Mt 13, 12; 25, 29; Lc 8, 18; 19, 26).

La parábola aparece entre la de la lámpara y la semilla que crece por sí sola. La conexión con la primera aparece en la invitación introductoria a escuchar, más literaria que de sentido. Sin embargo podemos entender esa doble invitación –atender, escuchar- como una actitud necesaria para poder luego aumentar nuestra “medida”. Se trataría de una invitación a cultivar nuestra dimensión completativa. Escuchando es como podemos conocer lo que Dios espera de nosotros.

En Mt 7, 2 “medir” significa “juzgar”. Invita a ser generoso al juzgar a los demás, para no ser severamente juzgados luego. En Lc 6, 38 la invitación a ser compasivos es más clara: no solamente no hay que juzgar a otros, sino que además Jesús invita a “dar”, para recibir luego una medida rebosante. Las “creces” es lo que establece la unión con la segunda parte de la parábola: se dará todavía más a quien ya tiene.

Tradicionalmente esta parábola ha tenido una interpretación moral: hemos de tratar bien a los demás, para recibir luego el mismo tipo de trato de Dios. No solamente evitando juzgarlos negativamente, sino también siendo generosos con ellos.

Suena duro el final de la parábola: ¿por qué se le va a quitar al que tiene poco? ¿No sería más justo darle más, para compensar? ¿No es este un tratamiento injusto, discriminatorio? Estamos de nuevo en el contexto de la parábola de los talentos. Tener poco es condenable cuando se debe a negligencia. No leamos estas palabras como contradictorias con las bienaventuranzas: “bienaventurados los pobres”. En la parábola aparece la posibilidad de optar: podemos elegir la medida para medir. Si aquí relacionamos “medida” con “deseo”, la parábola adquiere una luz nueva. Porque entonces ya no se trata de “medir a los demás”, juzgándoles, sino de “medirnos a nosotros mismos”, trazando los límites de nuestras aspiraciones. Así entendida, la parábola significa: “si os conformáis con poco en lo espiritual, recibiréis poco. Aspirad a mucho”. Y entonces quien se conforma con poco pudiendo aspirar a mucho, sí es culpable.

“Ser, ser más, ser hasta el infinito”, es un programa de vida completo. “Ser” significa satisfacer las necesidades de la vida. “Ser más” se refiere a lograr el máximo desarrollo de nuestra personalidad, mediante la cultura, relaciones sociales, etc. “Ser hasta el infinito” se refiere a nuestra dimensión universal. Mucha gente se ve obligada a conformarse con la primera parte, sin llegar a conseguirlo del todo. Otros muchos se conforman voluntariamente con la segunda. El Señor nos invita en esta parábola a incluir las tres partes. Aspirando hasta la santidad, el infinito de Dios.

## **Contexto escolapio: altas aspiraciones**

Quiero leer esta parábola desde la perspectiva de desarrollo personal, relacionándola con nuestras aspiraciones. La medida es la unidad para establecer relación con la realidad. Todo en el mundo está medido: las distancias, el tiempo, la población, la inteligencia, la riqueza... con medidas diversas. Todavía no se ha inventado la medida para medir lo esencial de la vida, pero creo que a ella se refiere esta parábola. Ante la vida podemos esperar mucho o poco, y posiblemente recibimos más o menos según la capacidad de nuestra medida. Ambiciones, sueños, aspiraciones, deseos... no son exactamente lo mismo, pero de eso estamos hablando. Algunos de nosotros aspiramos nada menos que a ser seguidores de Jesucristo, imitando su vida.

Cuando nos conocemos bien a nosotros mismos, sabemos que no podemos aspirar a mucho. Somos débiles, pecadores. Pero Dios ha decidido venir en nuestra ayuda, encarnándose. Él camina con nosotros, y nosotros estamos invitados a caminar desde Cristo. Si estamos unidos a Él, su fuerza transforma nuestra debilidad, y entonces podemos esperar todo, porque nada hay imposible. La resurrección rompió todas las barreras de la muerte.

¿Cómo podemos caminar desde Cristo? Descubriendo sus múltiples presencias en nuestro mundo, y yendo a su encuentro. Él está presente en la Palabra, en los sacramentos (en la Eucaristía, de manera muy especial), en el rostro de los pequeños, de los pobres, de los que sufren. Resulta difícil caminar con alguien a quien no vemos, pero una vez hemos descubierto a Jesús en nuestra vida, sabemos que podemos llegar muy lejos con sólo caminar a su lado.

En muchas páginas del evangelio aparece la abundancia de vida que Jesús viene a traer a quienes creen en Él. Las imágenes de crecimiento, de banquetes, curaciones... todo nos invita a crecer, a aspirar a más. El hombre, al fin y al cabo, se encuentra en el nivel más elevado de la creación, y estamos destinados a mucho más, nada menos que a ser hijos adoptivos de Dios, miembros de Cristo. A veces olvidamos nuestro destino, y nos conformamos con ser la especie animal más evolucionada. Precisamente para abrirnos los ojos el Hijo de Dios se encarnó, vivió y ofreció su vida por nosotros. Para que entendiéramos que hay otra vida, que Dios nos ama y está deseando que nos unamos libremente a él. Que aceptemos su invitación a una vida plena. Que dispongamos nuestra medida, tan grande como nuestro deseo, para que Él nos la llene, y rebose.

Creo que también como grupo en la Iglesia tenemos la obligación de mantener elevadas aspiraciones. No por nosotros mismos, sino por el mayor servicio que podemos prestar a los hermanos, y por la mayor gloria de Dios. Como escolapios también tenemos una medida. La de la percepción de nuestra realidad, y nuestras posibilidades. No renunciemos a nada de lo que podemos esperar, por temor o pereza, porque entonces estamos traicionando el plan de Dios.

Pensemos en Calasanz. ¿Cómo pudo un hombre a finales del siglo XVII pensar que un día todos los niños tendrían acceso a la escuela? ¿No era un sueño insensato? Así lo creyeron muchos. Pero no aquellos que se unieron a él e hicieron posible el sueño. La gente de su tiempo medía la realidad con la medida minúscula del realismo: "hacen falta poca gente con estudios; para los trabajos serviles no hace falta ir a la escuela". Pero Calasanz trajo una medida nueva: escuela para todos. Hoy día también tenemos ante nosotros una realidad compleja y discutida. Con necesidades evidentes para muchos. Con dos medidas para entender la realidad: la pequeña de quienes usan el apoyo de todas las ciencias, y la grande de quienes se dejan llevar por sus sueños. El Señor nos plantea como orden el reto de usar una medida grande, como la de nuestro fundador. Ir más allá, fiándonos de Él, aunque parezca locura. Si creemos que el sueño de Calasanz ya se ha realizado porque casi todos los niños del mundo tienen escuela primaria, estamos equivocados. No hemos entendido aún cuál era el sueño de Calasanz. Seguro que si él viviera entre nosotros no se cruzaría de brazos, satisfecho porque sus seguidores ya hemos

llevado a cabo toda la tarea. No. Él nos seguiría espoleando hacia nuevos horizontes, corriendo riesgos nuevos. Animándonos a darnos más para recibir más.

Porque resulta que también Dios tiene sus sueños y sus aspiraciones con nosotros. Si Él creó el mundo, y puso al hombre en él, es porque tenía su propio plan. Medido con una medida de infinito amor.

## 5.4. La higuera estéril

(Lc 13, 6-9)

*“Un hombre tenía plantada una higuera en su viña,  
y fue a buscar fruto en ella y no lo encontró.  
Dijo entonces al viñador:  
‘Ya hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera,  
y no lo encuentro; córtala; ¿para qué va a cansar la tierra?’  
Pero él respondió:  
‘Señor, déjala por este año todavía  
y mientras tanto cavaré a su alrededor y echaré abono,  
por si da fruto en adelante; y si no da, la cortas.’”*

### La parábola

Los otros sinópticos también hablan de una higuera estéril (Mt 21, 18-22; Mc 12, 12-14; 20-26), que se seca tras recibir una maldición de Jesús por no llevar fruto. Lucas prefiere dar otra oportunidad a la higuera. Es decir, orienta la enseñanza hacia la paciencia. Mateo y Marcos en un primer momento ponen de relieve la exigencia de dar frutos, y luego el poder de la fe para conseguir cosas tan asombrosas como la muerte de una higuera con sólo pedirlo.

Ciertamente no es común que las higueras dejen pasar tres años sin dar fruto, pero podemos imaginar una serie de circunstancias climáticas desfavorables que han producido ese resultado. O podemos pensar también en el descuido del viñador, que parece que por primera vez va a tomarse en serio el cuidado del árbol. De hecho la higuera es un árbol bien sufrido, que no requiere mucha atención. El caso es que el viñador, que tiene cierto afecto a la higuera, todavía espera que puede ser útil. Pide un año de prórroga, nada más. En el fondo él sabe, como el dueño, que uno trabaja los campos para que produzcan fruto, y que si un árbol es improductivo debe ser cortado.

Es curiosa la referencia que se hace a la tierra: “se cansa”, un sentimiento humano. Quizás se cansa más porque la higuera no produce fruto, porque de ese modo también la tierra permanece estéril. Podemos pensar que esa tierra representa a Dios, que puede llegar a cansarse de que aquellos a los que Él sustenta con su gracia se niegan a dar fruto. Terrible responsabilidad la de los humanos, entonces, que podemos llegar a “cansar” a Dios (Is 7, 13).

La alusión a los tres años quizás se refiera al tiempo del ministerio público de Jesús, predicando a su pueblo. En ese caso la higuera representa al pueblo de Israel, que no produce frutos de conversión aún (las otras higueras estériles aparecen en un contexto de controversia de Jesús con los líderes judíos). Jesús quiere dar otra oportunidad a su pueblo, para que se conviertan y acojan el evangelio antes de ser cortados.

Pero también podemos aplicarnos a nosotros mismos la parábola, en un contexto más personal. Nosotros somos como ese árbol plantado en la viña del Señor. ¿Qué frutos damos? ¿Somos como la higuera estéril? Si ese es el caso, podemos todavía respirar, porque mientras estamos vivos aún nos queda “un año” para dar frutos de conversión.

Podemos entender la parábola en un contexto más amplio. El hombre que tiene plantada una viña es Dios Padre, y la viña es su pueblo escogido, Israel. Después de siglos de especial trato, de ofrecerles una revelación especial, los mensajes de Moisés y los profetas... siguen siendo infieles. Quiere acabar con ellos, pero entonces el viñador (Jesús) intercede por ellos, y consigue una prórroga para que se conviertan. Nosotros, la Iglesia,



somos ahora el pueblo escogido. Y no somos mejores que los judíos. Pero Cristo intercede por nosotros, cava la viña con su vida y la abona con su sangre, y de este modo, unidos a él, alcanza nuestra salvación. Los frutos de salvación vienen del sacrificio del Hijo; por nosotros mismos no podríamos darlos. También nosotros somos higueras estériles. El año de prórroga es el tiempo de gracia inaugurado con la resurrección de Cristo. Ese año es la duración de toda nuestra vida.

### **Contexto escolapio: Siempre queda una oportunidad**

A lo largo de nuestra vida cometemos muchos errores. De ellos aprendemos, por suerte. Si vemos la distancia entre las gracias que Dios nos regala y nuestra respuesta, podemos pensar que cada uno de nosotros somos también como esa higuera estéril. Si pensamos en nuestro destino de Hijos de Dios, claramente comprendemos que ese fruto no puede ser producido por nuestra planta, que sólo puede venir de Dios como regalo.

Pero sabemos que, de un modo u otro, Dios quiere que demos ese fruto. Para conseguirlo ha enviado su Hijo a nuestro mundo, y luego al Espíritu que, como el viñador de la parábola, nos da vida con su trabajo constante. Nuestra vida es esa espera imposible: Dios quiere conseguir un fruto que nosotros no podemos producir. Y nos da otra oportunidad, muchas más oportunidades, antes de reconocer que ha fracasado. Y al final, estamos seguros, se saldrá con la suya y su higuera dará fruto.

El fracaso es una experiencia humana que puede resultar muy provechosa cuando es adecuadamente integrada. Quien es capaz de volverse a levantar e intentarlo de nuevo, se vuelve más fuerte y más sabio. Es precisamente el fracaso aparente lo que está al comienzo de mayor triunfo de la historia de la salvación: la muerte de Jesús era el paso inevitable para su resurrección. No tiene nada de extrañar que sus discípulos quisieran hacerle olvidar esas ideas (Mt 16, 22), o no fueran capaces de comprenderlas al principio. Nuestro fundador también tuvo que padecer el fracaso aparente de la reducción de la orden que él había fundado a una congregación sin votos, siendo él mismo dejado fuera de todo control de la misma. También estos hechos formaban parte de un proceso de purificación, anunciador de la restauración y glorificación que seguirían.

Quizás nosotros queremos dar una clase de frutos y Dios está esperando otra diferente. Quiero pensar aquí en los escolapios que trabajan en condiciones más penosas. Por circunstancias materiales más difíciles, o por razones más personales como edad, salud, etc. El fruto normal que nosotros queremos dar es una buena educación para nuestros niños y jóvenes. Pero cuando ya nuestra higuera no pueda dar estos frutos, todavía quedan otros muchos que puede dar: los de la oración por los demás, la entrega total en las manos de Dios, la aceptación total de su Providencia. El caso es que siempre podemos dar una clase u otra de frutos.

Podemos pensar también sobre esta parábola como orden. Somos como esa higuera plantada en la viña de su Iglesia por Él; nada más normal que espere frutos de nosotros. Al evaluar nuestros resultados, podemos ser excesivamente optimistas, más bien realistas, o pesimistas. Cuando leemos la historia con cierta perspectiva, nos damos cuenta de los errores cometidos. Direcciones equivocadas, pérdida de buenas ocasiones para empezar caminos nuevos... Seguramente no hemos dado todo lo que podríamos, y ahora ya no hay remedio. La historia sigue adelante. Pero también podemos esperar colectivamente otra oportunidad. El Señor tiene cuidado de nosotros, cava alrededor y nos abona. Siempre podemos esperar que el año próximo daremos mejores frutos, porque ese es el deseo del propietario de la viña y del viñador. Esta parábola nos anima a mantener intacto nuestro optimismo. Cada curso nuevo, cada obra nueva... es una nueva oportunidad de rejuvenecerse para la orden. Para dar frutos nuevos.

## 5.5. Los viñadores homicidas

(Mt 21, 33-43; Mc 12, 1-12; Lc 20, 9-18)

*“Era una propietario que plantó una viña, la rodeó de una cerca, cavó en ella un lagar y edificó una torre; la arrendó a unos labradores y se ausentó. Cuando llegó el tiempo de los frutos, envió sus siervos a los labradores para recibir los frutos. Pero los labradores agarraron a los siervos, y a uno le golpearon, a otro le mataron, a otro le apedrearon. De nuevo envió otros siervos en mayor número que los primeros; pero los trataron de la misma manera. Finalmente les envió a su hijo, diciendo: ‘A mi hijo le respetarán.’ Pero los labradores, al ver al hijo, se dijeron entre sí: ‘Éste es el heredero. Vamos, matémosle y quedémonos con su herencia.’ Y agarrándole, le echaron fuera de la viña y le mataron. Cuando venga, pues, el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores? Dícenle: ‘A esos miserables les dará una muerte miserable y arrendará la viña a otros labradores, que le paguen los frutos a su tiempo.’ Y Jesús les dice: ¿No habéis leído nunca en las Escrituras:*

*‘La piedra que los constructores desecharon  
en piedra angular se ha convertido;  
fue el Señor quien hizo esto  
y es maravilloso a nuestros ojos?’*

*Por eso os digo: se os quitará el Reino de Dios para dárselo a un pueblo que rinda sus frutos. Los sumos sacerdotes y los fariseos, al oír sus parábolas, comprendieron que estaba refiriéndose a ellos. Y trataban de prenderle, pero tuvieron miedo a la gente porque le tenían por profeta.”*  
Mt 21, 33-46

### La parábola

Los tres sinópticos refieren la parábola, con muy pocos cambios. En Marcos y Lucas los tres primeros siervos son enviados sucesivamente, mientras Mateo da a entender que son enviados al mismo tiempo, lo que parece más lógico. En los tres evangelios la parábola se presenta tras la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, y aparece en un claro contexto de controversia con las autoridades religiosas judías.

Aunque los autores designan este relato como una parábola, técnicamente es más bien una alegoría, porque cada rasgo utilizado tiene un significado claro e independiente: el propietario es Dios; la viña es Israel, su pueblo escogido; los siervos son los profetas; los viñadores homicidas son los judíos infieles; el hijo es Jesús, muerto fuera de las murallas de Jerusalén; los otros labradores son los gentiles.

La técnica de esta parábola tiene mucho que ver con la que encontramos en la historia de la corderilla que Natán cuenta a David para hacer que se confiese culpable, en 2 Sm 12, 1-15. Jesús cuenta una historia terrible, para encender la cólera de los oyentes. Y ellos no se dan cuenta de que está hablando de su propia historia, de sus propios crímenes. A diferencia de David, no hacen ningún gesto de arrepentimiento cuando lo han comprendido.

La Iglesia siempre ha interpretado esta parábola como referida a la historia de la salvación, con el papel jugado en ella por el pueblo de Israel, los profetas, el mismo Jesús. Así leída, la lección nos tranquiliza, porque nos consideramos como los segundos labradores que han recibido el encargo de cuidar la viña. Lo que la parábola no dice es qué ocurrió luego, si esos labradores segundos fueron fieles al propietario o se comportaron como los primeros. Porque en este caso, la cólera del amo, podemos pensar, sería mucho mayor.

Si queremos que la Palabra de Dios sea constructiva para nosotros, tenemos que asumirla desde diferentes perspectivas, permitiéndole desarrollar todas sus posibilidades. Pensando, por ejemplo, que nosotros, los cristianos, somos también los primeros labradores. Es decir, que también nosotros maltratamos y hasta matamos profetas, enviados de Dios. No pretendo hacer una relectura de la historia de la Iglesia, pero seríamos muy ingenuos si pensáramos, por ejemplo, que los judíos son malos porque mataron a Jesucristo, y nosotros los cristianos somos buenos. La historia de la Iglesia, humana como es, está también llena de errores y crímenes. También nosotros hemos matado al hijo, muchas veces.

Leamos también la parábola desde un punto de vista personal. Es muy sencillo esconderse tras los demás para decir que nosotros no tenemos nada que ver con las decisiones de los sacerdotes judíos o cristianos. Nosotros hemos recibido, cada uno, nuestra propia viña en arriendo. ¿Realmente damos al señor los frutos a su tiempo? ¿No dejamos que el egoísmo y la violencia dicten a veces nuestros actos?

### **Contexto escolapio: dispuestos a darlo todo**

Cuando Jesús dijo esta parábola, estaba ya muy claro para él que estaba condenado a muerte. Quiso explicar el sentido de su propia muerte a sus discípulos, para que cuando todo sucediera, pudieran comprender. A pesar de que lo conocía, Jesús nunca escapó de su destino, sino que lo asumió hasta el final.

Uno podría pensar que el propietario de la parábola es un irresponsable: conociendo el carácter rebelde y violento de los viñadores, ¿por qué arriesgó la vida de su hijo? ¿Por qué no los castigó antes, en lugar de después? Y el hijo, ¿por qué no se negó a cumplir un mandato que podía imaginar como muy peligroso? Jesús quería mostrar dos cosas: la gran paciencia del padre, y la total disponibilidad del hijo.

Ya hemos hablado en otro lugar de la paciencia escolapia. Hablemos un poco de disponibilidad. Nosotros escolapios podemos sentirnos frustrados a veces, al comprobar que todos nuestros esfuerzos para educar cristianamente a los niños, especialmente a los más necesitados, no sirven para gran cosa. Y la frustración es mayor cuando nos damos cuenta de que no logramos el gran objetivo de la escuela calasancia: la reforma de la sociedad. La sociedad no es más cristiana que hace cuatro siglos, y posiblemente tampoco más justa, o mejor. Entonces, ¿para qué sirve nuestra escuela? ¿No llegará lo mismo el castigo de Dios al final, irremediablemente?

No sabemos qué ocurrirá al final. De momento nosotros estamos dispuestos a imitar el ejemplo de los profetas, e incluso el de Jesús. Yendo a donde Dios quiere enviarnos, sin contar los riesgos o las frustraciones. Cuando uno actúa movido por sus propios intereses, puede hacer cálculos, para evitar los riesgos excesivos, o para asegurarse ciertas ganancias. Cuando uno actúa en nombre de otro, enviado por él, no piensa para nada en sí mismo, sino en el interés del otro. En el momento en que respondemos positivamente a nuestra vocación, estamos dispuestos a dejarnos llevar por Dios. Sin condiciones. Con todas las consecuencias.

El Señor nos ha confiado una misión como orden, en la Iglesia. Y nos ha enviado, para recordar a la gente que el Señor espera frutos a su tiempo. Es lo que intentamos hacer a través de la educación. Despertar en la conciencia de los niños su propia responsabilidad como criaturas que deben algo a su creador. Y no sólo en los niños, desde luego. Una vez hemos cumplido nuestra misión, la respuesta que la gente da es un asunto entre Dios y ellos. No debemos preocuparnos de más.

Esta parábola es también una ocasión para meditar en nuestra propia vocación, atreviéndonos a verla desde la perspectiva de los criados enviados a cobrar lo debido. Ellos sabían bien que se trataba de una comisión bien difícil. ¿Por qué no desobedecieron, en

lugar de caminar hacia la muerte? Porque tenían vocación de mártires. Nosotros decimos que tenemos vocación de educadores. Deberíamos preguntarnos también hasta dónde estamos dispuestos a llegar en la fidelidad a nuestra vocación: ¿hasta el martirio? Ocasiones no faltan. Muchos escolapios lo experimentaron en su carne el año 1936. A veces para el martirio brutal y súbito; generalmente para el martirio a fuego lento, en el horno diario de la escuela.

La disponibilidad total adquiere también una dimensión colectiva. A veces hay que aceptar el sufrimiento común del envejecimiento de la Provincia, de la desaparición de algunas obras, de la incertidumbre del futuro.

Lo que la parábola tampoco dice es qué ocurrió después con los siervos del propietario y con su propio hijo. Pero sí sabemos lo que ocurrió en la realidad: el Hijo resucitó y está a la derecha del Padre. Es el tipo de plenitud que esperamos nosotros tras haber cumplido fielmente nuestra misión.

## 5.6. El mayordomo

(Mt 24, 45-51; Lc 12, 42-46)

*“¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente a quien el señor puso al frente de su servidumbre para darles la comida a su tiempo? Dichoso aquel siervo a quien su señor, al llegar, encuentre haciendo así. Yo os aseguro que le pondrá al frente de toda su hacienda. Pero si el mal siervo aquel se dice en su corazón: ‘Mi señor tarda’, y se pone a golpear a sus compañeros, y come y bebe con los borrachos, vendrá el señor de aquel siervo el día que no espera y en el momento que no sabe, le separará y le señalará su suerte entre los hipócritas; allí será el llanto y el rechinar de dientes.”*  
Mt 24, 45-51

### La parábola

En el Discurso Escatológico (Mt 24-25) Jesús habla sobre la importancia de estar en vela para no ser sorprendidos por el fin del mundo (o por la muerte). A esta parábola siguen la de las diez vírgenes y la de los talentos.

El mayordomo es la persona a la que se ha dado autoridad en la casa para cuidar de los asuntos del señor, especialmente cuando él está ausente. Jesús puede estar llamando la atención de sus apóstoles, a los que ha dado el encargo de cuidar de la Iglesia hasta que Él vuelva, al final de los tiempos.

El texto paralelo de Lucas forma parte de la instrucción de Jesús a sus discípulos. Con ella responde a la pregunta de Pedro: “Señor, ¿dices esta parábola para nosotros o para todos?” Parece que va especialmente dirigida a ellos.

Pero puede entenderse también como dirigida a todos los que tienen algún tipo de responsabilidad en la Iglesia, por pequeña que sea. Jesús señala dos particulares defectos: uno es el abuso de poder, que se transforma en cólera (golpear a los compañeros). Otro es el servirse del cargo en beneficio propio (comer y beber con los borrachos). Se trata de dos tentaciones muy comunes, o de dos aspectos de la misma tentación. ¿Quién ha desempeñado algún cargo y puede decir que nunca ha caído en ellas? Los mismos apóstoles cayeron, cuando discutían entre ellos sobre quiénes ocuparían los primeros puestos. Y Jesús tuvo que lavarles los pies el día de la última cena para que comprendieran que la autoridad se recibe para servir a los demás, y que no hay mayor grandeza que la del servicio.

Por eso a los malos servidores se les asigna una suerte con los hipócritas, es decir con los que aparentan ser una cosa y son otra peor. Por desgracia hoy vemos muchas sectas religiosas que se aprovechan de la religión con fines perversos. E incluso vemos la religión globalmente utilizada para fines políticos que nada tienen que ver con su origen primero: guerras de religión, cruzadas, guerras santas, holocaustos... Algunos autores nos advierten que en el futuro todas las guerras serán, de un modo u otro, guerras religiosas. ¡Qué escándalo! Es como si todos los mayordomos se hubieran emborrachado y se hubieran armado de garrotes. La parábola, leída con un espíritu interreligioso, con el “espíritu de Asís”, nos invita a todos los que tenemos algún tipo de responsabilidad religiosa a trabajar seriamente por la paz en el mundo. Usando el diálogo, la colaboración, la presión ante los organismos de poder, para conseguir que todo funcione bien en la casa del señor hasta que él vuelva.

## **Contexto escolapio: el deber cumplido**

Dicen los historiadores que cuando nuestro fundador murió, toda la comunidad experimentó un gran gozo espiritual. Se comprende: los religiosos habían visto cómo aquel hombre había estado sufriendo y luchando durante muchos años, sin que las contrariedades doblegaran su voluntad ni le apartaran ni un centímetro de su caminar en la vía de la santidad. Cuando Calasanz murió todos experimentaron la exultación de quienes ven a su atleta favorito llegar a la meta en primer lugar, tras una carrera muy igualada, o quienes oyen el pitido del árbitro señalando el final de un partido con el que su equipo acaba de ganar el campeonato. La muerte de Calasanz fue su mayor momento de triunfo.

Creo que todos hemos vivido alguna vez este tipo de gozo, cuando hemos visto partir hacia la morada del Padre a algunos hermanos nuestros, cargados de edad y de santidad. La pena por su partida es pequeña comparada con el gozo por su victoria. Nos preceden en un camino que sabemos también nos aguarda, y su ejemplo nos llena de esperanza: también nosotros podremos recorrerlo con paz y alegría cuando nos toque. Por eso celebramos la fiesta de los santos en el aniversario de su muerte, porque para ellos aquél fue el día de su victoria.

La idea de la muerte es penosa para quien no tiene ante la vista la esperanza de la vida eterna. Sin embargo la muerte es la culminación normal de toda vida. Nos tenemos que ir preparando para ese momento supremo. Meditando en la pasión y muerte de Jesús, como nuestro fundador nos recomienda. Cuando la muerte va avanzando poco a poco, recortando nuestras capacidades humanas, Dios nos está regalando abundancia de tiempo. No lo perdamos. También a nosotros nos tocará un día dar el testimonio gozoso de la vuelta al Padre.

Mientras ese momento llega, a nosotros nos corresponde cumplir la parte del mayordomo bueno: repartir la comida a nuestros compañeros de camino (como sacerdotes, como educadores) mientras esperamos el retorno del señor. Sintiéndonos unidos, porque eso es lo que significa la Comunión de los Santos, a todos los que han recorrido el camino antes que nosotros. Nuestros compañeros escolapios, en primer lugar.

Otra momento gozoso, al menos para mí, es cuando nos acercamos a esas comunidades especiales que existen en algunas de nuestras provincias, en las que algunos hermanos nuestros, por razones de salud o de edad, reciben cuidados especiales que difícilmente se les podrían dar en una comunidad ordinaria. Compartir un momento con ellos, hablar cuando es posible, es una gracia. Porque en ellos de manera especial uno siente el cuerpo crucificado y redentor de Cristo. Una vida entregada al servicio de los pequeños, y que ahora se vuelve aparentemente pequeña, aunque en realidad su tamaño se agiganta porque está alzada sobre una cruz. Es el momento de la verdad para quienes son reservados por el Señor. Con su paciencia, con su sonrisa acogedora, están poniendo fin a la obra de su vida. No, no es un acto de caridad el ir a visitarlos. El acto de caridad es que ellos nos admitan a compartir con ellos esos momentos privilegiados.

En unos tiempos en que el valor de la vida humana se pone en duda (al comienzo y al final del proceso), con legislaciones que atentan contra ella, nosotros tenemos que dar testimonio del aprecio que nos merece. Cuando la vida es humanamente más frágil es cuando más la soporta el amor del Padre. Cuando más gloriosa se muestra para los ojos de quien tiene fe.

Al final de nuestra vida llega la plenitud. En algunos casos (martirio) se trata de una madurez esplendente. En la mayoría es una madurez pausada, tranquila e incluso sufriendo, que va culminando poco a poco. Al final, si llegamos con la lucidez y el tiempo suficiente, todos tendremos ocasión de demostrar lo que tantas veces hemos dicho: "Mi fuerza está en el Señor". Tendremos ocasión de mostrar nuestra fe, nuestra esperanza, nuestro amor (como Calasanz). Y hacer el último servicio: ofrecer a nuestros hermanos el testimonio de la aceptación gozosa de la voluntad de Dios.

Quiero dedicar las últimas líneas de esta obra a todos esos hermanos nuestros que tienen la oportunidad de vivir unidos a Cristo en su prostración, y hacer suyas serena y gozosamente las palabras de Simeón: “Ahora, Señor, según tu palabra, puedes dejar que tu siervo se vaya en paz, porque mis ojos han visto tu salvación...” (Lc 2, 29). Y también, cómo no, a esos hermanos nuestros que dedican su vida a procurarles, con su cuidado y cariñosa presencia, esa paz y ese gozo que sienten.

## PARABOLAS EN LOS EVANGELIOS SINOPTICOS

Marcos	Mateo	Lucas
	12, 43-45 El espíritu inmundo <b>2</b>	11, 24-26
4, 1-9	13, 3-9 El sembrador <b>3</b>	8, 4-8
21-23 La lámpara		
		10, 29-37 El Buen Samaritano
		11, 5-8 El Amigo Importuno
		13, 6-9 La higuera estéril
	24-30 La cizaña	
24-25 la medida		
26-29 la semilla que crece sola		
30-32	31-32 El Grano de Mostaza <b>3</b>	13, 18-19
	33 La levadura <b>2</b>	20-21
	44 El tesoro	
	45 La perla	
	47-50 La red	
	18, 12-14 La oveja perdida <b>2</b>	15, 4-7
		8-10 La dracma perdida
		11-31 El hijo pródigo
		16, 1-8 El administrador infiel
		19-31 El rico malo y Lázaro el pobre
	23-35 El siervo sin entrañas	
	20, 1-16 Los obreros de la viña	
		18, 1-8 El juez inicuo y la viuda
		9-14 El fariseo y el publicano
	21, 28-32 Los dos hijos	
12, 1-12	33-43 Los viñadores homicidas <b>3</b>	20, 9-18
	22, 1-14 El banquete nupcial <b>2</b>	14, 15-24
13, 28-32	24,32-33 La higuera <b>3</b>	21, 29-33
	45-51 El mayordomo	
	25, 1-13 Las diez vírgenes	
	14-29 Los talentos <b>2</b>	19, 11-27



# Índice

## Introducción

### 1. Llamada (vocación)

- 1.1. La invitación (el sembrador)
- 1.2. El gozo de ser llamados (el tesoro)
- 1.3. Dispuestos a pagar un precio (la perla)
- 1.4. Autoaceptación-aceptación de los demás (la cizaña)
- 1.5. Dios viene a buscarnos (la oveja perdida)
- 1.6. Integración, plenitud (la dracma perdida)

### 2. Respuesta (compromiso: votos, promesas...)

- 2.1. Cambio de pensar (los obreros de la viña)
- 2.2. Pobreza (el rico malo y Lázaro)
- 2.3. Castidad (el espíritu inmundo)
- 2.4. Obediencia (los dos hijos)
- 2.5. Oración y acción (el amigo inoportuno)
- 2.6. Oración y celebración (el juez inicuo y la viuda)

### 3. Seguimiento gozoso (comunidad)

- 3.1. La fiesta de la comunidad (el hijo pródigo)
- 3.2. El don de los hermanos (el buen samaritano)
- 3.3. Vivir en la Verdad (el fariseo y el publicano)
- 3.4. Renuncia y fiesta (los invitados al banquete)
- 3.5. El sentido de la vida (las diez doncellas)
- 3.6. Misericordia y tolerancia (el siervo sin entrañas)

### 4. Seguimiento exigente (ministerio)

- 4.1. Transformar el mundo (la levadura)
- 4.2. Testimonio, primera misión (la lámpara)
- 4.3. Leer los signos de los tiempos (la higuera)
- 4.4. Aceptar los riesgos (los talentos)
- 4.5. Lo útil y lo inútil (la red)
- 4.6. Usar todos los recursos (el administrador infiel)

### 5. Seguimiento hasta el final (plenitud)

- 5.1. Lo bueno crece en nosotros (el grano de mostaza)
- 5.2. La gracia nos transforma (la semilla que crece sola)
- 5.3. Altas aspiraciones (la medida)
- 5.4. Otra oportunidad, siempre (la higuera estéril)
- 5.5. Dispuestos a darlo todo (los viñadores homicidas)
- 5.6. El deber cumplido (el mayordomo)

**Apéndice:** Parábolas en los evangelios sinópticos